

EL MISTERIO DE LA TERCERA MILLA

Colin Dexter

Siruela Policiaca

Colin Dexter

EL MISTERIO DE LA TERCERA MILLA

Traducción del inglés de
Pablo González-Nuevo

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: julio de 2025

Título: *The Riddle of the Third Mile*
En cubierta: Wirestock / iStock
© Colin Dexter, 1983
Publicado originalmente en inglés por Macmillan,
un sello de Pan Macmillan, una división de
Macmillan Publishers International Limited
© De la traducción, Pablo González-Nuevo
© Ediciones Siruela, S. A., 2025
Por acuerdo con Casanovas & Lynch Agencia Literaria

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-46-2

Conversión a formato digital: María Belloso

Para mi hija, Sally

«Y si alguien te obligara a llevar su carga una milla, acompáñalo dos».

Mateo 5, 41

LA PRIMERA MILLA

zonaepub.com

1

Lunes, 7 de julio

En el que un veterano de la ofensiva de El Alamein recuerda el día más trágico de su vida.

Eran tres, los tres hermanos Gilbert: los gemelos, Alfred y Albert, y el más pequeño, John, que cayó en combate un día en el norte de África. Y era en su hermano muerto en quien pensaba Albert Gilbert, sentado a solas en un *pub* del norte de Londres justo antes de la hora de cierre: John, que siempre fue menos fuerte y más vulnerable que el formidable, inseparable y prácticamente indistinguible dúo conocido por sus compañeros de colegio como «Alf y Bert»; John, a quien sus hermanos mayores siempre intentaron proteger; el mismo John al que no pudieron salvar aquel día terrible de 1942.

En la madrugada del 2 de noviembre se lanzó la Operación Supercarga contra la pista de Rahman, al oeste de El Alamein. A Gilbert siempre le había parecido extraño que esa campaña fuera considerada por los historiadores bélicos como un milagroso triunfo de planificación estratégica, pues de su breve, aunque no poco heroica, participación en esa larga batalla solo podía recordar la ciega confusión imperante a su alrededor durante aquel ataque previo al amanecer. «Los tanques deben pasar», esas fueron las órdenes de la noche anterior transmitidas desde la jerarquía de la Brigada Acorazada a los oficiales de campo y a los suboficiales de los Wiltshires Reales, regimiento en el que Alf y Bert se alistaron en octubre de 1939. Poco después se encontraban recorriendo la

llanura de Salisbury al volante de antiguos tanques y, tras ser debidamente ascendidos ambos al rango de cabo, fueron enviados a El Cairo a finales de 1941. Y fue un día feliz para los dos cuando su hermano John se reunió con ellos, a mediados de 1942, mientras cada bando esperaba refuerzos antes de la inminente confrontación.

En aquella madrugada del 2 de noviembre, a la 1.05 horas, Alf y Bert avanzaban en sus tanques por el lado norte de Kidney Ridge, donde fueron recibidos por el intenso fuego de los Flak 88 alemanes y los Panzer atrincherados en Tel el Aqqaqir. Los cañones de los tanques de los Wiltshire escupieron y lanzaron cientos de proyectiles hacia las líneas enemigas y la batalla se recrudeció furiosamente. Fue una lucha desigual, ya que los carros de combate británicos en pleno avance eran blancos expuestos por todos los flancos y caían eliminados poco a poco bajo el fuego de la artillería antitanque alemana.

Era un duro y amargo recuerdo incluso ahora, pero Gilbert dio rienda suelta a sus pensamientos. Ahora podía hacerlo, sí. Y era importante que lo hiciera.

Unos cincuenta metros por delante de él, uno de los tanques en plena ofensiva estaba ardiendo; el cuerpo del comandante tendido sobre la escotilla con el brazo izquierdo colgando hacia la torreta principal y el casco en la cabeza salpicado de sangre. Otro tanque a su izquierda traqueteó enloquecido hasta detenerse por completo cuando un proyectil alemán destruyó su oruga izquierda y cuatro hombres saltaron y echaron a correr a toda velocidad hacia la relativa seguridad del inmenso arenal a sus espaldas.

El fragor de la batalla era ensordecedor mientras la metralla ascendía, silbaba, caía y repartía su muerte en mitad del desierto antes del amanecer. Los hombres gritaban, imploraban, corrían… y morían. Algunos misericordiosamente rápido, aniquilados al instante; otros despacio, heridos de muerte sobre la arena ensangrentada; algunos más se asaban vivos dentro de los tanques, atrapados bajo las escotillas atascadas o con algún miembro herido, incapaces de encontrar un punto de apoyo para salir.

Después le llegó el turno al tanque situado a la derecha de Gilbert. Un oficial bajó de un salto sujetándose una mano que chorreaba sangre, justo a tiempo para alejarse antes de que el vehículo estallara envuelto en llamas cegadoras.

El artillero de torreta de Gilbert estaba gritando.

—¡Dios! ¿Has visto eso, Bert? ¡No me extraña que llamen «Abrasa-Tommys»[1] a esos putos trastos!

—¡Tú limítate a machacar a esos cabrones, Wilf! —chilló Bert.

No recibió respuesta, pues Wilfred Barnes, soldado del Real Cuerpo de Voluntarios de Wiltshire, había pronunciado sus últimas palabras.

Lo siguiente que vio Gilbert fue la cara del soldado Phillips mientras este forcejeaba con la escotilla del conductor y lo ayudaba a salir.

—¡Corra como alma que lleva el diablo, cabo! Esos dos ya se han llevado lo suyo.

Se habían alejado apenas unos cuarenta metros antes de arrojarse al suelo cuando otro proyectil levantó una nube de arena justo delante de ellos, escupiendo sus fragmentos de acero en una lluvia de metal dentado. Y cuando finalmente Gilbert levantó la vista, descubrió que el soldado Phillips también estaba muerto, con una esquirla de acero retorcido clavada en la zona lumbar. Después de la explosión, Gilbert se quedó un rato sentado donde estaba, presa de una terrible conmoción, pero aparentemente ileso. Miró sus piernas y después los brazos, se palpó la cara y el pecho y luego intentó mover los dedos de los pies dentro de las botas militares. Hacía solo treinta segundos eran cuatro hombres y ahora solo quedaba él. Su primera emoción consciente (que ahora recordó con gran intensidad) fue una indescriptible furia, aunque casi al instante su corazón se regocijó al ver una nueva columna de tanques de la Octava Brigada Acorazada avanzando entre los restos destrozados o ardientes de la primera formación de asalto. Poco a poco le invadió una gran sensación de alivio, de alivio por seguir vivo, y como agradecimiento rezó una breve oración a su dios.

Después oyó una voz.

—¡Por el amor de Dios, cabo, salga de ahí!

Era el oficial de la mano ensangrentada, un teniente de los Wiltshires conocido por ser muy estricto con la disciplina, además de algo pomposo, aunque no era impopular; de hecho, la noche anterior fue quien entregó a sus hombres el memorándum del mariscal Montgomery.[2]

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó Gilbert.

—No demasiado mal. —Bajó la vista hacia su mano derecha, de la cual colgaba el dedo índice por un delgado jirón de carne—. ¿Y usted?

—Estoy bien, señor.

—Volvamos a Kidney Ridge. Poco más podemos hacer.

Incluso allí, en mitad de aquel espantoso y sangriento escenario, su voz parecía salida de un anuncio radiofónico de antes de la guerra, elegante y precisa, con su característico «acento de Oxford».

Los dos hombres avanzaron con dificultad por la arena varios cientos de metros antes de que Gilbert se derrumbara.

—¡No se detenga! Vamos, hombre, ¿qué le pasa?

—No lo sé, señor. Creía que no me…

Bajó la vista hacia la pernera izquierda del pantalón, donde había sentido un fuerte dolor, y vio que la sangre empapaba el grueso tejido color caqui. Entonces se llevó la mano a la parte trasera de la pierna y palpó la pegajosa ciénaga de carne sangrante donde le habían volado media pantorrilla.

—Continúe usted, señor —dijo amagando una miserable sonrisa—. Yo vigilaré la retaguardia.

Pero otra cosa había atraído ya su atención. Un tanque que un momento antes parecía dirigirse hacia ellos de repente giró sobre sí mismo apuntando en dirección contraria con la parte superior totalmente destrozada. No obstante, el motor seguía zumbado y rugiendo, y sus engranajes chirriaron como el crujir de dientes de un torturado en el infierno. Gilbert oyó algo más, los gritos de agonía de un hombre desesperado, y se sorprendió tambaleándose hacia el tanque mientras este giraba penosamente de nuevo levantando una nube de arena. ¡El conductor estaba vivo! En ese momento Gilbert

se olvidó de sí mismo por completo: olvidó su pierna herida, olvidó su miedo, olvidó su alivio, olvidó su furia. Solo pensaba en el soldado Phillips, de Devizes.

La escotilla era un pedazo de acero destrozado y candente que no se abría. Él siguió intentándolo y el sudor le empapó la cara mientras maldecía, gemía y se retorcía con el esfuerzo. El depósito de combustible se incendió con un suave y casi tímido silbido, y Gilbert supo que era cuestión de segundos que el otro hombre muriera quemado dentro de aquel Abrasa-Tommys.

—¡Por Dios santo! —gritó al oficial a sus espaldas—. ¡Ayuda, por favor! Ya casi lo he…

Forcejeó por última vez tratando de abrir la escotilla y de nuevo el sudor goteó sobre las venas hinchadas de sus antebrazos.

—¡Joder! ¿Es que no lo ve? ¡No ve que…!

De repente se calló y se dejó caer en la arena, abrumado por la impotencia y el agotamiento.

—¡Olvídelo, cabo! ¡Apártese del tanque! ¡Es una orden!

De modo que Gilbert se alejó a rastras por la arena, llorando y con el rostro desencajado de frenética desesperación, y al levantar la mirada vio entre lágrimas el brillo en los ojos del oficial: el brillo de una gélida cobardía. Recordaba poco más, salvo los gritos de su compañero agonizando entre las llamas, y solo más tarde creyó reconocer la voz, pues no le había visto la cara.

Poco después lo recogió un camión del Ejército (o eso le contaron) y lo siguiente que recordaba era estar acostado cómodamente entre las blanquísimas sábanas y las mantas rojas de la cama de un hospital militar. No supo hasta dos semanas más tarde que su hermano John, conductor de tanques de la Octava Brigada Acorazada, había muerto durante la segunda fase de la ofensiva.

Entonces Gilbert estuvo casi seguro, aunque ni siquiera ahora lo estaba del todo. No obstante, algo sí sabía, pues nada había podido borrar de su corteza cerebral el nombre del oficial que una mañana en el desierto, durante la batalla por el risco de Tel el Aqqaqir, fue puesto a prueba en la balanza del coraje y no dio la talla: teniente

Browne-Smith, ese era su nombre. Uno realmente curioso, con esa *e* en el medio, y que no había vuelto a ver hasta hacía muy poco.

Hasta hacía muy muy poco.

[1] *Tommys* era el sobrenombre con que se conocía a los soldados británicos. *(Todas las notas son del traductor)*.

[2] Bernard Law Montgomery, apodado «el general espartano» y conocido especialmente por haber vencido a Rommel tras la larga campaña de El Alamein.

2

Miércoles, 9 de julio

Estamos en la Universidad de Oxford,
en la reunión de revisión de notas de los siete examinadores del tribunal de Clásicas.[3]

—Podría haber obtenido una matrícula de no ser por esto —dijo el presidente.

Volvió a mirar las seis evaluaciones, todas ellas generosamente salpicadas de alfas y betas más, exceptuando la de Historia de Grecia, donde había una beta doble menos delta de aspecto ligeramente vacilante. Y esta última no era una categoría digna de las mentes más brillantes.

—Bueno, ¿qué opinan, caballeros? Sin duda merece un examen oral, ¿no creen?

Con el mínimo esfuerzo posible, cinco de los otros seis hombres sentados a la gran mesa repleta de cuadernos, listas y hojas de calificaciones levantaron la mano en señal de acuerdo.

—¿No opina usted lo mismo? —dijo el presidente volviéndose hacia el séptimo miembro del tribunal examinador.

—No, presidente. No lo merece. Al menos según esta prueba —contestó agitando el papel que tenía en la mano—. A mi modo de ver, ha demostrado de forma bastante concluyente que solo tiene algún conocimiento sólido sobre la Atenas del siglo v. Lo siento. Si quería una matrícula de honor tendría que haberlo hecho un poco mejor.

Agitó de nuevo el examen con expresión de disgusto, desfigurando un rostro que posiblemente era así de agrio desde su nacimiento.

Sin embargo, todos los presentes sabían que nadie más en la universidad era capaz de otorgar una calificación tan delicada como ß+/ß+?+ con tal aplomo ni de justificarla con tan feroz convicción.

—No obstante, todos sabemos que a veces las preguntas que escogemos son un tanto azarosas, ¿verdad? —Era otro miembro del tribunal—. Quiero decir, especialmente en Historia de Grecia.

El presidente parecía muy cansado.

—Caballeros, hemos tenido un largo y duro día y casi hemos llegado a la meta. ¿Por qué simplemente no…?

—Por supuesto que merece un examen oral —dijo uno de los otros con sosegada y rotunda autoridad—. Yo corregí su examen de Lógica y tenía momentos brillantes.

—Estoy seguro de que tiene razón —replicó el presidente—. Compartimos completamente su postura en lo referente al examen de Historia, doctor Browne-Smith, pero en…

—Haga lo que quiera. Usted es el presidente de este tribunal.

—Sí, tiene mucha razón. ¡Yo soy el presidente y este hombre tendrá su examen oral!

Fue un encontronazo algo desagradable y el examinador de Lógica intervino al instante con una propuesta de paz.

—Quizá quiera hacerle usted el examen oral, doctor Browne-Smith.

Pero Browne-Smith sacudió su dolorida cabeza.

—¡No! No soy objetivo en el caso de este sujeto. Y creo que, por esta vez, ya he tenido suficiente de tanta corrección. No pienso hacer nada más.

También el presidente estaba ansioso por poner fin a la reunión con una nota más alegre.

—¿Y si se lo proponemos a Andrews? ¿Cree que estaría dispuesto a hacerse cargo?

Browne-Smith se limitó a encogerse de hombros.

—Es un joven sobradamente competente.

De modo que el presidente escribió una última nota: «Será examinado oralmente por el señor Andrews (Lonsdale) el 18 de julio», y los demás empezaron a recoger sus papeles.

—Bien, muchas gracias a todos, caballeros. No obstante, ¿podemos concretar ahora la fecha de nuestra reunión final antes de concluir? Casi con certeza tendría que ser el miércoles 23 o el jueves 24.

Browne-Smith era el único del tribunal que no había sacado su agenda, y cuando finalmente concertaron la reunión para las diez de la mañana del miércoles 23, él pareció no darse por enterado en absoluto.

El presidente se dio cuenta.

—¿Le parece bien, doctor Browne-Smith?

—Estaba a punto de decir, presidente, que me temo que probablemente no estaré con ustedes en la reunión final. Por supuesto, me encantaría poder asistir, pero tengo que estar… En fin, probablemente no estaré en Oxford.

El presidente asintió con expresión ambigua y preocupada.

—Bueno, intentaremos hacerlo lo mejor posible sin usted. En todo caso y como siempre, gracias por toda la ayuda que nos ha prestado.

Cerró el grueso cuaderno negro que tenía delante y miró su reloj de pulsera: las 8.35 de la tarde. En efecto, había sido una larga y dura jornada. No era de extrañar que al final se hubiera mostrado algo irritable.

Seis miembros del tribunal acordaron verse en el King's Arms de la calle Broad, pero el séptimo, el doctor Browne-Smith, les rogó que lo excusaran. Abandonó la Escuela de Exámenes, caminó sin prisa por la calle High y entró en la Escuela Lonsdale por una puerta trasera («Solo profesores»). Una vez en su habitación engulló seis comprimidos de paracetamol y se tumbó completamente vestido en la cama, donde durante la hora siguiente su cerebro dio vueltas sin control en su cabeza hasta que se durmió.

A la mañana siguiente, el jueves 10 de julio, recibió una carta. Una carta muy extraña y bastante interesante.

[3] Cuando se fundó la Universidad de Oxford había dos opciones, estudiar Clásicas o estudiar Teología. Estos estudios de Clásicas, también conocidos allí como Grandes (*Greats*) o *Literae Humaniores*, abarcaban la Antigua Grecia, la Antigua Roma, Griego, Latín y Filosofía. A lo largo de la novela nos referiremos a ellos simplemente como Clásicas o Grandes.

3

Viernes, 11 de julio

En el que nos enteramos de la invitación a un profesor de Oxford a contemplar el vicio y la vileza de la vida en una zona de la ciudad con mala reputación.

En sus casi sesenta y siete años de vida, Oliver Maximilian Alexander Browne-Smith (con una *e* y guion), profesor de Arte y Estudios Clásicos y doctor en Filosofía, nunca había llegado a aceptar el exagerado peso de todos sus nombres. De forma previsible, cuando estudiaba secundaria le apodaron «Omar». Y ahora, a falta de un año para el fin oficial de su contrato con la universidad, sabía que entre los estudiantes había adquirido el oprobioso sobrenombre de «Malaria», lo que no era tan predecible y sí mucho más desagradable.

Por eso no dejó de sorprenderle la rapidez (en cuestión de escasas semanas) con que había logrado aceptar que, con toda seguridad, estaría muerto en el plazo de doce meses («En el mejor de los casos, doctor Browne-Smith, ya que insiste en saber la verdad»). Sin embargo, lo que no sabía mientras caminaba hacia el andén 1 de la estación de Oxford era que iba a morir antes de lo que su eminente y muy costoso doctor había vaticinado con tanta certeza.

Mucho antes, en realidad.

Mientras se abría paso hasta el final del andén, mantuvo la mirada baja y observó con disgusto las latas de cerveza vacías y la basura desparramada. Unos pocos colegas suyos de la universidad, algunos de la Escuela Lonsdale, eran pasajeros habituales del tren Oxford-Paddington de las 9.12 de la mañana, y lo cierto es que no sentía el

menor deseo de conversar con ninguno. Llevaba bajo el brazo izquierdo un ejemplar de *The Times* recién comprado en el quiosco de la estación, y en la mano derecha un maletín de piel marrón. Hacía un frío sorprendente, a pesar de ser una luminosa mañana de mediados de julio.

La locomotora diésel de morro amarillo serpenteó lenta y puntualmente a través del cambio de agujas del norte de la estación y dos minutos después el viajero estaba sentado frente a una joven pareja en un compartimento para no fumadores. Aunque él mismo era un empedernido fumador sin remedio, que durante cincuenta años había consumido una media de más de cuarenta cigarrillos al día, había decidido imponerse un simbólico periodo de abstinencia durante el viaje de una hora que lo esperaba. Por alguna razón le parecía apropiado. Cuando el tren empezó a moverse abrió su ejemplar de *The Times* y se dispuso a hacer el crucigrama, sin que su mente registrara nada en absoluto durante las tres primeras pistas horizontales. Al llegar a la cuarta, sin embargo, un amago de sonrisa apareció en su cara mientras leía las letras ligeramente torcidas: «¿Lo primero que buscan los turistas en el Soho?». Escribió rápidamente: «estríper». Luego siguió añadiendo letras durante sus incursiones horizontales y verticales en la cuadrícula y terminó el crucigrama bastante antes de llegar a Reading. Entonces, con la vaga esperanza de que la pareja que viajaba frente a él se hubiera percatado de su habilidad verbal (sin fijarse al mismo tiempo en el feo muñón del dedo índice de su mano derecha), se reclinó en su asiento todo lo que le permitieron sus largas piernas, cerró los ojos y concentró sus pensamientos en la extrañísima razón que ese día lo llevaba a Londres.

En Paddington fue una de las últimas personas en bajar del tren, y mientras se dirigía a los tornos, vio que aún eran solo las diez y cuarto de la mañana. Tenía tiempo de sobra. Cogió un horario de la línea Paddington-Reading-Oxford en el mostrador de información y pidió un café en la cantina, donde encendió un cigarrillo y alzó la vista para revisar los posibles trenes de su viaje de vuelta.

Curiosamente, se sintió bastante relajado mientras encendía el segundo cigarrillo con el primero y se preguntó, distraído, a qué hora abrirían en Londres los *pubs* (y los clubes). ¿Tal vez a las once de la mañana? Aunque esa no era una cuestión demasiado importante.

A las diez cuarenta abandonó la estación y caminó a buen paso hacia la línea de Bakerloo, donde, mientras hacía cola para sacar el billete, cayó en la cuenta de que había dejado olvidado el horario junto a la taza de café. Pero tampoco eso tenía demasiada importancia. Había muchos trenes disponibles para volver y había tomado nota mentalmente de algunas horas.

Por supuesto, no podía saber que esa noche no regresaría a Oxford.

En el metro abrió su maletín y sacó dos folios. El primero era una carta dirigida a él, mecanografiada por un aficionado y ortográficamente perfecta. Una carta que le seguía pareciendo muy extraña. El segundo era también un texto mecanografiado, aunque de forma mucho más profesional (por el mismo Browne-Smith, de hecho): una lista de estudiantes de Oxford con los nombres de sus colegas entre paréntesis y las palabras «Clase Uno, *Literae Humaniores*» impresas en negrita en la parte superior en letras mayúsculas rojas. Pero Browne-Smith solo miró someramente las dos hojas a través de sus gafas bifocales. Al parecer, únicamente se estaba asegurando de que seguían en su poder. Nada más.

En Edgware Road miró por la ventanilla del vagón al recordar que solo quedaban dos paradas y casi por primera vez sintió un cosquilleo de impaciencia en algún lugar a medio camino entre el estómago y el diafragma. ¡Sí que era extraña esa carta! Incluso la dirección le había llamado la atención, con tantos detalles: apartamento 4, escalera T, patio segundo, Escuela Lonsdale, Oxford. Tanta concreción no era frecuente y parecía sugerir que el remitente estaba más preocupado de lo habitual por que no se extraviara; y también que conocía sobradamente la topografía de la escuela. Escalera T, patio segundo… Browne-Smith se imaginó subiendo una

vez más aquel pequeño tramo de escaleras. Subiéndolas, igual que había hecho durante los últimos treinta años, hasta el primer rellano, donde su nombre estaba escrito a mano en letra gótica de color blanco sobre la puerta. Y justo enfrente el apartamento 3, donde George Westerby, el catedrático de Geografía, llevaba viviendo casi exactamente el mismo tiempo: solo un trimestre más, de hecho. Su odio mutuo era intenso, la escuela entera lo sabía, aunque la situación podría haber sido diferente si Westerby se hubiese mostrado dispuesto alguna vez a llevar a cabo el más mínimo gesto de reconciliación. Pero nunca lo había hecho.

A través del zigurat de empinadas escaleras mecánicas, Browne-Smith emergió a las once y cinco hacia la brillante luz del sol en Piccadilly Circus, cruzó la plaza hacia la avenida Shaftesbury y se zambulló inmediatamente en el laberinto de calles y callejones que atraviesan la zona aledaña a Great Windmill. Allí había numerosos cines pequeños donde proyectaban películas de sórdido porno duro, con fotografías de pechos turgentes y voluptuosos en las marquesinas; clubes que prometían a los transeúntes desnudos integrales y bailes eróticos las veinticuatro horas; librerías que presumían de las revistas más brillantes y groseras para pedófilos y aficionados al bestialismo. Y por esas calles estridentes, a la luz de neones naranjas y amarillos y dejando atrás las incitadoras puertas, caminó con parsimonia Browne-Smith saboreando la atmósfera sin censura y sintiéndose inexorablemente engullido por esa fosa séptica conocida como el Soho.

Lo encontró en una calleja estrecha junto a la calle Brewer, tal como esperaba: «Bar de toples El Flamenco. Sin cuota de socio. Por favor, entre directamente». Los anchos y pequeños escalones que bajaban desde el vestíbulo al local subterráneo estaban cubiertos por una alfombra de un otrora intenso color carmesí, aunque ahora la parte central parecía la hierba pisoteada de algún paraje natural tras un glorioso verano repleto de turistas. No tenía intención de detenerse, pero debió demostrar algún revelador indicio de vacilación, pues el joven con la cara cubierta de acné que estaba en

la puerta se fijó en él al instante.

—Tenemos chicas muy guapas, señor. Puede bajar sin más. No hay cuota de socio.

—El bar está abierto, ¿verdad? Solo quiero beber algo.

—Aquí siempre está abierto el bar, señor. Adelante, puede bajar.

El joven se hizo a un lado y Browne-Smith dio el fatídico paso hacia el interior y bajó despacio hacia el bar de topless El Flamenco. *Facilis descensus Averno.*[4]

Al pie de las escaleras un paño de terciopelo interrumpía el paso, y aún estaba pensando qué hacer cuando una cabeza aparentemente sin cuerpo apareció por un hueco de la cortina; la cabeza de una atractiva joven de no más de diecinueve o veinte años, con los ojos color avellana estridentemente maquillados de azul y algo burdamente perfilados de negro, aunque la sensual boca estaba desprovista de carmín. Una lengua rosada recorrió sin prisa los labios de aspecto tierno y una voz agradable se limitó a pedirle con dulzura una libra.

—No hay cuota de socio, lo pone el cartel de la entrada. Y también lo dijo el hombre de la puerta.

El rostro sonrió, como siempre les sonreía a los crédulos hombres que bajaban aquellos amplios escalones.

—No es una cuota de socio, solo la entrada. ¿Me entiende?

Los ojos de la muchacha se clavaron en los suyos con ardiente sensualidad y el billete pasó rápidamente a través de la cortina roja.

El Flamenco era un local de techos bajos con asientos agrupados en *alcôves à deux*, hacia uno de los cuales le acompañó la muchacha. Iba completamente vestida, y después de entregarle al cliente una carta de bebidas de color beis se marchó sin decir palabra a su asiento de costumbre detrás de una pobre imitación de barra de bar, donde no tardó en enfrascarse en la lectura de las predicciones zodiacales del *Daily Mirror.*

Mientras se esforzaba por interpretar la larga lista de precios, Browne-Smith llegó a la conclusión de que el importe mínimo de cualquier bebida semialcohólica era de tres libras. Y estaba a punto

de decidir que la mejor opción por un precio tan desorbitado probablemente serían dos cañas de cerveza rubia cuando oyó una voz.

—¿Puedo tomarle nota?

Observó por encima de las gafas a la chica que aguardaba frente a él. Estaba inclinada hacia delante, completamente desnuda de cintura para arriba, con una larga falda rosa abierta hasta la parte superior del muslo.

—Creo que una caña de rubia, por favor.

Ella tomó nota en un pequeño bloc.

—¿Quiere que me siente a su lado?

—Sí.

—Tendrá que invitarme a beber algo.

—De acuerdo.

Ella señaló el final de la carta:

Venganza Flamenca – una mezcla de Chartreuse de ojos verdes y afrodisíaco Cointreau.

Soho Wallbanger – una dramática confrontación de voluptuoso vodka con el tentador sabor de Tía María.

Éxtasis Oriental – una irresistible alquimia de rejuvenecedora ginebra y Campari que acelera el pulso.

Precio: 6 £

¡Seis libras!

—Lo siento —dijo Browne-Smith—, no me lo puedo permitir.

—No puedo sentarme con usted si no me invita a una copa.

—Pero es terriblemente caro, ¿no le parece? No puedo permitírmelo.

—¡Como quiera!

Sus palabras fueron rotundas y definitivas y abandonó la mesa para regresar poco después con el pequeño vaso de cerveza que dejó ante él con estudiada indiferencia antes de volver a marcharse.

Browne-Smith pudo escuchar claramente la conversación del

reservado justo detrás de él:

—¿De dónde eres?

—De *Ostralia*.

—¿Es bonito?

—¡Mucho!

—¿Quieres que me siente contigo?

—¡Claro que sí!

—Tienes que invitarme a una copa.

—¡No *ties* más que escoger, nena!

Browne-Smith bebió un trago de su cerveza tibia e insípida e hizo balance de la situación. Aparte del australiano que tenía detrás solo pudo ver a otro cliente, un hombre de edad indeterminada (¿cuarenta?, ¿cincuenta?, ¿sesenta?) sentado junto a la barra leyendo un libro. En contraste con la coronilla de pelo escaso y los mechones grisáceos de las sienes, en su barba castaña pulcramente recortada no había una sola cana y durante unos segundos a Browne-Smith se le ocurrió que el hombre podría estar disfrazado, una posibilidad reforzada por las incongruentes gafas de sol que llevaba, que enmascaraban sus ojos sin que al parecer le impidieran leer la página en la que aparecía tan absorto.

Desde donde estaba sentado Browne-Smith, la decoración parecía universalmente ordinaria. La alfombra carmesí, continuación de la que cubría la escalera, estaba sucia y repleta de manchas, con partes raídas bajo la mayoría de las mesas de plástico; las sillas eran endebles y desvencijadas estructuras de mimbre apenas capaces de soportar el peso de cualquier cliente pasado de kilos; las paredes y el techo alguna vez estuvieron pintados de blanco, pero ahora estaban mugrientos y manchados del incesante humo de miles de cigarrillos. No obstante, había un toque de cultura en aquel escenario y bastante sorprendente: la música que sonaba de fondo a un volumen bastante moderado era el movimiento lento del concierto para piano de Mozart *Elvira Madigan* (Browne-Smith habría jurado que dirigido por Barenboim), lo que le pareció casi tan incongruente como escuchar a Shakin' Stevens[5] en la catedral de St.

Paul.

Otro hombre atravesó la cortina y fue recibido al instante por la misma belleza de blancos pechos que le había servido la cerveza. El hombre de la barra había pasado otra página del libro; el australiano, al que seguía oyendo hablar con total claridad, trataba de convencer a su acompañante con escasa sutileza para que le revelara exactamente qué pretendía venderle, pues era evidente que ella tenía lo que él quería y su única preocupación era cuánto iba a pedirle por ello; la muchacha sentada detrás de la barra había agotado todos los pronósticos que el *Daily Mirror* podía ofrecer; y Barenboim había aterrizado suavemente en las últimas notas del etéreo movimiento.

El vaso de Browne-Smith ya estaba vacío y las dos únicas camareras a la vista bebían felizmente a sorbitos lo que quiera que la dirección hubiera decidido como ingredientes del día para los Soho Wallbangers, las Venganzas Flamencas y los demás brebajes. De modo que se levantó, fue hasta la barra y se sentó en un taburete.

—Creo que tengo otra pagada.

—Yo se la llevaré.

—No, no hace falta. Me sentaré aquí.

—He dicho que yo se la llevaré.

—No le importa que me siente aquí, ¿verdad?

—Vaya a sentarse donde estaba, ¿es que no entiende inglés?

Todo atisbo de cortesía había desaparecido y su tono de voz era decididamente duro y desagradable.

—Está bien —replicó Browne-Smith sin inmutarse —. No quiero causar ninguna molestia.

Se sentó a una mesa a varios metros de la barra y observó a la muchacha mientras esperaba.

—Todavía no ha oído lo que he dicho, ¿eh?

La voz era ahora hosca y amenazante. Browne-Smith decidió que podía permitirse unas ráfagas más de disparos de pequeño calibre. No había llegado el momento de sacar la artillería pesada. Estaba disfrutando.

—La he oído, se lo aseguro. Pero…

—¡Mire! ¡Ya se lo he dicho! —No lo había hecho—. Si quiere un maldito magreo hay una sauna en la acera de enfrente, ¿vale?

—Yo no…

—No pienso volver a decírselo, señor.

Browne-Smith se levantó y volvió lentamente hacia la barra, donde el hombre que estaba leyendo pasó otra página del libro, al parecer, con actitud desinteresadamente neutral en el desenlace de las crecientes hostilidades.

—Querría una pinta de una cerveza decente, si la tiene —dijo en tono tranquilo.

—Si no quiere la rubia de antes…

Browne-Smith posó bruscamente su vaso sobre la barra y miró fijamente a la muchacha.

—¿Rubia? ¡Deje que le diga algo, señorita! Eso no es cerveza rubia, ¡es orín de caballo!

El rumbo de la batalla había cambiado de forma dramática y era evidente que la muchacha había perdido claramente el autocontrol cuando señaló la cortina carmesí con un dedo tembloroso con la uña pintada de rojo.

—¡Fuera!

—¡Oh, no! He pagado mis bebidas.

—Ya ha oído lo que ha dicho la dama.

Era el hombre que leía sentado junto a la barra. Aunque no había levantado la vista ni un centímetro del texto y, aparentemente, tampoco había alzado su voz grave (¿del suroeste de Inglaterra?) ni un semitono por encima de lo habitual, la breve afirmación resonó de manera amenazante e imperativa.

Browne-Smith siguió mirando fijamente a la muchacha, ignorando por completo al hombre que acababa de hablar.

—¡No vuelva a hablarme en ese tono!

La brusca autoridad de la exhortación dejó a la muchacha sin palabras, pero el hombre de la barra cerró el libro despacio y finalmente levantó la vista. Deslizó los dedos de la mano derecha

por los músculos superiores de su brazo izquierdo y, aunque cuando se levantó del taburete era cinco o siete centímetros más bajo que Browne-Smith, parecía un peligroso adversario. No dijo nada más.

Las cortinas de terciopelo que Browne-Smith había atravesado al entrar solo estaban a unos tres metros a su izquierda y hubo un intervalo de varios segundos durante los cuales podría haber efectuado una salida fácil, aunque poco gloriosa. No hizo tal cosa, y antes de que pudiera seguir sopesando la situación, sintió que le agarraban con fuerza la muñeca izquierda y lo empujaban hacia una puerta con el cartel de PRIVADO.

Se percató de dos cosas mientras su escolta llamaba suavemente a esa puerta. En primer lugar vio la cara del australiano, con una expresión compuesta por tres cuartas partes de desconcierto y una de pánico; y luego se fijó en el título del libro que estaba leyendo el hombre de la barba: *Introducción a los números Köchel.*[6]

El anónimo australiano, sentado a no más de cuatro o cinco metros de la puerta, nunca comentaría este episodio con nadie. Y aunque hubiera tenido motivos para hacerlo, parece bastante improbable que llegara a mencionar el breve y enigmático momento (justo antes de que la puerta se cerrara tras los dos hombres) en el que el supuesto alborotador, cuyo nombre nunca llegaría a saber, miró de pronto su reloj de pulsera y con voz inexplicablemente sosegada dijo: «¡Santo cielo! Ya son las doce en punto».

Unos segundos después de cruzar el umbral de la oficina, Browne-Smith volvió a experimentar aquel dolor cegador y zigzagueante que a veces parecía rasgar su cerebro aislándolo momentáneamente de cualquier recuerdo de sí mismo y de lo que estaba haciendo. Pero después cesó (tan de repente como había empezado) y pensó que volvía a tener la situación bajo control.

Mientras observaba el césped del patio segundo, George Westerby reparó en la alta figura (varios centímetros más alta que él) que caminaba hacia la cabina del conserje a las ocho y cuarto de la

mañana. No obstante, lo que más le importaba en ese momento (y lo que más le alegraba) era que a partir de entonces iba a ver muy poco a su detestado colega, Browne-Smith. George Westerby había celebrado recientemente su sesenta y ocho cumpleaños y al fin estaba a punto de retirarse. De hecho, una empresa de mudanzas había puesto ya manos a la obra con su vasta biblioteca, y más de la mitad de los preciados libros de sus estanterías habían sido retirados, encordados y apilados en cajas de té que ahora ocupaban gran parte del suelo. Y, por supuesto, pronto llegarían los cajones de madera y los operarios fornidos y musculosos que trasladarían sus preciadas pertenencias al piso que había comprado en Londres. Un lugar más pequeño, naturalmente, que a buen seguro implicaría problemas de almacenaje. No obstante, todo eso podía esperar; sin duda hasta después de sus inminentes vacaciones en las islas del Egeo, desde donde viajaría a Asia a través de aquel mar azul.

Pero incluso estando allí de pie junto a la ventana, asintiendo lenta y ufanamente para sí mismo durante unos instantes, era Browne-Smith quien seguía monopolizando sus pensamientos. Para él siempre había sido Browne-Smith a secas, ni siquiera «Malaria» Browne-Smith, como si semejante familiaridad pudiera llegar a comprometer de algún modo su eterno antagonismo. Ya solo tendría que cenar unas noches más en el salón con aquel hombre odioso; solo quedaban unos pocos almuerzos, quizá compartiendo cola para el bufé frío; tan solo una reunión de claustro más a principios de la próxima semana, la última. Pues el tercer trimestre del curso estaba a punto de acabar, su último trimestre, y muy pronto llegaría el último día y las últimas horas y luego el momento (que también llegaría) de contemplar por última vez aquel césped inmaculado.

George Westerby era consciente de todas esas cosas al mismo tiempo mientras miraba por la ventana de su habitación del primer piso aquella fría mañana del 11 de julio. Lo que no sabía entonces (lo que no podía saber) era que la Escuela Lonsdale no volvería a recibir nunca más a Browne-Smith en sus apacibles patios.

[4] «Fácil es la bajada a los infiernos». De la *Eneida*, Virgilio.

[5] Cantante y compositor británico y uno de los artistas con mayores ventas en el Reino Unido especialmente en los años ochenta.

[6] Ludwig Von Köchel clasificó y bautizó cronológicamente las obras musicales compuestas por W. A. Mozart.

4

Viernes, 11 de julio

En el que echamos un tentador vistazo
al mundo de la prostitución de lujo.

El taxista conocía la calle y Browne-Smith se acomodó en el asiento trasero presa de una gran excitación. Le habría gustado saborear aquellos momentos un rato más, pero en menos de cinco minutos el taxi se detuvo frente al número 29, un gran edificio abalconado de cuatro plantas en una elegante calle en suave pendiente detrás de Russell Square. En general, aunque el enladrillado original de la parte inferior de los muros había quedado tiznado por el humo y la combustión del tráfico, la casa parecía conservar su refinada fachada con relativa facilidad. La puerta negra, con su pomo y su picaporte y el buzón de reluciente latón, estaba flanqueada por columnas blancas y las ventanas de madera también habían sido pintadas del mismo color, mientras las jardineras bien cuidadas aportaban un toque de vivos rojos y verdes. A lo largo de la fachada se extendía una barandilla negra sobre una tapia de hormigón, tras la cual, después de un espacio de metro y medio, el muro de la casa continuaba hasta un sótano. Sobre la barandilla habían colocado un cartel:

Apartamentos de lujo en venta o alquiler.
Por favor, diríjanse a Brooks & Gilbert
(agentes exclusivos). Tel. 01-483 2307
Visitas solo con cita previa.

Browne-Smith subió los tres pequeños escalones, llamó al único timbre, manoseando nervioso la tarjeta azul que ahora estaba en el bolsillo interior de su chaqueta, y esperó. Pero no lo oyó resonar al otro lado de la gran puerta ni percibió ningún indicio de vida. En ese momento, y por primera vez, se coló en su mente la posibilidad de que le hubieran timado cruelmente como al típico idiota —el típico viejo idiota— que era, por haberse dejado enredar en aquel asunto deshonroso y de mal gusto. Se dio la vuelta para mirar la transitada calle y vio a una mujer de aspecto aristocrático bajando de un taxi a unas pocas puertas de distancia. ¡No, ni siquiera ahora era demasiado tarde! Podía olvidarlo todo, llamar a un taxi y largarse.

La puerta se había abierto silenciosamente a sus espaldas.

—¿Puedo ayudarlo?

De nuevo ese acento del suroeste de Inglaterra.

—Soy amigo del señor Sullivan.

(Aquel tono dubitativo y ligeramente ronco no era el habitual de sus tutorías de exámenes de licenciatura).

—¿Tiene cita?

Él sacó la pequeña tarjeta rectangular y se la entregó a la mujer. La leyenda mecanografiada era extremadamente breve, aunque también (como Browne-Smith había observado) extremadamente elocuente: «Por favor, reciba al portador». Nada más, excepto la pequeña constelación de asteriscos agrupados en la esquina superior derecha.

La mujer se hizo a un lado y lo invitó a cruzar el umbral, cerrando la puerta tras ellos (de nuevo sin hacer ruido).

—Es usted un cliente importante, señor, y le doy la bienvenida —dijo ella educadamente mientras atravesaban el amplio vestíbulo de entrada, alfombrado en un claro verde oliva que continuaba en la amplia escalera orientada a la puerta principal.

Se volvió hacia él mientras subía la escalera y Browne-Smith se fijó en sus dientes sorprendentemente feos cuando le sonrió por segunda vez.

—Las tarjetas azules son para el primer piso, señor. Me temo que

no disponemos de todas nuestras chicas en este momento. Generalmente hay más actividad por las tardes, aunque estoy segura de que no quedará decepcionado en absoluto. De aquí nadie se marcha nunca decepcionado.

En el primer rellano ella se volvió de nuevo hacia el recién llegado y lo observó con perspicacia, como un sastre midiendo mentalmente a un cliente acaudalado. A continuación, después de mirar el pasillo de izquierda a derecha pareció decidir qué era lo mejor para él, pues abrió la puerta que tenían justo delante con una brusquedad que sin duda pretendía dejar claro que era la dueña del establecimiento.

Junto a una mesa situada a la izquierda de la puerta, nada más entrar en la habitación, estaba sentada una mujer de unas cuarenta primaveras, rubia y de pechos grandes, con un largo vestido morado de amplio escote. Y mientras la señora de la casa presentaba a su cliente, ella se levantó y esbozó lentamente una sonrisa.

—Creo que estás libre esta tarde, ¿verdad, Yvonne?

—También esta noche, madame, si me necesita —respondió con un suave acento extranjero.

La rubia volvió a sonreír cautivadoramente, mostrando su hermosa dentadura. Iba exquisitamente maquillada, con un brillo de labios que resaltaba los contornos de su sensual boca y el cabello pulcramente recogido en lo alto de su refinada cabeza.

—¿Paula también está libre?

—Lo estará, madame. Tiene un cliente a la hora de comer, pero quedará libre después.

—Bueno —la madame se dirigió directamente a Browne-Smith—, ¿le parece bien quedarse aquí con Yvonne, señor?

Él tragó saliva y asintió de forma inequívoca.

—Bien. Entonces, le dejo. Tendrá usted todo lo que desee, señor. Espero que me comprenda. Absolutamente todo.

—Muchísimas gracias.

Ella se dio la vuelta para salir.

—Debe conocer usted muy bien al señor, eh, Sullivan.

—Solo tuve ocasión de hacerle un pequeño favor, eso es todo —

respondió Browne-Smith—. Ya sabe cómo son estas cosas.

—Por supuesto. Y prométame que me lo hará saber si hubiera algo que Yvonne no pudiera…

—Creo que no tiene de qué preocuparse.

La mujer se marchó y Browne-Smith sintió que se le secaba la garganta mientras intentaba poner freno al torrente de fantasías eróticas que amenazaba con arrastrarlo. No lo ayudó mucho la mujer, que al sentarse brevemente para anotar algo en un diario encuadernado en rojo que reposaba sobre la mesa se inclinó hacia delante dejando en evidencia que bajo el vestido llevaba poco más, al menos por encima de sus generosas caderas.

—Ya estoy con usted, señor —dijo levantándose de la silla y acercándose a él—. Permítame su chaqueta.

Browne-Smith se quitó la gabardina marrón claro de verano que había llevado puesta en todo momento desde que salió de Oxford, y observó a la mujer mientras la doblaba con cuidado y se la colgaba del brazo. A continuación le cogió suavemente del codo con la mano derecha y lo guio hasta una puerta al final de la habitación.

En comparación con la estancia austera y sobria que acababan de abandonar, este cuarto interior estaba profusa y (para el gusto de Browne-Smith) lujosamente equipado. Dos lámparas de color rojo sangre colocadas en la pared del fondo iluminaban tenuemente la estancia y las gruesas cortinas amarillas cerradas por completo solo dejaban pasar un tímido resquicio de luz natural. El resto del mobiliario era extravagantemente provocativo, con gran cantidad de cojines multicolores repartidos por el largo sofá de escasa altura y, tras él, sábanas y almohadas de color amarillo brillante sobre la acogedora cama, con la colcha ya retirada. Delante del sofá había un mueble bar alto y bien provisto con las puertas abiertas y al lado un proyector de películas, con su alargado hocico apuntando a la amplia pared blanca a la izquierda de la ventana, con las cortinas cerradas. El aire de la estancia estaba impregnado del intenso y embriagador olor de algún perfume dulzón que hizo que Browne-Smith sintiera un priápico cosquilleo entre las piernas.

—¿Le apetece beber algo?

Ella se inclinó sobre el mueble bar y enumeró las variadas opciones: *whisky*, ginebra, Campari, vodka, ron, Martini…

—*Whisky*, por favor.

—¿Glenfiddich?

—Mi favorito.

—Y el mío.

Parecía haber dos botellas de cada bebida, una de ellas aún sin abrir, como si hubieran decidido anticiparse noblemente a las necesidades etílicas del más empedernido bebedor. Observó a la mujer mientras rompía el precinto de una botella nueva (¿por qué de repente estaba desconcertado?), servía medio vaso de pálido *whisky* de malta y se lo entregaba.

—¿Usted no va a tomar nada, eh…?

—Yvonne —dijo pronunciando *Eevone*—. Por favor, puede llamarme Yvonne. Yo le llamo «señor» porque madame insiste en ello. ¡Pero a mí puede llamarme Yvonne!

Incluso mientras hablaba, Browne-Smith se sorprendió pensando, aunque algo vagamente, que su acento francés parecía cuidadosamente ensayado y… sí, absolutamente falso. Y ¿qué importancia tenía? Más preocupante le parecía la posibilidad de que alguien entrara inesperadamente en la habitación. De modo que tomó un largo trago de escocés y manifestó su inquietud al respecto.

—No nos interrumpirá nadie, ¿verdad?

—*¡Non, non!* ¿Recuerda que madame dijo que tendría todo lo que quisiera? Pues si quiere que cierre la puerta con llave lo haré. Y si quiere a Paula tendrá a Paula, ¿OK? Aunque espero que me prefiera a mí, *¿oui?*

¡Puf!

Fue hasta la puerta y giró la llave, se acercó al mueble bar, se sirvió una ginebra con Martini y finalmente tomó asiento a su lado en el sofá, apretando con fuerza su muslo contra el de él.

—Estoy segura de que pasaremos un buen rato juntos —dijo mientras entrechocaban los vasos—. Siempre me gusta cuando

bebo.

Browne-Smith bebió otro trago de *whisky*, e incluso aunque solo estaban empezando sintió que el alcohol le afectaba más de lo habitual.

—¿Le sirvo otro *choguito*?

En un primer momento entendió mal la última palabra, pero cuando ella cogió su vaso, él asintió felizmente, observándola con maravillosa expectación mientras se alejaba.

—¿Le gusta mi vestido? —De nuevo estaba delante de él, con el vaso lleno en la mano izquierda—. Resalta mi *figuga, ¿oui?*

—Tiene usted una hermosa figura.

—¿Eso cree? Pero hace tanto *calog* aquí. ¿Quiere quitarse la chaqueta?

Cuando se inclinó para ayudarlo a quitársela, él sintió la suavidad del vestido, la suavidad de su cuerpo, la de la luz de la habitación, y se quedó inmóvil mientras ella deslizaba las manos bajo los puños de su camisa y le desabrochaba hábilmente los gemelos (de la Universidad de Oxford) antes de subir despacio las mangas por los antebrazos.

—Solo quería ver si tenía algún pequeño, ¿cómo se dice?, tatuaje.

—No, no tengo ninguno.

—Yo tampoco. Aunque pronto podrá comprobarlo usted mismo, *¿oui?*

Volvió a sentarse muy cerca de él y Browne-Smith bebió otro largo trago de *whisky* e intentó relajarse un poco. Pero ella se lo impidió, cogiéndole la mano derecha y colocándola sobre la hombrera derecha de su vestido.

—¿Le gusta? —preguntó.

¡Santo cielo! Su mano vaciló unos instantes sobre la tela del vestido y luego se deslizó tímidamente por debajo, acariciando la suave carne alrededor de su cuello.

—¿Puedo…?

—Puede hacer todo lo que *quiega*. —Mientras pronunciaba aquellas deliciosas palabras, sus ojos resplandecían y se levantó de un salto

tirando de él con ambas manos—. Pero antes veremos una peliculita, *¿oui?*

Browne-Smith hizo con cierta reticencia lo que le sugerían y se sentó en una silla delante del proyector, intentando prepararse para el aperitivo voyerista. Parecía evidente que el orden de los acontecimientos era el habitual, y a lo mejor ella necesitaba un pequeño estímulo erótico. Este último detalle le resultó algo triste, aunque era un hombre demasiado inteligente para sorprenderse.

Las escenas que vio sobre la pared blanca junto a las cortinas amarillas eran diez veces más salvajes que cualquiera de las películas X que Browne-Smith había pagado por ver en el cine ABC durante sus vacaciones de la universidad. Era una pena que la mujer no estuviera sentada a su lado, pero (tal como ella misma había explicado) el proyector tendía a desenfocarse a menos que estuviera pendiente para hacer continuos ajustes.

Todo en la película resultaba vagamente familiar.

Un hombre con un elegante traje a medida y una hermosa rubia de vestido largo color morado; unas copas en la intimidad a media luz en un sofá repleto de cojines; la mano del hombre deslizándose bajo el corpiño escotado y abriéndose paso hasta un bronceado y turgente seno. Luego la rubia se desnudaba de forma deliberadamente lenta y provocativa y seguía el esperable concierto de caricias y gemidos a dos voces que desembocaban en un extático *crescendo* de jadeos con un enérgico chorro de esperma a modo de colofón.

El zumbido y los chasquidos del proyector cesaron y él sintió que ella apoyaba las manos en sus hombros desde atrás.

—¿Quiere volver a verla? —Ella se acercó y se sentó en sus rodillas —. ¿O prefiere tenerme a mí?

Él consiguió tragarse el primer «¡A ti!», pero no el segundo.

—Hay una larga cremallera en la espalda de mi vestido, eso es todo. Solo bájela…, *¡tigue!* Ya está.

Browne-Smith sintió el sinuoso movimiento de sus caderas apretándose contra él mientras sus dedos se aventuraban hacia la

espalda desnuda, y entonces ella se levantó y caminó hasta la cama.

—¡Venga y déjeme desnudarle!

Ella estaba de espaldas a él mientras se deshacía de las hombreras. Se agachó para quitarse los zapatos negros de tacón alto, se libró profesionalmente del vestido y lo dobló con cuidado dejándolo sobre la silla a los pies de la cama. Después se volvió por completo hacia él, que sintió una desproporcionada urgencia de tomarla al instante; pero ella seguía guardando las distancias y él pensó en Tántalo, torturado sin piedad, y en las ilícitas uvas balanceándose casi al alcance de sus labios.

—¿Le apetece otra copita?

Presa de un delirio de deseo, Browne-Smith la observó yendo hasta el mueble bar, la observó sirviendo las dos bebidas y contempló sus hermosos senos meciéndose lánguidamente al acercarse de nuevo a él.

—Acuéstese solo un momentito. Enseguida me tendrá solo para usted.

Desapareció por la única puerta de la habitación, sin duda un baño (a juzgar por el sonido de la cisterna). Y entretanto él se tumbó sobre las sábanas amarillas vestido casi por completo, preguntándose vagamente qué estaba ocurriendo en realidad. Aunque tenía la boca tan seca como el Sáhara, dejó su bebida intacta en la mesita de noche y durante unos instantes fue capaz de pensar con más claridad. ¿Por qué había usado la otra botella de Glenfiddich? ¿Tal vez… tal vez estaba algo aguado? Como decía siempre el tesorero en los ágapes de los veteranos: «¡Que beban primero del bueno!».

Cuando Yvonne reapareció tras lo que pareció una eternidad, él volvió a contemplarla, incorporándose ligeramente sobre el codo derecho. Pero su petición fue la más extraña que ella había oído nunca.

—No tendrá algún tipo de crema, ¿verdad? Tengo los labios terriblemente secos.

Ella cogió su bolso del sofá, lo abrió y rebuscó unos segundos

dentro. Después desenroscó un tarro redondo, se inclinó sobre él y, con los pechos suspendidos a escasos centímetros de sus ojos, le untó suavemente un poco de crema en los labios.

—¿*Mejog* así? Apure la copa, *caguiño.*

Le desanudó la corbata y después desabrochó la camisa botón a botón, acariciándole el pecho durante la operación.

Para Browne-Smith aquellos momentos fueron casi insoportablemente eróticos y supo que tenía pocas esperanzas de aguantar mucho más tiempo. Sin embargo, hizo otra petición bastante extraordinaria.

—¿Podría abrir las cortinas solo un poquito?

Cuando la mujer regresó vio que la chaqueta del hombre (doblada hasta ese momento a los pies de la cama) estaba ahora extendida a su lado, y al observar su cuerpo inmóvil vio la mancha delatora que empapaba la parte delantera de los pantalones azules confeccionados a medida. Tenía los ojos cerrados y la respiración tranquila y la mano derecha, a la que le faltaba el dedo índice por debajo de la articulación interfalángica proximal, colgaba inerte por un lado de la cama. En la mesita de noche, junto a su cabeza, el vaso estaba ahora vacío. Ella le levantó el brazo derecho y lo colocó arriba suavemente. Durante un fugaz instante casi sintió ternura. Luego se vistió apresuradamente, abrió la puerta de la habitación después de girar la llave en la cerradura y al salir habló en susurros con el hombre que aguardaba de pie en el pasillo leyendo un libro titulado *Introducción a los números Köchel.*

Habiendo cumplido sus deberes, la mujer bajó las escaleras.

5

Viernes, 11 de julio

Una mujer de moral un tanto dudosa intenta relajarse, aunque tal es su carácter que recuerda demasiado claramente, y demasiado a menudo, los deberes por los que tan generosamente le han pagado.

El día en que tuvieron lugar los acontecimientos narrados en el capítulo anterior, al anochecer, una mujer estaba sentada a solas en un piso de una habitación con baño y cocina de un edificio situado en una de las numerosas calles residenciales que discurren hacia el sur desde Richmond Road. Media hora antes había caminado desde la estación de metro de Putney Este y ahora se sentía cansada. Desde Piccadilly hasta Earls Court, cambiar de tren, cruzar el Támesis hasta Putney… ¿Cuántas veces había hecho ese viaje agotador? Habría sido mucho más sencillo vivir en el Soho, ¡y no le habían faltado oportunidades en ese sentido! Pero disfrutaba de sus dos vidas, sus dos esferas de existencia que no se cruzaban (o casi) en ningún punto. Aquí, en los suburbios sobriamente burgueses, era una mujer de mediana edad con un trabajo en la ciudad. Aquí se dedicaba a sus cosas, tranquila, agradable y cómodamente, ocupándose del alquiler, los impuestos y las facturas de la casa y amueblando a todo lujo su pequeño apartamento. No obstante, este lugar era para su disfrute exclusivo, puesto que nunca había invitado a nadie a entrar allí, excepto a la mujer de la limpieza (dos horas por semana), y también al hombre que había ido a visitarla hacía solo cuatro días.

La mujer que estamos describiendo aparentaba unos cuarenta,

aunque era en realidad diez años mayor, y sería fácil disculpar a quien se equivocara. Era una mujer de senos generosos, que había ganado algunos centímetros de cadera durante los últimos años; sus piernas seguían siendo esbeltas y elegantes y sus tobillos delgados y firmes. Por supuesto, había algunas reveladoras arrugas de expresión a ambos lados de su boca y también de los ojos; pero la boca propiamente dicha era tan delicada y deliciosamente sensual como había sido siempre, y, por lo general, los ojos eran claros y brillantes como un mediodía de verano en las colinas suecas.

Esa noche, no obstante, esos ojos estaban apagados y sombríos. Sentada en un sillón, cruzó las piernas enfundadas en medias de nailon, apoyó su rubia cabeza en el brazo izquierdo y durante varios minutos miró fijamente la alfombra Wilton de suntuosos estampados. Aún disfrutaba de los últimos coletazos de una conocida sensación de triunfo, aunque también sentía cierta tensión y preocupación que, durante las últimas horas, habían ido creciendo inexorablemente hasta convertirse en un sentimiento de culpable remordimiento.

Todo había comenzado a primera hora de la mañana del lunes pasado, casi inmediatamente después de que Sauna Select (junto a la calle Brewer) abriese sus puertas a los hombres que frecuentaban dicho establecimiento. No había nada vulgar ni mezquino en todo ello, tan solo el acuerdo entre damas y caballeros de que, con un poco de discreción y grandes cantidades de dinero, era posible acceder fácilmente a una amplia gama de refinados servicios eróticos. La mayoría de los clientes habituales, hombres por lo demás corrientes, tenían entre cuarenta y sesenta años, aunque en unos pocos casos eran clara e indiscutiblemente ancianos. No obstante, todos eran acaudalados, pues tal era la condición *sine qua non* del negocio. ¿Cómo si no iba a poder permitirse la dirección pagar los principescos salarios de sus cuatro empleadas, inefables todas ellas cada una en su categoría? Pues el suyo era un generoso salario (la mujer solía recordarlo con frecuencia), mucho mejor que sus anteriores pagas cuando era una popular estríper en clubes del

Soho e iba con su voluminosa maleta de vestuario de un exiguo escenario a otro.

Eran las diez treinta y cinco cuando el hombre entró en el local. Quería una sauna, dijo, nada más. Eso era lo que decían todos, aunque pronto la humedad y el calor disipaban las inhibiciones en una isla de vapor y relajación que casi siempre llevaba a algo más. ¿Y este hombre? Evaluó a las cuatro mujeres con una escrupulosidad casi embarazosa (su figura, su cutis, sus ojos) y la eligió a ella; luego fue escoltado a la sala de vapor y desde allí a una de las salas privadas de masaje (con un incremento en el precio de veinte libras), donde las jóvenes de experimentados dedos y ligeras de ropa ponían en práctica sus habilidades.

Él sudaba profusamente bajo el albornoz blanco de rizo que le llegaba hasta la mitad del muslo. Ella, por su parte, fresca y elegante, iba vestida con la bata blanca de algodón reglamentaria, con solo un sujetador y unas bragas ligeramente transparentes debajo.

—¿Querría tumbarse en el diván, señor? De espaldas, por favor.

Él no había dicho nada hasta ese momento, limitándose a obedecer sus sugerencias de forma mecánica y cerrando los ojos mientras ella trabajaba, masajeándole suavemente con los dedos los músculos de alrededor del cuello.

—¿Está bien?

—¡Fabuloso!

—¡Solo relájese!

Ella introdujo las manos bajo la toalla y le masajeó los hombros con las yemas de sus dedos fuertes y elegantemente arreglados, trabajando desde el cuello hacia las axilas repetidas veces, suave y sensualmente. Después, como había hecho un millar de veces antes, rodeó el diván y, situándose a su lado, se inclinó sobre él con los dos primeros botones de la bata ya desabrochados.

—¿Le gustaría que me desnudara mientras le doy el masaje?

¡Maravillosa pregunta! Y casi invariablemente una oferta difícil de rechazar, a pesar de que el precio de dicho extra opcional estaba

claramente indicado de antemano.

De ahí que la mujer se sorprendiera al ver que el aparentemente flexible y solícito cliente se sentaba sin prisa, bajando las piernas del diván, y se inclinaba hacia delante para abrocharle los botones de la bata al tiempo que él mismo se cubría los hombros con la toalla y decía que no.

Pero lo que sucedió después la sorprendió más todavía.

—¡Escuche! Creo que la conozco y estoy seguro de que conocí a su padre. ¿Es seguro hablar aquí?

¡Su padre! Sí, aún le recordaba. Aquellas interminables broncas que tan a menudo escuchaba desde su solitaria habitación cada vez que el afable borrachín llegaba por fin a casa desde el *pub*; broncas aparentemente olvidadas a la mañana siguiente, cuando la casa volvía a la rutina de costumbre. Luego, en 1939, cuando ella solo tenía ocho años, lo llamaron a filas; y su muerte, tres años después, le pareció poco más que la indefinida prolongación de un ya de por sí largo periodo de ausencia en su vida. Por supuesto, quedaban recuerdos de él: fotografías, cartas, ropa, zapatos. Pero, a decir verdad, la muerte de su padre había sido un suceso poco trágico y solo apenas comprensible para ella en aquel momento. Aunque evidentemente no fue igual para su madre, que lloró a menudo durante aquellas primeras semanas y meses. Y fue en gran medida para ayudar a compensar tan desigual carga por lo que la muchacha puso tanto empeño en sus deberes escolares, colaboraba habitualmente en las tareas domésticas e incluso (más adelante) hizo todo lo posible por controlar los síntomas de rebeldía adolescente que amenazaban con eliminar cualquier sentimiento de piedad filial. Con el paso de los años se tuvo que hacer cargo de los cuidados de una madre cada vez más neurótica y dependiente, que se había hundido en una senilidad prematura al principio de la cincuentena y falleció antes de cumplir los sesenta.

Cuando el hombre le abrochó los botones, ella se sintió menospreciada y vulgar, en el lado equivocado de la transacción habitual, aunque también profundamente interesada.

—Sí, es seguro —dijo ella respondiendo finalmente a la pregunta.

—¿No hay micrófonos? ¿Ni espejos bidireccionales?

Ella negó con la cabeza.

—Sobre mi padre…

—Usted no me recuerda, ¿verdad?

Ella lo miró: un hombre de más de sesenta, quizá, y al parecer bastante bien conservado; calvicie incipiente, dientes amarilleados por la nicotina, papada cianótica y barbilla algo colgante, pero la boca todavía era firme y no falta de cierta sensualidad. No, no lo recordaba.

—Visité su casa una vez, fue hace mucho tiempo. Usted tendría, no sé, quince o dieciséis. En cualquier caso, aún estaba en el colegio, pues su madre le pidió que se fuera a hacer los deberes a la cocina. Fue un año después del final de la guerra, donde conocí a su padre. Estuvimos juntos en la misma base de operaciones. De hecho, estaba con él cuando murió.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó ella abruptamente.

—Quiero que haga algo por mí. Algo por lo que le pagaré, y muy bien.

—¿Qué…?

Él levantó la mano.

—¡Aún no! Vive usted en el 23A de Coleburn Road, ¿no es así?

—Sí.

—Me gustaría ir a verla, si es posible.

La noche siguiente fue a su casa y habló largo y tendido mientras ella escuchaba. Y cuando se mostró dispuesta a hacer lo que él quería, cerraron el trato y se llevó a cabo un pago parcial. Y ahora, ese mismo día, ella había representado el papel que él le pidió y se había efectuado el pago final. Un montón de dinero por un trabajo fácil, y sin embargo…

Sí, era ese aparentemente inofensivo «y sin embargo» lo que llenaba su mente de agobiantes dudas mientras tomaba té chino a pequeños sorbos sentada en su sillón. Por supuesto, ella sabía más que suficiente, pues había insistido en ello. Aunque quizá debería haber insistido en saber más, especialmente sobre la secuela de su propia actuación en el drama. Desde luego no era posible… que lo hubieran matado.

Tenía los labios secos. Cogió su bolso, lo abrió y rebuscó unos segundos antes de abrir el tarro redondo por segunda vez aquel día.

6

Miércoles, 16 de julio

En el que el director de la Escuela Lonsdale se muestra algo indiscreto y también preocupado por uno de sus colegas y por las sutilezas de la gramática inglesa.

La quinta mañana después de los acontecimientos descritos en el capítulo anterior, el detective inspector jefe Morse, de la comisaría del Valle del Támesis, estaba sentado en su despacho en Kidlington, Oxon.[7] Se sentía satisfecho al cincuenta por ciento con los cambios de su actual existencia; la otra mitad estaba deprimida. A primera hora de esa misma mañana había hecho voto solemne de que el día que comenzaba iba a ser muy diferente. Su consumo reciente de comida, tabaco y alcohol solo había variado mínimamente dentro de los niveles más altos del exceso adictivo; y ahora, con cincuenta y dos años cumplidos, había decidido una vez más que su estómago, sus pulmones y su hígado exigían por igual y con urgencia algunos días de casi absoluta abstinencia. Por lo tanto, se presentó en su despacho sin desayunar después de tirar a la basura un paquete de tabaco medio lleno y dejó a propósito la cartera medio vacía en la mesita de noche. ¡Apártate de mí, Satanás! De hecho, las cosas fueron sorprendentemente bien más o menos hasta las once y media, cuando el director de Lonsdale llamó a comisaría e invitó a Morse a comer con él.

—A las doce y media en mi apartamento de la facultad, ¿de acuerdo? Podemos tomar antes un par de tragos.

—Eso estaría bien —se oyó decir Morse.

Mientras caminaba hacia el apartamento del director en el primer

patio, Morse pasó junto a dos jóvenes estudiantes que charlaban como un par de cotorras.

—Pero seguro que Rosemary espera matrícula de honor, ¿no? Si no la consigue ella…

—No. Me dijo que la había fastidiado en el examen general.

—También yo.

—¡Y yo!

—Pues se llevará una buena decepción.

Sí, la vida estaba llena de decepciones. Morse lo sabía mejor que la mayoría, y se dio media vuelta para mirar a las dos jóvenes y encantadoras damitas mientras salía por la portería. Eran estudiantes de la escuela, dos evidentes y felices ejemplos del fundamental cambio de orientación y actitud que había tenido como consecuencia la admisión de mujeres en estos recintos exclusivamente masculinos en el pasado. Sin embargo, también cuando él estudiaba en St. John… Pero bloqueó abruptamente los recuerdos de aquellos días oscuros y desastrosos.

—¿Qué te apetece, Morse? Me temo que no hay cerveza. ¿*Gin-tonic*? ¿Ginebra con vermú?

—Ginebra con vermú. ¡Estupendo!

Morse cogió un cigarrillo de la caja abierta y bien abastecida sobre la mesa.

El director sonrió de forma fraternal mientras servía las bebidas con actitud experta. Había cambiado poco desde hacía diez años, cuando Morse le conoció: había engordado ligeramente, aunque seguía teniendo el mismo aire distinguido ahora que se acercaba a los sesenta que cuando aún no había abandonado la cuarentena. Era un hombre alto, con una poblada mata de pelo gris en su noble cabeza. El traje tan flamante como siempre (se le conocía en toda la universidad por su buen gusto), en esta ocasión complementado con chaleco de terciopelo verde. Era un hombre de éxito, y orgulloso. El cabeza de una institución.

—He visto que ahora tenéis mujeres aquí —dijo Morse.

—Sí, amigo mío. Fuimos prácticamente los últimos en ceder. Pero

al final ha sido algo positivo. Hay alumnas excelentes, muy buenas.

—¿De buen ver?

El director sonrió.

—También.

—¿Duermen en la escuela?

—Unas cuantas. Aunque, de todas formas, siempre ha habido alguna que lo hacía, ¿verdad?

—Supongo que sí —respondió Morse.

Y su mente se remontó a aquellos lejanos días, justo después de la guerra, cuando él llegó a Oxford para estudiar Clásicas desde una escuela secundaria del centro de Inglaterra.

—Ha habido un par de matrículas este año. Entre las chicas, quiero decir. Una en Clásicas y otra en Geografía. No está mal, ¿eh? De hecho, la estudiante de Clásicas, Jane… —De repente, el director guardó silencio y se inclinó hacia delante con seriedad, haciendo girar torpemente el gran anillo de ónice alrededor del meñique de la mano izquierda—. ¡Vaya, Morse! No debería haber dicho, eh, lo que acabo de decir. Las listas definitivas no se publicarán hasta dentro de una semana o diez días.

Morse movió la mano derecha quitándole importancia, como si ya hubiera olvidado cualquier recuerdo de dicha indiscreción.

—No he oído una sola palabra de lo que has dicho, director. Aunque sé lo que ibas a contarme.

—¡Oh!

—Ella ha obtenido la mayor matrícula de honor de la universidad y pronto recibirá la convocatoria para el oral honorífico. ¿Correcto?

El director asintió.

—Es una chica magnífica. Y un encanto también. Te gustaría, Morse.

—No lo dudo.

Los ojos del director brillaban de alegría en ese momento. ¡Cómo disfrutaba estando con Morse!

—Probablemente se casará con algún cabrón lujurioso —continuó Morse— y acabará con media docena de chiquillos llorones.

—Tú tampoco eres la alegría de la huerta.

—No es más que envidia, créeme. Aunque hay cosas más importantes en la vida que conseguir una matrícula en Clásicas, Grandes o como las quieras llamar.

—¿Por ejemplo?

Morse consideró la pregunta unos instantes antes de menear la cabeza.

—No lo sé.

—Te diré una cosa. No me parece probable que vaya a haber algo mucho más importante para ella. Posiblemente le ofrezcamos una beca júnior aquí.

—Quieres decir que ya le has ofrecido una.

—Por favor, no olvides que yo, eh, no debería haber mencionado nada de esto. Normalmente soy muy discreto.

—Será el alcohol —dijo Morse bajando la vista hacia su vaso vacío.

—¿Otra de lo mismo? ¿Las medidas estaban bien?

—Quizá un poquito más de ginebra. —Morse cogió otro cigarrillo mientras el director rellenaba los vasos—. Supongo que la muchacha podrá permitirse escoger entre todos los estudiantes.

—¡Y entre los catedráticos!

—Nunca has estado casado, ¿verdad, director?

—¡Y tú tampoco!

Durante un par de minutos los dos siguieron bebiendo en silencio. Después Morse preguntó:

—¿Ella tiene madre?

—¿Te refieres a Jane Summers?

—No habías mencionado su apellido hasta ahora.

—¡Extraña pregunta! No lo sé, espero que sí. Solo tiene veintidós o veintitrés, creo. ¿Por qué lo preguntas?

Morse apenas estaba escuchando. Afuera en el patio le había resultado comparativamente fácil espantar sus dolorosos recuerdos. ¡Pero ahora no tanto! Sus ojos parecían a punto de derramar una lágrima empapada en ginebra al volver a pensar en sus tristes tiempos en Oxford.

—¿Estás escuchando?

—¿Cómo dices?

—Creo que no estás prestando demasiada atención a lo que estoy diciendo.

—¡Lo siento! Será el alcohol.

Su vaso estaba otra vez vacío y no tuvo que decirle nada al director.

—Entonces, ¿querrás echar un vistazo a todo esto por mí discretamente? Verás, es posible que tenga que marcharme este fin de semana durante varios días.

—¿Quieres decir varias semanas?

—Todavía no estoy seguro. Como he dicho, si pudieras vigilar un poco todo esto me quedaría más tranquilo.

—¿Qué hay que vigilar?

—Bueno, solo es que es tan, eh, impropio de Browne-Smith. Es el tipo más pedante y quisquilloso de la universidad y esto me resulta, cuando menos, raro. Sin organización de ninguna clase. Solo está esa nota que dejó en la portería. Sin disculpas por ausentarse del claustro y ni una palabra a los dos estudiantes a los que había citado.

—¿Tienes la nota?

El director sacó un papel doblado de un bolsillo de su chaqueta gris perla y se lo entregó:

> Por favor guarden aquí mi correo. Estaré fuera varios días. He tenido una súbita e irresistible oferta del todo inesperada. Diganle al empleado de mantenimiento que se ocupe de mis cosas, i. e. que mantenga bien limpio mi apartamento, que haga la colada y cancele todas las comidas hasta nuevo aviso.
>
> B-S

Morse sintió un cosquilleo en las venas mientras leía la breve nota mecanografiada. Pero no hizo ningún comentario.

—Verás —dijo el director—, no creo que lo haya escrito él.

—¿No?

—No.

—¿Cuándo apareció en la portería?

—El lunes por la mañana. Hace dos días.

—¿Y cuándo lo vieron aquí por última vez?

—El viernes pasado, por la mañana. Salió de la escuela sobre las ocho y cuarto para coger el tren a Londres. Uno de nuestros profesores lo vio en la estación.

—¿Y esta nota llegó por correo?

—No. Según el portero la dejaron aquí.

—¿Por qué estás tan seguro de que no la escribió él?

—No pudo ser él. Mira, Morse, lo conozco desde hace unos veinte años y, aparte de Housman, nunca ha habido un hombre que aborrezca tanto el solecismo en el uso del inglés. Es casi paranoico con esa clase de cosas. Verás, siempre nos obligaba a alargar los claustros y hasta una coma fuera de sitio en la versión final podía desatar la ira de los dioses contra el secretario. ¡Incluso solía escribir un borrador antes de poner un maldito anuncio en el tablón!

Morse volvió a mirar la carta.

—¿Quieres decir que tendría que haber puesto comas después de «por favor» y «oferta»?

—¡Sí, por Dios santo! Él siempre usa coma en esos casos. Pero hay algo más. Creo que Browne-Smith era el único hombre de Inglaterra que discutía invariablemente por el uso de la coma después de «i. e.».

—Mmm.

—No pareces muy impresionado.

—¡Ah!, pues lo estoy. Es posible que tengas razón.

—¿De veras?

—¿Crees que tiene una gatita en alguna parte?

—Nunca ha tenido nada parecido.

—¿Jane Summers sigue en la escuela?

El director se rio con verdaderas ganas.

—La vi esta misma mañana, Morse, ya que quieres saberlo.

—¿Le dijiste que había sacado matrícula?

Una sonrisa se estaba dibujando lentamente en los labios de Morse y el director lo miró con expresión astuta.

—No sirve de mucho fingir contigo, ¿verdad? ¡Pero no, no se lo dije! Aunque sí le dije que quizá tenía sobradas razones para ser, digamos, optimista sobre su, eh, futuro. Sea como sea, ya es hora de que bajemos a almorzar. ¿Listo para comer?

—¿Puedo quedarme esto?

Morse levantó la nota y el director asintió.

—En serio, estoy algo preocupado. Y acabas de decir que puede que tenga razón, ¿verdad?

—Tienes razón. Al menos estoy seguro de que la tienes al sugerir que él no la escribió. Por supuesto, pudo haberla dictado.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Bueno, ya era un pedante de la gramática años antes de que tú lo conocieras —dijo Morse mientras el director cerraba con llave al salir—. Fue uno de mis tutores en los exámenes de licenciatura. E incluso entonces se ponía hecho una furia por el menor error ortográfico como si fuera un pecado contra el Espíritu Santo. Por supuesto, en esa época todo aquello me importaba un pimiento. Pero, por extraño que te parezca, con el paso del tiempo llegué a respetar su punto de vista y todavía lo hago. A mi secretaria no le paso por alto el más mínimo error ortográfico, si puedo evitarlo.

—¿Nunca?

—¡Nunca! —repitió Morse con expresión seria en sus ojos azules cuando los dos hombres se detuvieron un instante en el rellano, frente al apartamento del director—. Y puedes estar completamente seguro de una cosa, director. Browne-Smith habría preferido la muerte antes de escribir «díganle» sin tilde.

—No creerás que, eh, que está muerto, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —dijo Morse mientras los dos viejos amigos bajaban las escaleras.

[7] Abreviatura de Oxford, derivada de Oxonia, el nombre de la ciudad en latín.

7

Comienzo de semana en miércoles, 16 de julio

En el que los lectores que esperan impacientemente la aparición del primer cadáver no se sentirán decepcionados, y en el que se arroja una interesante luz sobre el personaje del detective Morse.

Eran las dos y media de la tarde cuando finalmente Morse abandonó la Escuela Lonsdale y, después de aprovisionarse en un estanco en la calle High, estaba de regreso justo antes de las tres en punto en su oficina de Kidlington, donde no parecía haber ocurrido gran cosa en su ausencia.

Al abandonar Lonsdale le había prometido al director que «echaría un vistazo a aquello» (una frase sin sentido, desde el punto de vista de Morse), ante la eventualidad de que la desaparición de Browne-Smith llegara a adquirir algún matiz más siniestro.

Cualquier observador habría dicho que Morse parecía tener ligeramente fija la mirada, como habría dicho Shakespeare, y que su estado de ánimo era ligeramente sensiblero. Y estando allí sentado, su volátil imaginación retrocedió con facilidad hasta sus fatídicos tiempos en Oxford.

Tras dieciocho meses de servicio militar en un regimiento de la Real Unidad de Señales del Ejército, Morse ingresó en la Escuela St. John, donde sus dos primeros años fueron los más felices y significativos de su vida. Estudió duro, asistió con regularidad a las clases y

entregó puntualmente sus traducciones y trabajos de redacción; y a sus tutores no los pilló por sorpresa que un joven estudioso e inteligente consiguiera una matrícula de honor en los exámenes de Clásicas. Con dos años todavía por delante (dos años más para estudiar a los grandes de Grecia y Roma), el futuro parecía cernirse sobre él con la misma certidumbre con que la brillante luz del sol sucede a la aurora de rosados dedos; sobre todo teniendo en cuenta que la mente de Morse era ideal para la clase de trabajo que le aguardaba en Historia, Lógica y Filosofía. Pero a mitad del tercer año conoció a la chica que superaría sus fantasías más febriles.

Ella ya se había graduado en la Universidad de Leicester, donde una serie de elogiosas referencias fueron lo bastante impresionantes como para que su solicitud para hacer el doctorado en Filosofía en Oxford fuera aceptada en St. Hilda. Durante el primer trimestre le asignaron un alojamiento bastante alejado, en Cowley Road. Pero había sido infeliz entre sofás de crin de caballo y muebles oscuros, por lo que aprovechó sin dudarlo la oportunidad de mudarse a un piso más pequeño en el número 22 de la calle St. John (a la altura de St. Giles) al comienzo del trimestre de san Hilario, en el mes de enero. Era mucho más luminoso y estaba mucho más cerca de todo, a un corto paseo de la Biblioteca Bodleiana, donde pasaba gran parte de su tiempo. Estaba contenta en su nueva habitación y la vida era bella.

Al mismo tiempo el deán de la escuela St. John tenía por costumbre reunir a la mayoría de sus alumnos de tercero en alguna propiedad cercana a la escuela y desde el principio del trimestre de san Miguel, el primero del curso, Morse se había mudado al número 24 de St. John Road.

Se conocieron una noche a finales de febrero durante el descanso de la producción de la SDUO, la Sociedad Dramática de la Universidad de Oxford, de *Doctor Fausto* en el New Theatre*,* a pocos metros de distancia en la calle Beaumont. Morse al fin había conseguido pedir una pinta de cerveza en la barra abarrotada cuando sintió que alguien apoyaba suavemente la mano en su

hombro y al darse la vuelta se encontró una cara pálida, con el pelo rubio recogido y ojos color avellana que miraban directamente a los suyos con expresión tímida e implorante al mismo tiempo.

—¿Acabas de pedir?

—Sí, enseguida te dejo sitio.

—¿Te importaría, eh, pedir para mí también?

—¡Lo haré encantado!

—Dos *gin-tonics*, por favor —dijo ella.

Dejó en su mano un billete de una libra y se marchó.

La joven estaba sentada en un rincón del bar junto a una muchacha morena de aspecto desaliñado, y Morse se abrió paso lentamente entre la multitud y dejó con cuidado las bebidas en la mesa.

—No te ha molestado, ¿verdad? —dijo la rubia mirándolo inocentemente con los ojos muy abiertos.

Y Morse se sorprendió observándola con atención, fijándose en su nariz fina de pequeñas y delicadas aletas, en los minúsculos hoyuelos de sus mejillas y en los labios entreabiertos (ahora casi con picardía), que dejaron a la vista unos dientes algo grandes, pero geométricamente regulares.

—Por supuesto que no. Esto está hasta los topes, ¿no?

—¿Te está gustando la obra de teatro?

—Sí, ¿y a ti?

—¡Oh, sí! Soy una gran fan de Marlowe. Y Sheila también. Perdona, eh, puede que no os conozcáis.

—A ti tampoco te conozco —dijo Morse.

—¡Lo ves! ¿Qué te había dicho? —Era la morena, que esbozó una sonrisa mirando a Morse al añadir—: Wendy dijo que te había reconocido y que vives al lado de su casa.

—¿De verdad? —respondió Morse, que seguía de pie algo embobado.

Sonó una campana en la barra anunciando el último acto, y, haciendo acopio de todo su valor, Morse preguntó a las dos chicas si les gustaría tomar algo con él después de la representación.

—¿Por qué no? —Fue la saturnina Sheila quien respondió—. Nos encantaría, ¿verdad, Wendy?

Decidieron volver a verse los tres en la coctelería del Randolph, calle arriba, a tiro de piedra de allí.

Para Morse el último acto se alargó eternamente y salió del teatro un buen rato antes del final. El nombre de «Wendy» se repetía en su cabeza igual que cuando los bosques dieron la bienvenida a Amaryllis.[8] Con el bar prácticamente desierto, se sentó y esperó expectante. Diez minutos, quince minutos. El bar estaba empezando a llenarse y hasta en dos ocasiones tuvo que asegurar a otros clientes, algo avergonzado, que las dos sillas vacías de su mesa estaban ocupadas.

Ella apareció finalmente (es decir, Sheila), mirando a un lado y a otro hasta encontrarlo, se sentó a su lado y aceptó la invitación de Morse a una cerveza.

—¿Qué va a tomar, eh, Wendy?

—Me temo que no va a venir. Dice que lo siente, pero de repente recordó que…

Pero Morse ya no estaba escuchando, pues la noche se había vuelto súbitamente triste y desolada. Invitó a la joven a una segunda cerveza y luego a una tercera. Ella se marchó a las diez y media para coger el autobús y desde la puerta del bar Morse vio aliviado cómo lo despedía algo decepcionada.

Intentaba nevar mientras Morse volvía a casa caminando despacio por la calle St. John, pero se detuvo donde sabía que se detendría. A la derecha de la puerta del número 22 vio cuatro nombres mecanografiados y encuadrados, con un timbre de plástico junto a cada uno. El primero era «Srta. W. Spencer (última planta)», pero no había ninguna luz en la ventana más alta y Morse enseguida empezó a subir las escaleras hacia su frío estudio.

Durante los tres días siguientes pasó mucho tiempo haraganeando en las inmediaciones de la calle St. John sin asistir a clase, sin comer y sin encontrarse con la mujer que anhelaba volver a ver. ¿Se había visto obligada a abandonar la ciudad? ¿Estaba enferma? Su mente

se llenó de toda clase de trágicos presentimientos mientras malgastaba tiempo y energía en inútiles e infructuosas fabulaciones. La cuarta noche entró en el Randolph y bebió dos escoceses dobles, luego regresó a la calle St. John y, con el corazón martilleando en el pecho, llamó al timbre del panel superior. Y cuando se abrió la puerta, ella apareció en el umbral con una dulce sonrisa de reconocimiento en la mirada.

—Has tardado mucho —dijo.

—No sabía que…

—Sabías dónde encontrarme, yo misma te lo dije.

—Yo…

—Pero no fuiste tú quien dio el primer paso, ¿verdad?

—Yo…

—¿Te apetece pasar?

Ya esa primera noche Morse le dijo impetuosamente que la quería, y ella, por su parte, le confesó cuánto se alegraba de haberle conocido. Después de eso pasaron juntos días, semanas y meses de una larga e idílica felicidad: pasearon por la campiña de Oxfordshire; fueron al teatro, al cine, a conciertos y a museos; frecuentaron *pubs* y restaurantes; y, transcurrido un tiempo, también muchas horas en la cama. Pero durante esos días idílicos descuidaron el trabajo académico que se esperaba de ambos. Al final del último trimestre, el tutor de Morse le recordó amablemente que podía estar poniendo en peligro su rendimiento del año siguiente a menos que acometiera con determinación el estudio de las obras de Platón durante las inminentes vacaciones. Después de una entrevista parecida con su propio supervisor, Wendy Spencer fue informada con firmeza de que, a menos que su tesis mostrase pronto más signos evidentes de avance, la continuidad de su beca (y, con ella, su doctorado) podía correr un serio peligro.

Sorprendentemente, quizá, era Morse quien veía con más claridad la importancia de algún éxito académico y quien buscaba más

ávidamente alcanzarlo. Pero dicho éxito no llegaría a materializarse. Justo antes de las vacaciones de Navidad, una llorosa Wendy le anunció que su doctorado había terminado y su beca sería retenida a partir del día 1 de enero. Sin embargo, los dos siguieron viviendo igual que hasta entonces: Wendy se quedó en su alojamiento y consiguió enseguida trabajo de camarera en el Randolph; y Morse se esforzó por reducir su consumo de cerveza y leía de vez en cuando algún capítulo de *La República* de Platón.

Irónicamente, fue un día antes del aniversario de su primera y maravillosa noche juntos cuando Wendy recibió el telegrama informándola de que su madre viuda había sufrido una apoplejía y su ayuda era requerida con urgencia. De modo que regresó a casa y allí se quedó. Los amantes intercambiaron decenas de cartas durante los lúgubres meses que siguieron y Morse fue a visitarla dos veces al suroeste del país. Pero andaba corto de dinero y poco a poco fue asumiendo que (por alguna razón) su madre era una figura más importante que él en la vida de Wendy. Su actual rendimiento ante sus tutores era tan patéticamente pobre que se anuló su exhibición escolar y tuvo que enfrentarse a la humillante tarea de escribir rogando a la autoridad de su condado la compensación de su deuda. Después, tres semanas antes de los finales, recibió la última carta de ella: no podía volver a verlo; ya casi le había arruinado la vida, decía; además, tenía el deber de quedarse con su madre y había decidido hacerlo de manera irrevocable; lo había amado (lo había amado desesperadamente), pero ahora habían llegado al final; le imploraba que no respondiera a su carta y lo animaba centrarse en sus inminentes exámenes; eso siempre sería importante para ella. Morse le envió inmediatamente un telegrama rogándole que se vieran una vez más. Pero no recibió respuesta y tampoco tenía dinero para otro viaje. Desesperado, no hizo nada, absolutamente nada.

La joven y atractiva secretaria de Morse entró en el despacho y le

entregó sus cartas para que las firmara.

—¿Quiere dictar las otras, señor?

—Un poco más tarde. La llamaré por teléfono.

Cuando ella se marchó, él siguió pensando en lo mismo, aunque no durante mucho rato. De todas formas no había nada más que recordar. No había vuelto a saber nada de Wendy Spencer, aunque sin duda seguiría viva. Incluso en ese instante, en ese mismo instante, tenía que estar en alguna parte. Recitó para sus adentros el verso de «Wessex Heights»: «Pero el tiempo cura al corazón de toda ternura… y ahora puedo dejarla ir». Por supuesto, era mentira. Y también lo había sido para Hardy.

Morse tampoco llegó a conocer en persona a ninguno de sus examinadores de los exámenes finales de Clásicas desde su llegada a Oxford. Sin embargo, incluso ahora era capaz de recordar con dramática claridad los seis nombres que aparecieron en la lista de clase aquel lúgubre día de hacía unos treinta años:

Wells (presidente)
Styler
Stockton
Sherwin-White
Austin
Browne-Smith

Durante la semana siguiente Morse no hizo nada con respecto a su tenue promesa al director. Bueno, prácticamente nada. Había llamado a la Escuela Lonsdale a primera hora del lunes por la mañana, pero ni el director ni el subdirector ni el emérito ni el tesorero estaban en ese momento. Todo el mundo se había marchado o estaba a punto de marcharse. Una vez finalizado el intenso trabajo pesado de otro curso académico, la jerarquía universitaria parecía estar disfrutando de una apacible siesta colectiva. De repente, a Morse se le ocurrió que esa podría ser la ocasión ideal para asesinar a alguno de esos viejos catedráticos

solterones. Sin esposas que se preocuparan de su paradero, sin familias llamando a sus padres desde estaciones de ferrocarril ni caseras quejándose de que no pagan el alquiler. De hecho, nadie en absoluto los echaría en falta, al menos hasta mediados de octubre.

Fue el miércoles 23 de julio, dos días después de su infructuosa llamada a Lonsdale, cuando a media tarde el mismo Morse recibió la noticia, reconociendo al instante la voz del sargento Lewis.

—Tenemos un cadáver, señor. Bueno, al menos parte.

—¿Dónde está usted?

—En Thrupp, señor. ¿Conoce el…?

—¡Por supuesto que lo conozco!

—Creo que es mejor que venga.

—Tengo mucha correspondencia pendiente aquí. Seguro que puede apañárselas solo.

—Lo hemos pescado en el canal.

—Mucha gente se lanza al canal.

—No creo que este se haya ahogado, señor —replicó Lewis tranquilamente.

De modo que Morse sacó el Lancia del aparcamiento y condujo los pocos kilómetros que había hasta Thrupp.

[8] Alusión a la leyenda de la ninfa Amaryllis y el pastor Alteo.

8

Miércoles, 23 de julio

El necrofóbico Morse examina un cadáver a regañadientes y conversa con un cínico forense de la policía entrado en años.

Poco más de tres kilómetros al norte de la comisaría de policía de Kidlington, en la carretera general A423 hacia Banbury, unos trescientos metros después del último giro en ángulo recto a la derecha está el Boat Inn, una posada que, junto a unas veinte casitas y un depósito del Departamento de Aguas Interiores, constituye el pequeño villorrio de Thrupp. El pueblo propiamente dicho, a unos treinta metros de las aguas del canal de Oxford, ha servido a generaciones de barqueros, pasadas y presentes. Pero las barcazas antiguas aún en uso, que traían carbón del centro del Inglaterra y transportaban cerveza desde las fábricas de Oxford, han ido dejando paso a las lanchas y cruceros de recreo privados que en la actualidad recorren plácidamente la vía fluvial.

El inspector jefe Morse giró a la derecha en la posada y luego a la izquierda por la estrecha carretera que discurre entre el canal y una hilera de casitas adosadas de piedra gris, con las puertas y las ventanas paneladas de un límpido y universal color blanco. Casi en cualquier otro momento Thrupp le habría parecido un rinconcito agradablemente aislado, pero Morse ya había visto los dos coches de policía blancos aparcados en el camino de sirga, junto a un puente levadizo de aspecto robusto, y una ambulancia con su luz azul parpadeando aparcada un poco más allá, donde la carretera se iba estrechando hasta convertirse en un sendero de grava tomado por la hierba. Resulta extraño, teniendo en cuenta su profesión, que

además de una incurable acrofobia, aracnofobia, musofobia y ornitofobia, Morse padeciera también necrofobia. Y de haber sabido lo que le esperaba en esta ocasión cuesta creer que se hubiera atrevido a ver siquiera el cadáver espantosamente desfigurado.

Unas treinta personas, la mayoría de ellas residentes de las casas flotantes pintadas de llamativos colores amarradas a lo largo de la orilla, se agrupaban a una respetuosa distancia del centro de actividad; y al abrirse paso entre la gente con actitud casi oficiosa, Morse se encontró de repente cara a cara con un Lewis de expresión lúgubre.

—¡Un asunto muy feo, señor!

—¿Ya saben quién es?

—Dudo que lo averigüemos.

—¿Qué? Siempre es posible saber quiénes son, no importa cuánto tiempo lleven en el agua. Eso lo sabe usted tan bien como yo. Dientes, cabello, uñas de manos y pies…

—Será mejor que venga a verlo, señor.

—¡Ajá! Al menos sabemos que es un hombre. Bueno, ya es algo. Reduce de golpe las posibilidades a un cincuenta por ciento de la población, de eso no hay duda.

—Será mejor que eche un vistazo —repitió Lewis en tono tranquilo.

Un agente uniformado y dos operarios de ambulancia se hicieron a un lado mientras Morse caminaba hacia la lona verde que cubría el cuerpo recién sacado de las turbias aguas del canal. Sin embargo, durante unos segundos se detuvo, visiblemente reacio a retirar la lona. Sus cejas oscuras se fruncieron mientras analizaba mentalmente la extraña configuración del bulto que había debajo. Sin duda tenía que ser el cadáver de un niño, pues no parecía medir ni un metro diez; y las fosas nasales contraídas de Morse denotaban una repulsión aún más horrible. Ya era bastante que se suicidaran los adultos, pero la muerte de un chiquillo… ¡Aj! ¿Accidente? ¿Asesinato?

Morse indicó a los cuatro hombres que estaban de pie a su lado que lo ocultaran de los silenciosos espectadores mientras apartaba la

lona, y tras pocos segundos volvió a dejarla como estaba. Sus mejillas se habían quedado lívidas y sus ojos parecían atónitos de horror. Únicamente logró pronunciar dos palabras con voz ronca: «¡Dios mío!».

Seguía allí de pie, conmocionado y sin decir palabra, cuando un gran Ford viejo y destartalado frenó bruscamente junto a la ambulancia y de él se bajó un hombre jorobado con expresión triste y aspecto de que debería haberse retirado hacía al menos diez años. Saludó a Morse con una voz que encajaba a la perfección con su físico tétrico y enjuto.

—Pensaba que te encontraría en el bar, Morse.

—Está cerrado.

—No pareces muy contento, viejo.

Morse señaló con desgana la lona a sus espaldas y el médico de la policía se arrodilló inmediatamente para echar un vistazo.

—¡Uf! ¡Muy interesante!

Aún de espaldas al cadáver, Morse se oyó a sí mismo decir algo que coincidía vagamente con semejante afirmación y acto seguido dejó en paz a su entusiasmado colega.

Lenta y cuidadosamente el doctor examinó el cuerpo al tiempo que hacía metódicas anotaciones en un cuaderno negro de bolsillo. Gran parte de lo que escribió sería incomprensible para cualquier persona no familiarizada con la medicina forense. No obstante, las primeras líneas constituían un ejemplo de aterradora simplicidad:

> Primeras impresiones: varón (60-65); caucásico; torso bien nutrido (¿quizá demasiado?); cabeza (desaparecida) seccionada desde los hombros (de manera poco profesional) aproximadamente a la altura de la cuarta vértebra cervical; manos i. y d. desaparecidas, las muñecas cortadas por los ligamentos mediales; piernas i. y d. también desaparecidas, seccionadas del torso unos 13 o 15 centímetros por debajo de la articulación de la cadera (¿de manera un tanto más profesional?); piel – «efecto lavandera»…

Finalmente, y con cierta dificultad, el forense se puso de pie junto a

Morse y se agarró la zona lumbar con ambas manos como si sufriera una agonía crónica.

—¿Conoces alguna cura para el lumbago, Morse?

—Creía que el médico eras tú.

—¿Yo? No soy más que un pobre patólogo.

—¿Tienes lumbago a mediados de verano?

—¡A mediados de todas las malditas estaciones del año!

—Dicen que un chorrito de *whisky* es bueno para casi todo.

—Creí que habías dicho que ya estaba cerrado.

—Es una emergencia, ¿no?

Morse empezaba a sentirse un poco mejor.

Uno de los operarios de la ambulancia se acercó a él.

—¿Está todo listo para que nos lo llevemos?

—Podría ser.

—¡No! —exclamó el forense—. Todavía no. Antes tengo que comentarle algunas cosas al inspector jefe.

El hombre de la ambulancia se marchó y el médico de la policía siguió hablando en un tono sorprendentemente sombrío.

—Tienes un caso muy feo entre manos, Morse, y, bueno, creo que deberías ver una o dos cosas mientras estamos *in situ*, por así decirlo. Tú habías estudiado Clásicas, ¿no? Algunas pruebas desaparecerán con toda seguridad en cuanto empiece a cortarlo.

—No creo que haga falta, Max. Tú examínalo a conciencia, ¡con eso bastará!

Max posó amistosamente una mano en el hombro de su amigo.

—¡Lo sé! Es algo espantoso de ver, ¿verdad? Aunque en el pasado he obviado cosas, ¡lo sabes! Y si ahora…

—Está bien. Pero antes necesito una copa, Max.

—Después. No te preocupes, conozco al dueño.

—Yo también —dijo Morse.

—¿De acuerdo entonces?

—¡De acuerdo!

Sin embargo, cuando el forense volvió a retirar la lona, Morse se sintió incapaz de mirar por segunda vez aquel cuello brutalmente

cercenado. En lugar de hacerlo, fijó la mirada entrecerrando los ojos en los únicos miembros que alguien —alguien (los viejos instintos ya volvían a activarse)— había considerado seguro dejar intactos. La parte superior del cuerpo del hombre estaba vestida con una formal chaqueta de color azul oscuro y raya diplomática, a juego con el material de los pantalones incompletos, y, bajo la chaqueta, con una camisa blanca rematada con una corbata lisa de color rojo óxido (bastante mal anudada). Morse sintió un escalofrío mientras el forense retiraba la chaqueta empapada y dejaba el género chorreante en el suelo, junto al torso desmembrado.

—¿También necesitas los pantalones? ¿Lo que queda de ellos?

Morse negó con la cabeza.

—¿Hay algo en los bolsillos?

El forense metió bruscamente las manos en los bolsillos izquierdo y derecho, pero sus dedos aparecieron por el fondo de ambos y Morse sintió que se mareaba como un paciente sedado en la silla del dentista mientras le hacen un molde de la mandíbula superior.

—¿El bolsillo trasero? —sugirió tímidamente.

—¡Ah! —El forense sacó un papel mojado doblado varias veces y se lo dio a Morse—. ¿Ves a qué me refería? Ha sido buena idea hacerlo ahora.

—Lo habrías encontrado de todas formas.

—¿Tú crees? ¿Quién es aquí el criminólogo, Morse? Me pagan por examinar los cadáveres, no un pedazo de papel mojado como este. Lo más probable es que hubiera enviado los pantalones a Oxfam. O mejor aún, a los Boy Scouts, ¿eh?

Morse consiguió esbozar una débil sonrisa, pero solo pensaba en terminar de una vez.

—¿Nada más?

Max negó. Y mientras Morse miraba con expresión distraída los brazos extendidos (pues eran lo menos repugnante), el cirujano interrumpió sus cavilaciones.

—Los brazos no son muy útiles, ¿sabes? Si tuviéramos los dientes, que en este caso han desaparecido, o…

Pero Morse ya no estaba escuchando el ocioso comentario de su colega.

—¿Quieres subirle las mangas por mí, Max?

—Podría arrancarle algo de piel al hacerlo. Eso depende de cuánto tiempo lleve…

—¡Cállate, por favor!

El forense desabrochó con cuidado los gemelos y subió lentamente las mangas por los brazos delgados.

—No era precisamente un levantador de pesas, ¿eh?

—Pues no.

El forense miró a Morse con curiosidad.

—¿Esperabas encontrar un tatuaje con el nombre del tipo junto al de su amorcito?

—Nunca se sabe, Max. Incluso podría llevar el nombre bordado en alguna parte del traje.

—Por alguna razón dudo que vayas a tener tanta suerte en esta ocasión —respondió el forense.

—Puede que no.

Morse ya no escuchaba. Sintió el vómito subiéndole por el gaznate, aunque antes se había fijado en una ligera contusión en el hueco interior entre el bíceps y el antebrazo. Luego se apartó de repente del cadáver y vomitó violentamente sobre la hierba.

El sargento Lewis lo miró con sincera preocupación. Morse era su héroe y siempre lo sería. Pero incluso los héroes tenían sus momentáneas debilidades, como a menudo él mismo había tenido ocasión de comprobar.

9

Miércoles, 23 de julio

En el que la mente de Morse divaga sobre otros asuntos mientras el forense de la policía expone algunos principios científicos relativos a la inmersión en fluidos.

Fue después, esa misma tarde, cuando Morse, Lewis y el forense de la policía se presentaron en el Boat Inn, donde el dueño informó al trío con evidente prudencia de que sería poco adecuado por su parte servirles bebidas alcohólicas en el bar; aunque, por otra parte, posiblemente no estaría infringiendo ninguna ley si les proporcionaba tres sillas en una habitación trasera y una botella de Glenfiddich comprada por él mismo.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto? —preguntó Morse a quemarropa y algo previsiblemente.

El forense se sirvió un generoso *whisky* antes de dignarse a responder.

—¡Buena pregunta! Intentaré responderla mañana.

Morse se sirvió igual de generosamente, con una agria expresión de profunda desconfianza en lo que el otro acababa de decir.

—¿Una semana, tal vez?

El forense se limitó a encogerse de hombros.

—¿Quieres decir que podría ser más?

—O menos.

—¡Oh, por Dios! ¡Vamos, Max!

Morse dio un golpazo con la botella en la mesa y Lewis se preguntó si también iban a ofrecerle a él un traguito. Por supuesto, lo rechazaría, pero habría sido todo un detalle.

El forense saboreó algunos sorbos, con la pausada dedicación de un hombre que prueba un colutorio con un diente cariado antes de mirar de nuevo a Morse, ahora con una beatífica expresión en su fea cara.

—¡Esto es néctar, viejo amigo!

Durante unos instantes, también Morse pareció más interesado en el *whisky* que en cualquier problema que pudiera plantearle al Departamento de Investigación Criminal de Kidlington un cadáver decapitado, sin manos y sin piernas.

—Me han dicho que el secreto está en el agua de esos arroyos escoceses.

—¡Qué disparate! Es precisamente porque consiguen eliminar toda el agua.

—¡Es posible! —asintió Morse, algo más alegre ahora—. Y ya que hablamos de agua, acabo de hacerte una pregunta.

—¿Qué sabes tú de agua, Morse? ¡Escucha! Si encuentras un cuerpo sumergido en agua dulce te resultará condenadamente difícil averiguar qué le ha pasado. De hecho, uno de los problemas más peliagudos en esos casos para la medicina forense (de la que, por supuesto, tú no sabes absolutamente nada) es demostrar si la muerte se produjo o no por ahogamiento.

—Pero este tipo no se ahogó. Le cortaron la…

—Cállate, Morse. Me has preguntado cuánto tiempo llevaba en el canal, ¿correcto? ¡No me has preguntado quién le serró la cabeza!

Morse asintió sin abrir la boca.

—¡Bien, entonces escucha! Me pagan por hacerme cinco preguntas cuando aparece un cuerpo sumergido en el agua y en este caso en particular no hace falta ser un genio para responder la mayoría. Primera, ¿la persona estaba viva al entrar en el agua? Respuesta: casi con total certeza, no. Segunda, ¿fue debida la muerte a la inmersión? Respuesta: con la misma certeza, no. Tercera, ¿la muerte fue rápida? Respuesta: la pregunta en este caso no viene al caso porque la muerte se produjo en otro sitio. Cuarta, ¿hubo otros factores implicados en la muerte? Respuesta: casi con total certeza,

sí; es probable que el pobre tipo estuviera clínicamente muerto cuando alguien lo troceó y lo arrojó al canal. Quinta y última, ¿en qué lugar entró el cuerpo en el agua? Respuesta: ¡solo Dios lo sabe! Probablemente donde fue encontrado, como sucede en la mayoría de los casos. Aunque en ciertas condiciones podría haber sido arrastrado a la deriva por las corrientes. Gracias a una combinación de gases corporales y otras reacciones internas, es frecuente encontrar un cadáver subiendo a flote a la superficie y entonces…

Morse lo interrumpió dirigiéndose a Lewis:

—¿Cómo lo encontramos?

—Recibimos una llamada de un hombre que estaba pescando, señor. Dijo que había visto algo a flote en el agua justo donde lo encontramos.

—¿Anotaron el nombre del pescador?

La pregunta de Morse fue inesperadamente brusca y a Lewis le pareció que sus ojos brillaban con amenazadora autoridad.

—Yo no estaba presente, señor. Recibí el mensaje del agente Dickson.

—Por supuesto, él anotaría el nombre y la dirección.

—No, señor —respondió Lewis tragando saliva—. El nombre sí, aunque…

—¿El tipo colgó antes de dar su dirección?

—En realidad no es culpa mía.

—¿Quién está culpando a nadie, Lewis? Por cierto, ¿cómo se llamaba?

—Rowbotham. Simon Rowbotham.

—¡Dios! Suena a nombre inventado.

—Pero Dickson lo anotó correctamente, señor. Le pidió al tipo que lo deletreara, me lo dijo él mismo.

—Parece que tendré que felicitar al agente Dickson la próxima vez que tenga la desgracia de toparme con él.

—Solo estamos hablando de un nombre, señor.

Lewis empezaba a percibir señales de uno de los furiosos arrebatos de frustración que Morse sufría a menudo.

—¿Solo? ¿De qué está hablando? ¿«Simon», con un apellido como «Rowbotham»? ¡Por favor, Lewis! George Rowbotham todavía encajaría con su parentesco proletario. O Simon Carruthers, típico de algún aristócrata de Saffron Walden.[9] Pero ¿Simon Rowbotham? Vamos, Lewis. El fulano que llamó se lo inventó sobre la marcha.

El forense, que se había dedicado a beber plácidamente a sorbitos durante aquel breve e inesperado exabrupto, decidió que había llegado el momento de rescatar al pobre Lewis.

—Paparruchas, Morse. Después de tantos años yo sigo sin saber tu nombre de pila y la verdad es que me importa un pimiento. Podría ser «Eric», «Ernie» o cualquier otro. Y ¿qué diablos importa?

Morse, que siempre había tenido interés en ocultar su nombre tras un discreto velo de anonimato, decidió dejarlo correr. En lugar de eso, se sirvió otro vaso de *whisky* ambarino y después guardó silencio con aire pensativo.

Fue Max quien retomó el hilo de la conversación anterior.

—Al menos no tendrás que preocuparte por la posibilidad de un accidente o un suicidio, eso si no descubres que la hélice de algún bote le cortó la cabeza…, las manos y las piernas.

—¿No hay ninguna posibilidad?

—Todavía no he examinado el cuerpo, ¿verdad?

Morse gruñó a todas luces frustrado.

—Te lo he preguntado y te lo vuelvo a preguntar. ¿Cuánto tiempo ha estado en el agua?

—Acabo de decírtelo. Todavía no he…

—¿No puedes intentarlo al menos, maldita sea?

—No demasiado tiempo, al menos en el agua. Pero podría llevar días muerto antes de eso.

—¡Haz una estimación, por los clavos de Cristo!

—No es fácil.

—Contigo nunca hay nada fácil, ¿verdad? Supongo que al menos estás seguro de que el tipo está muerto.

El forense terminó su *whisky* y se sirvió más, arrugando la cara en una expresión casi simpática.

—¿Hora de la muerte? Eso siempre va a tener mucha importancia en lo que a ti respecta, Morse. Aunque desde mi punto de vista ningún patólogo, por experimentado que sea, puede tener demasiada fe en la precisión de sus observaciones. Hay demasiadas variables en juego, ¿entiendes?

—¡Olvídalo!

—¡Ah! Pero si alguien vio cómo arrojaban a ese tipo al canal, bueno, eso ayudaría mucho, ¿no te parece?

Morse movió lentamente la cabeza arriba y abajo en silencio y miró a Lewis, que asintió a su vez.

—No debería llevarnos mucho tiempo, señor —declaró—. Solo habrá una docena de casas por el camino de sirga.

Y se dispuso a marcharse. Sin embargo, antes de salir le hizo una pregunta al forense.

—¿Tiene una idea aproximada de cuándo pudo llegar el cuerpo al canal, señor?

—Hace dos o tres días, sargento.

—¿Cómo diablos sabes eso? —gruñó Morse cuando Lewis se fue.

—Realmente no lo sé. Pero tu Lewis es un hombre educado, ¿no crees? Merece un poco de ayuda, a mi modo de ver.

—Entonces, alrededor de dos o tres días.

—Dudo que sea menos y probablemente llevará muerto un día más. Su piel ya ha dejado atrás el efecto «lavandera», lo que sugiere que ha estado en el agua más de veinticuatro horas. Y podría suponer, solo suponer, tenlo en cuenta, que también hemos dejado atrás la fase de «calado», llegando casi al momento en que la piel empieza a blanquearse. Digamos que alrededor de dos días o dos días y medio.

—Y nadie sería tan idiota como para lanzarlo a plena luz del día, de modo que…

—Sí. El domingo por la noche, ese es aproximadamente el momento que yo sugeriría, Morse. Aunque si encontrara alguna pulga viva en él me estaría metiendo en un lío de cojones, porque suelen morir después de veinticuatro horas en el agua.

—No parece la clase de tipo que tiene pulgas, ¿no crees?

—Eso depende de dónde haya estado antes de acabar en el río —replicó el forense—. Por lo que sabemos, podría haber estado metido en el maletero de un coche junto a un perro muerto.

Alzó la vista y vio al inspector jefe mirando su vaso con aire cuando menos abatido.

—Puedo entender que alguien le haya cortado la cabeza, incluso las manos. Pero, por los clavos de Cristo, ¿por qué iba a querer cortarle también las piernas?

—Por la misma razón. La identificación.

—¿Quieres decir que había algo por debajo de las rodillas, un par de patas de palo o algo por el estilo?

—Prótesis artificiales, así se denominan ahora.

—O quizá le faltaban los dedos de los pies.

—Eso no es muy frecuente.

La mente de Morse ya estaba muy lejos de allí mientras la imagen de un espantoso cadáver provocaba un nuevo espasmo en algún rincón de sus tripas.

—Tienes razón, Morse —dijo el forense sirviéndose otro trago—. Probablemente no sabía lo que era una pulga. Tiene buen corte esa chaqueta. Bonita camisa también. Sin duda era un tipo con un empleo agradable: buen salario, buenas condiciones de trabajo, alfombras por toda la oficina, una pensión decente… —De repente el forense guardó silencio y pareció llegar a una de sus firmes conclusiones—. ¿Sabes qué, Morse? ¡Creo que posiblemente era director de banco!

—O catedrático de Oxford —añadió Morse con tranquilidad.

[9] Pintoresco municipio del distrito de Uttlesford, en Essex, cerca de Cambridge.

10

Miércoles, 23 de julio

En el que, pese a su dolor de muelas, Morse comienza sus investigaciones con la reconstrucción de una carta.

A pesar de su enfoque poco ortodoxo, intuitivo y en apariencia perezoso para resolver crímenes, Morse era un investigador extremadamente competente; y cuando volvió a sentarse en el escritorio de su despacho esa misma noche, todos los procedimientos requeridos en un caso de asesinato (y este era sin duda un caso de asesinato) habían sido llevados a cabo, o estaban a punto de serlo. El superintendente Strange, a quien Morse dio parte al regresar a la comisaría, conocía muy bien a su inspector jefe.

—Por supuesto, necesitará a Lewis.

—Gracias, señor. Y también un par de hombres rana.

—¿Cuántos hombres más?

—Bueno, eh, ninguno. Al menos de momento no.

—¿Por qué?

—No sabría qué ordenarles, señor —fue la simple y sincera respuesta de Morse.

Y en efecto, cuando miró su reloj de pulsera eran las siete y media de la tarde («¡Maldita sea, me he perdido *Los Archer*!»)[10] y no tenía la menor idea de lo que debía hacer. Sobre su escritorio estaba la empapada y prometedora carta hallada en el cadáver, pero su preocupación más inmediata era el palpitante dolor de muelas que había ido empeorando a lo largo de todo el día. Decidió hacer algo al respecto por la mañana.

Estando allí sentado, se dio cuenta de que había una razón más

profunda para haber rechazado la oferta del superintendente de proporcionarle más personal. Era un hombre solitario por naturaleza, aunque solo fuera porque, si bien nunca estaba del todo a gusto en soledad, casi invariablemente se sentía mucho más miserable acompañado. Por supuesto, había algunas excepciones y Lewis era una de ellas. Morse nunca se había parado a analizar por qué exactamente disfrutaba tanto de la compañía de Lewis, aunque quizá se debiera a que el sargento no se parecía en nada a él. Lewis era un hombre tranquilo, bueno, metódico, honrado, modesto, fiel y (sí, ¿por qué no reconocerlo, ya puestos?) también bastante imperturbable. Incluso esa tarde, el buen Lewis había insistido enfáticamente en quedarse mientras fuera necesario, por si Morse tenía que recurrir a él. No había hecho falta. Como él mismo le había dicho a su sargento, tal vez tuvieran pronto algo de suerte y lograran averiguar quién era el fallecido. Quizá los hombres rana encontraran algún fragmento identificable de sus miembros entre el fango de las aguas del canal cerca del puente Aubrey. Aunque Morse lo dudaba. Pues, incluso en una etapa tan temprana del caso, tenía la sensación de que su mayor problema no iba a ser descubrir al asesino, sino la identidad del asesinado. No obstante, el trabajo de Morse era encontrar la respuesta a ambas preguntas y así inició su tarea, acariciando el lado izquierdo de su mandíbula ligeramente hinchado y palpando con fuerza el dolorido molar alternativamente. Cogió la carta que reposaba sobre el escritorio ante él, la introdujo con sumo cuidado entre hojas de papel secante y después la extrajo con la misma delicadeza. El papel no estaba tan blando y empapado como había temido y con unas pinzas pronto consiguió desplegar un fragmento de aproximadamente cinco centímetros de ancho por veinte de largo. Al instante supo que se trataba de la parte izquierda de una carta mecanografiada. Y es más, exceptuando unas pocas letras borrosas en el borde plegado, el mensaje era felizmente legible:

Estimado señor: Esta es una carta muy inus

mismo. Pero por favor léa
porque lo que le estoy prop
beneficiar a ambos. La hol
realizar en la Escuela
sus exámenes finales de G
en unos diez o doce días.
y estoy desesperadamen
sus resultados finales re
La razón de mi petición es
mente impaciente y de he
dos Unidos dentro de poc
lizable allí durante algún
necesito saber es si mi J
decírmelo. He gastado gran
educación, y ella es la únic
Sé que es una proposición in
que valore la posibilidad de
inconveniencia. Creo que la
cación de las listas de su c
de julio.
Si tuviera la amabilidad de
podría pagarle muy gene
ma poco convencional. Ve
más selectos locales de sa
completamente gratuito a las
se asocian generalmente a es
Por favor, sea cual sea su dec
al n.º de teléfono 01- 417 808
siente capaz de hacer lo que
de J—— le proporcionaré lo
que pueda disfrutar, sin cost
más discretos y eróticos que
toda su vida.

Atentam

Morse se reclinó en el respaldo de la silla y estudió las palabras con gran satisfacción. Había sido un adicto a los acertijos y los criptogramas durante toda su vida y esta era exactamente la clase de trabajo a la que su mente podía enfrentarse con confianza. Primero numeró las líneas de cinco en cinco (tal como aparece arriba) y luego se dispuso a trabajar. Tardó diez minutos y luego dedicó otros diez a copiar su primer borrador. El sentido general de la carta no requería un intelecto aristotélico para descifrarlo, principalmente gracias a la pista de la línea 7. Sin embargo, no había sido demasiado fácil averiguar la continuación de algunas de las palabras incompletas; especialmente la «hol» de la línea 5, el «re» de la línea 10, la «c» de la línea 21 y la «sa» de la línea 26.

Este es el primer borrador completo que escribió Morse:

Esta es una carta muy inus
mismo. Pero, por favor, léa
porque lo que le estoy prop
beneficiar a ambos. La hol
—— acaba de realizar, es ci
sus exámenes finales de G
en unos diez o doce días.
y estoy desesperadamen
sus resultados finales re
La razón de mi petición es
mente impaciente y de he
dos Unidos dentro de poc
lizable allí durante algún
necesito saber es si mi J
decírmelo. He gastado gran
educación, y ella es la únic
Sé que es una proposición in
que valore la posibilidad de
inconveniencia. Creo que la
cación de las listas de su c
de julio.
Si tuviera a la amabilidad de
podría pagarle muy gene
ma poco convencional. Ve
más selectos locales de sa
completamente gratuito a las
se asocian generalmente a es
Por favor, sea cual sea su dec
al nº de teléfono 01- 417 808
siente capaz de hacer lo que
de J—— le proporcionaré lo
que pueda disfrutar, sin cost
más discretos y eróticos que
toda su vida.

Atentam ceder ante semejante
ual, como podrá ver usted fecha oficial para la publi-
la con mucha atención lase es —— ——
oniendo sin duda nos puede
gazana de mi hija en la Escuela hacerme este favor, yo
erto que sin mucha esperanza, rosamente, aunque de for-
eografía y recibirá el resultado rá, dirijo algunos de los
Yo ya tengo muchos años una y masaje y le daré acceso
te ansioso por conocer delicias sexuales que
velados en las listas oficiales. te tipo de lugares.
sin duda que estoy ridícula- isión, llámeme enseguida
cho me marcho a los Esta- ——. Si finalmente se
os días y no estaré loca- le pido sobre el resultado
tiempo. Lo único que s detalles necesarios para
—— ha aprobado, si puede e alguno, de los placeres
cantidad de dinero en su haya podido imaginar en
a hija que tengo.
apropiada. Solo le pido ente,

Morse estaba razonablemente satisfecho con el borrador. Había que pulirlo un poco aquí y allá, pero no estaba nada mal. Por supuesto, había tres escollos evidentes: el nombre de la escuela, el nombre de la muchacha y los últimos dígitos del número de teléfono. Lo de la escuela podía complicarse un poco más ahora que casi todas aceptaban mujeres, pero…

De repente Morse se quedó clavado ante el escritorio, sintiendo un fuerte hormigueo en los hombros. ¿Era posible que esa «G»…? No tenía por qué ser de Geografía, Geología, Geofísica o lo que fuera. Y no lo era. ¡La G era de Grandes! ¿Y la «J»? No era Judith, Joana o Jezabel. Era Jane…, ¡la muchacha de la que tan indiscretamente le había hablado el director! Y con eso resolvería automáticamente el nombre de la escuela: ¡era Lonsdale!

¡Uf!

El número de teléfono tampoco iba a suponer un gran problema,

pues Lewis lo averiguaría. Si era un bloque de cuatro dígitos solo implicaba diez posibilidades, y si era de cinco, solo serían cien. Y Lewis era un hombre muy paciente.

El punzante dolor dental volvió a golpearle la mandíbula, de modo que se fue a casa, donde, duplicando (como siempre hacía) la dosis de todos los inútiles medicamentos que consumía, tomó seis Aspros, los engulló con un gran vaso de *whisky* y fue a acostarse. Pero a las dos de la madrugada le encontramos sentado en la cama acariciándose la mandíbula mientras el dolor salta por sus encías como un derviche demente. Y a las ocho de la mañana le vemos en North Oxford, frente a la consulta desierta de un dentista, esperando con desesperación la llegada de la recepcionista con un pañuelo desmesuradamente largo enrollado alrededor de la mandíbula.

[10] Popular radionovela británica emitida por la BBC desde 1951 y que aún sigue en antena.

11

Jueves, 24 de julio

En el que actividades tan diversas como la odontología, la solución de crucigramas y la inclinación de ángulos constituyen útiles aportaciones a la visión del caso por parte de Morse.

—No le ha prestado demasiada atención a su boca últimamente, ¿verdad, señor Morse?

En ese momento, el dentista de atildada vestimenta tenía a su paciente con la boca abierta al máximo, por lo que Morse solo fue capaz de producir un tenso gruñido desde su inflamada laringe.

—Debería reducir el azúcar —continuó el dentista, al observar los numerosos indicios de incipiente deterioro—, y un poco de hilo dental tampoco estaría de más con todo esto. ¡Ah! Creo que ahí está el pequeñín que le está causando… —Dio un golpecito a uno de los molares inferiores izquierdos con un instrumento romo y el yacente Morse prácticamente levitó en plena agonía—. Sí, tiene aquí una pequeña y muy fea infección. ¿Esto le duele?

El cuerpo de Morse volvió a crisparse por el terrible dolor antes de que el doctor levantara la silla hasta una inclinación prácticamente vertical y le ordenara enjuagarse.

—Como decía, tiene ahí una pequeña y muy fea infección.

Con el dentista todo parecía requerir el epíteto «pequeño», y a Morse le habría resultado más gratificante si le hubiera sugerido que era víctima de una monstruosa infección originada en una inmensa y condenada muela que incluso ahora palpitaba poderosamente. Aguardó sentado en la silla, aunque el dentista estaba escribiendo

algo en su escritorio.

—¿No va a sacarla? —preguntó Morse.

El dentista siguió escribiendo.

—En estos tiempos intentamos conservar todos los dientes que se pueda, ¿sabe? Es especialmente importante para usted no perder más. Y la verdad es que no le quedan muchos.

—Pero me está matando.

—Aquí tiene una receta de antibióticos. ¡No se preocupe! Pronto acabarán con la infección y esa inflamación irá disminuyendo. Luego venga a verme otra vez, dentro de una semana.

—¿Una semana?

—Hasta entonces no puedo hacer nada. Si se la extraigo ahora…, bueno, digamos que tendría que ser usted un hombre muy valiente, señor Morse.

—Ah, ¿sí? —dijo Morse débilmente.

Al fin se levantó de la silla y sus ojos vagaron por la consulta hasta un estante repleto de dentaduras de escayola tras la mesa del dentista; mandíbulas superiores descansando sobre las inferiores, con unos pocos caninos ausentes aquí y unos molares allá. A Morse todo aquello le resultaba bastante obsceno y le hizo recordar sus libros de historia del colegio, con dibujos de cráneos etiquetados con nombres tan memorables como *Eoanthropus dawsoni*, *Pithecanthropus erectus* y todos los demás.

El dentista percibió su interés y cogió un molde especialmente desagradable, abriendo y cerrando las mandíbulas igual que un ventrílocuo en un estúpido espectáculo cómico.

—Los dientes son algo extraordinario, ¿sabe? No puede haber dos dentaduras iguales. Cada una es única, como las huellas dactilares —dijo mirando con infinita compasión el endeble pedazo de escayola.

Y resultó bastante obvio que los dientes le obsesionaban, no solo en su vida laboral, sino hasta lo más profundo de su alma.

Morse esperó tras él la receta y, cuando el dentista se levantó, al paciente le sorprendió comprobar lo pequeño que era. ¿Había sido la

bata blanca lo que le había hecho pensar que era más alto? ¿Se debía a que lo último que le había interesado a Morse hasta entonces era si aquel amable doctor, que había accedido de buena gana a recibir sin cita previa a uno de sus clientes menos asiduos, era un enano o un gigante? Sin embargo, había algo más, ¿o no?

Morse cayó en la cuenta de repente mientras esperaba en la cola de la farmacia de Summertown. Había sido mientras el dentista escribía en su mesa. Sí, porque la longitud de su espalda era la de un hombre de estatura normal. De modo que tenían que ser las piernas.

—¿Es usted pensionista, señor? —preguntó la joven auxiliar al coger su receta.

¡Santo Dios! ¿Tan viejo parecía?

Después de que lo exhortaran a ceñirse rigurosamente a las dosis indicadas y a asegurarse de completar el tratamiento, Morse regresó a Kidlington, bastante convencido ahora del hecho perfectamente obvio de que quienquiera que hubiera desmembrado el cadáver buscaba de forma desesperada ocultar su identidad.

¿Los dientes? El asesino habría proporcionado un método de identificación… «único», tal como había declarado su pequeño torturador de bata blanca. ¿Las manos? Si hubieran presentado algún tipo de deformidad, o al menos una de ellas. A los humanos les resultaba difícil pasar por alto la deformidad física. ¿Las piernas? ¿Y si la excitante idea que se le había ocurrido en la farmacia…?

Pero ya había llegado a la comisaría y era necesario actuar de inmediato. Tragó el doble de los comprimidos prescritos en la receta, se dijo a sí mismo que el maravilloso compuesto ya estaría entablando una furiosa batalla contra la «pequeña infección», y por fin saludó a Lewis a las nueve y media de la mañana.

—Me había dicho que estaría usted aquí a las ocho, señor.

—¡Tiene suerte de que haya venido siquiera! —replicó Morse desenrollando el pañuelo y dejando al descubierto su protuberante mandíbula.

—¿Dolor de muelas, señor?

—¿Dolor? ¡Esto no tiene nombre, maldita sea!

—Mi mujer siempre insiste en que…

—¡Olvídese de lo que dice su mujer! Ella no es dentista, ¿verdad?

De modo que Lewis lo olvidó y se sentó en silencio.

Morse no tardó en sentirse mejor y durante una hora habló con Lewis de la carta y de las curiosas ideas que se le habían estado ocurriendo.

—Parece evidente que alguien quiere complicarnos las cosas —dijo Lewis.

Una frase que no hacía más que expresar en un inglés sencillo la idea aún más sencilla que lentamente había estado rumiando Morse. Pero para Lewis la vida estaba llena de sorpresas, pues al instante escuchó a Morse pedirle que repitiera con exactitud la misma frase. Y al hacerlo Lewis tuvo ocasión de observar una vez más la conocida expresión de su jefe mientras miraba por la ventana con extraordinaria sagacidad el aparcamiento hormigonado (o lo que quiera que estuvieran mirando esos ojos).

—O podría ser justo lo contrario —le oyó murmurar enigmáticamente Lewis.

—¿Disculpe, señor?

—¿Cree que una taza de café le sentará bien a estos dientes míos?

—Sí, siempre que no esté demasiado caliente.

Cuando Lewis se marchó, Morse desplegó su ejemplar de *The Times* y miró el crucigrama. 1 horizontal: «Titilan las estrellas sobre el mundo (6, 8)». Escondía un anagrama, sin duda: ¡Sí! Enseguida escribió «Simón el Estilita», y vio que le sobraba un hueco. ¡Por supuesto! No era Simón, sino Simeón el Estilita, y estaba a punto de corregir la palabra cuando se detuvo.

¡No podía ser, seguro!

Escribió un círculo de letras en el margen inferior del periódico, tachó varias, luego algunas más y volvió a detenerse. No solo podía ser, ¡lo era! ¡Qué extraordinario!

—Le pedí que añadiera un poco de leche fría.

—¿Tiene azúcar?

—Usted lo toma con azúcar, ¿verdad?

—Es malo para los dientes, seguro que lo sabe.

—¿Quiere que vaya a por otro?

—No, siéntese. Tengo que enseñarle algo. ¡Dios, este café está frío!

—No ha avanzado mucho con el crucigrama.

—No, ¿verdad?

Morse sonreía serenamente y le lanzó el periódico a Lewis, que miró desconcertado las correcciones casi ininteligibles en los recuadros de la fila superior. Pero Lewis estaba contento. El jefe andaba detrás de algo. El jefe siempre andaba detrás de algo y eso era bueno. Por ese motivo disfrutaba trabajando con Morse. Encontrarse en el otro extremo de toda esa imprevisibilidad, toda la irascibilidad, la arbitrariedad… era un pequeño precio que pagar por trabajar a su lado. Y ahora silbó suavemente para sí mientras Morse le explicaba el acertijo del círculo de letras que había escrito.

—¿Quiere que me ponga con ello, señor?

—No, prefiero que empiece por los números de teléfono.

—¿Quiere decir ahora?

Morse indicó amablemente el teléfono sobre su escritorio, mientras desplegaba una sonrisa torcida con la mandíbula hinchada.

—¿Me dijo que Dickson estaba de guardia ayer cuando llamaron desde Thrupp?

—Sí.

—Bien, Lewis, empiece con ello aquí mismo. Yo iré a cruzar unas palabras con Dickson.

Si la mayor debilidad de Lewis en la vida era el olor de las patatas recién fritas (¡y conducir deprisa!), la de Dickson era contemplar una generosa pila de dónuts, y el joven agente se apresuró a tragar el último bocado del que estaba masticando en cuanto vio que Morse se le echaba encima.

—¿Tenemos los dedos algo pegajosos esta mañana, Dickson?

—Lo siento, señor.

—El azúcar es malo para la dentadura, ¿no lo sabía?

—¿Usted también come mucho, señor?

Durante los minutos siguientes Morse interrogó pacientemente a Dickson acerca del sujeto que había telefoneado a la comisaría para informar sobre el cadáver hallado en el agua junto al puente Aubrey. Los hechos eran claros. El hombre no solo había dado su nombre, sino que lo había deletreado. No se había mostrado completamente seguro de que lo que había visto fuera un cuerpo humano, aunque sin duda lo parecía. La llamada había sido realizada desde una cabina telefónica y tras la segunda tanda de pitidos la línea se había cortado.

—¿Hay cabina telefónica en Thrupp?

—En la esquina junto al *pub*, señor.

Morse asintió.

—¿No se le ocurrió que después de anotar el nombre de ese tipo debía obtener también su dirección, muchacho? Es de manual, ¿no cree?

—Sí, señor, pero…

—¿Por qué el tipo no quiso seguir hablando? ¿Puede decírmelo?

—Posiblemente se quedó sin monedas de diez peniques.

—Podría haber vuelto a llamar.

—Probablemente pensó que ya, eh, que ya había cumplido con su deber.

—Más que usted, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Por qué no esperó hasta que la policía llegó a Thrupp?

—No a todo el mundo le gusta ver, eh, gente ahogada.

Morse asintió en ese punto y continuó.

—¿Qué pescan allí?

—Dicen que suele haber lucios grandes junto al puente.

—¿De veras? ¿Y quién lo dice?

—Bueno, uno de mis muchachos, señor. Ha estado allí varias veces pescando lucios.

—¿Es aficionado a la pesca?

Dickson empezaba a relajarse.

—Sí, señor. Se ha unido a la Asociación de Pescadores de Lucios de Oxford.

—Ya veo. ¿El tipo que lo llamó también es socio?

Dickson tragó saliva con dificultad.

—No lo sé, señor.

—Bien. ¡Pues tendrá que averiguarlo, maldita sea!

Morse se alejó unos pasos del aturullado Dickson y luego volvió junto a él.

—Y le diré algo más, muchacho. Si ese Rowbotham suyo es socio de la Comosellame, le compraré todos los puñeteros dónuts de la cantina. ¡Es una promesa!

Morse siguió caminando hasta la cantina, pidió otro café con mucha leche, se fumó un cigarrillo, evaluó la virulencia de su bacteria gnática, se fijó en los aproximadamente treinta y cinco dónuts que había en la barra y regresó a su despacho.

Ahora era Lewis quien sonreía satisfecho.

—¡Creo que lo tengo, señor! —dijo mostrándole a Morse la lista que había elaborado—. Solo cuatro dígitos, de modo que hay únicamente diez números. ¿Qué le parece?

Morse leyó la lista:

8080 – J. Pettiford. Estanco. Piccadilly
8081 – Compañía Integral de Seguros. Avenida Shaftesbury
8082 – ídem
8083 – ídem
8084 – Douglas Schwartz. Reproducciones. Calle Old Compton
8085 – Restaurante Ping Hong. Calle Brewer
8086 – Claude & Mathilde. Peluquería unisex. Calle Lower Regent
8087 – Sres. Levy & Goldstein. Librería anticuaria. Tottenham Court Road
8088 – Bar de topless El Flamenco. Soho Terrace

—Falta uno, Lewis.

—¿Quiere que lo compruebe?

—Creo haberle dicho que los comprobara todos.

Pero quienquiera que hubiera contratado el número 8089 al parecer lo había dado de baja, y Morse le dijo a Lewis que lo olvidara.

—Amigo mío, esta vez no estamos atravesando los yermos sin carreteras del Sáhara, ¿no le parece? Ahora, ¿puede hacer una llamada más y averiguar el precio de un billete de segunda clase de ida y vuelta a Paddington?

—¿Es que vamos a ir?

—Bueno, uno de los dos tendrá que hacerlo, Lewis, y es importante que usted se quede aquí porque necesito que compruebe un par de cosillas interesantes, ¿de acuerdo? De modo que, mmm, quizá vaya yo mismo.

—Eso no le hará ningún bien a su muela.

—¡Ah! —exclamó Morse—. Lo que me recuerda que ya debe ser la hora de tomar otro par de comprimidos.

12

Jueves, 24 de julio

Un breve interludio en el que el sargento Lewis visita la Escuela de Exámenes, el Moloch del sistema de evaluación de la Universidad de Oxford.

Bien avanzada la mañana el sargento Lewis entró por la puerta principal, con vistas a la calle High, en el vestíbulo de altos techos con vigas de martillo de la Escuela de Exámenes de la Universidad de Oxford. Nunca había tenido ocasión de visitar esta zona de la Academia y se sintió algo cohibido cuando sus pesadas botas resonaron sobre los mosaicos del suelo de mármol en tonos verdes, azules y naranjas. Frente a los paneles de madera de roble que recubrían las paredes, a intervalos, estaban expuestos los bustos blancos y amodorrados de antiguos rectores de la universidad, leales servidores de la monarquía y otros diversos benefactores de la institución. A lo largo de las paredes propiamente dichas estaban inscritas algunas nobles materias como Teología, Filosofía, Estudios Orientales, Historia Moderna y otras; bajo las cuales, tras un cristal, había una hilera de anuncios con los nombres de los candidatos que, en mayor o menor medida, habían satisfecho los criterios de evaluación de los examinadores de la facultad.

Tal como Morse le había asegurado que ocurriría, en el tablón de *Literae Humaniores* o «Grandes», Lewis encontró una larga lista de nombres clasificados en cuatro categorías: Clase I, Clase II, Clase III y Aprobado. También vio (como Morse le había asegurado) que una joven señorita llamada Summers (Jane), de la Escuela Lonsdale, había conseguido una plaza en la primera de las mencionadas

categorías. Después, siguiendo exactamente las instrucciones recibidas, Lewis revisó el final de la lista, donde vio las firmas de siete examinadores. Unas pocas apenas eran legibles, pero había una sorprendentemente clara: la pulcra rúbrica de O. M. A. Browne-Smith. Lewis hizo una breve anotación en su cuaderno y se preguntó por qué Morse se habría molestado en enviarle a hacer ese recado en particular.

Había un administrativo sentado en un despacho a la izquierda del vestíbulo, y Lewis no tardó en recurrir a la solícita colaboración de este hombre para aprender los rudimentos del proceso de elaboración de las distintas categorías del alumnado evaluado. Lo que al parecer ocurría era esto: cuando los candidatos terminaban los exámenes escritos, se celebraban las reuniones de coordinación de notas, en las que se elaboraban provisionalmente las «clases» o categorías y se valoraba la posibilidad de someter a exámenes orales (o vivas) a los candidatos que se encontraban en el límite de cada clase, en especial a los que se encontraban entre el primer y el segundo puesto; finalmente, aunque solo el día antes de que las listas estuvieran preparadas para su publicación, el presidente del tribunal de examinadores (y nadie más) tenía pleno conocimiento de todos los datos. En ese momento su deber era reunir una vez más a sus colegas para llevar a cabo una revisión colectiva y rigurosa de las listas definitivas, y a continuación entregar el documento acordado a un alto cargo de la escuela, cuya responsabilidad era entonces llevarlo a la Editorial Universitaria Oxford para su impresión. Dicha tarea se llevaba a cabo de forma inmediata y cinco copias eran entregadas de nuevo a los miembros del tribunal, que estarían tomando té y comiendo sándwiches mientras esperaban, por lo general durante una hora aproximadamente. Luego tenía lugar la larga y tediosa comprobación de los resultados, la ortografía de los nombres y los detalles de los índices numéricos y los colegios, antes de que el presidente leyera en voz alta a sus colegas la versión definitiva, especificando hasta la última diéresis y coma. Solo entonces, si todo era correcto, el presidente convocaba al secretario

de la escuela, en cuya augusta presencia cada una de las cinco copias era firmada por todos los examinadores. Después, por fin, la copia maestra se exponía en el vestíbulo de la escuela.

Lewis dio las gracias al administrativo y atravesó ruidosamente por segunda vez el vestíbulo de entrada, donde examinandos, padres y amigos seguían impacientemente apiñados ante los tablones de anuncios. Por primera vez en su vida sintió una ligera envidia de aquellos estudiantes de corbata blanca y traje oscuro que tan alegremente trepaban hasta las ramas más altas del árbol de la ciencia. Pero aquellos pensamientos no lo iban a llevar a ninguna parte. Y además aún le aguardaba un segundo encargo en el hospital Churchill.

Morse no estaba cuando regresó, de modo que, para variar, fue Lewis quien tuvo algo de tiempo para reflexionar sobre el caso. En términos generales, le parecía que Morse tenía razón. Lejos de estar perdidos en mitad del Sáhara, iban por una carretera bastante bien señalizada, con indicadores en casi todas las etapas del comienzo de la investigación (en la Escuela de Exámenes, sin la menor duda); aunque no tanto en el Churchill (recordó Lewis), donde sus pesquisas no habían aportado nada y las seguras predicciones de Morse habían errado dramáticamente.

13

Jueves, 24 de julio

De manera bastante fortuita, Morse aterriza
en un apartamento universitario que originalmente
no tenía intención de visitar.

Morse había decidido posponer un día o dos los placeres de su expedición al Soho para hacer algunas averiguaciones más urgentes en Oxford. De modo que es justo antes de mediodía cuando deja su Lancia en una plaza de aparcamiento de la parte trasera de la Escuela Lonsdale («Reservado para titulares»), atraviesa la puerta principal («Este no es el acceso para visitas») y se presenta en la portería. Allí un conserje con bombín, muy joven pero ya pertrechado de la necesaria combinación de servilismo y oficiosidad, se mostró totalmente dispuesto a responder las preguntas que le hizo Morse: sí, la mayoría de los estudiantes ya estaban disfrutando de unas largas vacaciones; sí, la mayoría de los catedráticos se habían marchado, entre ellos el director, el subdirector, el tesorero de inversiones, el tesorero doméstico, el tutor sénior, el emérito, el…

—¿Se han ido todos a las Bahamas?

—La mayoría al continente, señor, y a Grecia.

—¿A todas esas playas de toples?

Durante unos segundos el portero lo miró casi libidinosamente, como si estuviera a punto de sacar una postal erótica de alguno de los innumerables casilleros que tenía detrás, pero no tardó en recuperar su digna actitud.

—No sabría decirle, señor.

—¿Qué me dice del señor Browne-Smith? ¿Sigue fuera?

—No lo he visto en la escuela desde que recibimos su nota y entonces tuvimos un… Deme un momento. —Se acercó a su mesa y regresó enseguida al mostrador con un puñado de papeles.

A pesar de tener que hacerlo del revés, Morse pudo leer claramente algunos mensajes: «Profesor M. Lievermann – vuelvo el 6 de agosto. Reenvíen todo el correo a la Pensión Heimstadt, Friederichstrasse 14, Zúrich»; «Sr. G. Westerby – en Grecia hasta finales de agosto. Guarden todo mi correo en portería»; «Dr. Browne-Smith…».

—Aquí tiene, señor.

Morse cogió la hoja manuscrita y leyó el breve texto que contenía: «Fuera hasta nuevo abiso no renvíen correo». Después de sustituir mentalmente una *b* por una *v*, insertar una *e* extra e introducir un punto y seguido a mitad del mensaje, Morse devolvió la hoja al joven conserje.

—¿Fue un mensaje telefónico?

—Sí, señor. Creo que es de ayer, o del martes.

—¿Lo anotó usted?

El portero asintió.

—¿Fue el doctor Browne-Smith quien llamó?

—Eso creo, sí.

—¿Lo conoce bien?

El joven se encogió de hombros.

—Bastante bien.

—¿Reconoció su voz?

—Bueno…

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Más de tres meses ya.

—Déjeme la llave de su apartamento, ¿quiere? —dijo Morse imperiosamente, señalando un juego de llaves que colgaba junto a los casilleros, y el portero hizo lo que le pedían.

Morse entró en una habitación repleta de libros, oscura y silenciosa

como una tumba. Había indicios por todas partes de los estudios académicos a los que Browne-Smith había dedicado toda su vida: sobre el escritorio, una gran pila de papeles mecanografiados de lo que parecía ser una incipiente obra sobre Filipo, el padre de Alejandro Magno, y decenas de fotografías, diapositivas y postales; en una estantería junto a la mesa, un busto de mármol de un Cicerón de rasgos sombríos; en los escasos metros cuadrados sin libros, numerosas fotografías en blanco y negro de templos, vasijas y estatuas. Pero nada inadecuado, nada fuera de lugar.

Desde esta estancia principal se accedía a otras dos habitaciones: un cuarto de baño, lúgubre y bastante sucio, y un pequeño dormitorio con una cama individual, varios cientos de libros más, un lavamanos blanco y un gran armario ropero de caoba. La puerta del armario crujió ruidosamente mientras Morse la abría y miraba sin prestar demasiada atención el perchero con trajes y camisas. Se dijo entre dientes que debería haber traído una cinta métrica, pero al instante aceptó el hecho de que generalmente esa capacidad de planificación estaba fuera de su alcance. Además de palpar unos pocos bolsillos, lo único que pareció llamar su atención fue una vasta colección de calcetines, de la que escogió un par nuevo que se guardó en el bolsillo.

Volvió a la habitación principal y recorrió con la mirada estanterías y rincones (pasando por alto el pequeño hornillo de cocina), y de nuevo pareció darse por satisfecho enseguida. Cogió una hoja de papel en blanco, la introdujo en la máquina de escribir portátil que estaba junto al texto mecanografiado y tecleó torpemente la frase del salto del zorro marrón sobre lo que quiera que fuera. Morse no la recordaba entera con exactitud, pero sí que incluía la mayoría de las letras del alfabeto.[11]

Cuando cerró la puerta al salir (olvidando echar la llave), sintió unas fuertes punzadas en la mandíbula inferior y, aunque aquel inestable mes de julio al fin se había vuelto caluroso y soleado, volvió a ajustarse el pañuelo alrededor del cuello una vez más al detenerse en el amplio rellano de la escalera de madera. Miró a su

alrededor, primero escaleras arriba y después hacia abajo; luego a la habitación de enfrente, donde vio el nombre de G. D. Westerby escrito encima de la puerta. ¡Sí!, había visto ese nombre hacía diez minutos en la portería y su dueño sin duda estaría en esos momentos broceándose en alguna isla del Egeo. Sin embargo, la puerta estaba entreabierta y Morse cruzó el rellano sin hacer ruido y escuchó.

Había alguien dentro. Durante unos segundos Morse sintió un escalofrío de miedo infantil, pero únicamente (se dijo) por haber estado fisgando en la silenciosa habitación ahora a sus espaldas. En cualquier caso, solo podía tratarse de algún auxiliar de la escuela ordenando un poco o pasando el polvo. De repente cesaron los crujidos y se oyeron los claros impactos metálicos de un martillo golpeando clavos y Morse se sintió mejor. Al abrir la puerta vio una habitación muy parecida a la que acababa de abandonar, exceptuando que las cajas y cajones de embalaje (en su mayoría ya etiquetadas con las direcciones de envío) estaban repartidas por casi toda la alfombra, en medio de la cual había un muchacho de dieciséis o diecisiete años como mucho, vestido con un mono color caqui, colocando con la torpeza típica de un principiante la tapa de uno de los cajones de madera. Cuando Morse entró, el joven levantó la vista de su tarea, aunque al parecer por mera curiosidad, pues enseguida siguió con sus martillazos de aficionado.

—Disculpa, ¿está aquí el señor, eh, Westerby?

—Creo que está de vacaciones —respondió el muchacho con marcas en la cara.

—Yo, eh, soy un colega suyo de la facultad. Esperaba verlo antes de que se fuera.

Esta información no pareció ser merecedora de ningún comentario, pues el muchacho se limitó a asentir en silencio y clavó otra punta torcida en la tapa de madera.

La distribución del apartamento era casi igual a la de enfrente. Incluso la posición del escritorio era parecida, con una pila de hojas manuscritas y exactamente el mismo modelo de máquina de escribir

portátil. Y Morse supo al instante lo que estaba a punto de hacer, aunque no tenía ni idea de por qué lo hacía.

—Voy a dejarle una nota, muchacho, si me permites pasar.

Sacó de su bolsillo la hoja que acababa de escribir y volvió a poner al perezoso zorro marrón a dar sus pasos vacilantes.

—Veo que su empresa está haciendo la mudanza del profesor.

—Sí.

—Tiene muchas cosas aquí, siempre ha guardado demasiadas cosas.

—¡Libros!

(Era evidente que el joven no sentía un gran respeto por la literatura).

La caja que iba a cerrar estaba repleta de objetos al parecer susceptibles de romperse con facilidad, pues tres cuartas partes de su contenido habían sido envueltas en papel de periódico. Y había otra caja justo al lado, reservada presumiblemente a un propósito similar, con un batallón de objetos de cristal tallado, aún sin envolver, distribuidos a su alrededor sobre la alfombra. Pero en esta segunda caja ya habían guardado objetos más voluminosos, y había uno en particular colocado justo en el centro, envuelto en antiguos ejemplares de *The Times*. Tenía aproximadamente el tamaño de una pecera mediana, casi del tamaño de una…, ¡sí!…, del tamaño de una cabeza.

—Me alegra ver que tratan con cuidado sus objetos de valor —se oyó decir Morse mientras se arrodillaba junto a esa caja y con la mano temblorosa tocaba el artículo empaquetado, en el que sus dedos vacilantes enseguida reconocieron una nariz y una boca humanas.

—¿Qué es esto? —consiguió preguntar.

El joven se dio la vuelta para mirarlo.

—El señor Gilbert me dijo que fuera muy cuidadoso con eso.

—¿Quién es el señor Gilbert?

—¡Yo soy el señor Gilbert!

Morse casi pegó un brinco al girarse hacia la puerta y ver a un

hombre de unos sesenta años con pantalones de franela gris y en mangas de camisa, con unas gafas de media montura dorada y mirada seria. Pero había algo más que llamaba la atención en él (lo primero en que se fijaría cualquiera), pues, igual que Morse, llevaba un pañuelo alrededor de la mandíbula.

—Hola, señor Gilbert. Soy un colega del señor Westerby, de aquí, de la escuela. Me pidió que echara un vistazo de vez en cuando, ya sabe, para asegurarme de que embalaban sus cosas con cuidado.

—Lo estamos haciendo con tiento, señor.

—Tiene cosas valiosas aquí…

—¡No tema, señor! Estamos cuidando muy bien de todo —dijo cruzando ágilmente la habitación hasta detenerse donde Morse seguía arrodillado—. Hay que ser muy cuidadoso en este negocio, ¿sabe? Especialmente cuando los clientes son mujeres.

—Aquí hay cosas que son irremplazables.

—Bueno. Le diré algo, señor. —El tono del señor Gilbert era demasiado experto para que Morse pusiera alguna objeción—. Lo cierto es que casi todos mis clientes prefieren cobrar el dinero del seguro.

—Es posible. —Morse se puso de pie, y mientras lo hacía los ojos del señor Gilbert parecieron medirlo como si tuviera intención de meterlo en una caja, igual que un melancólico director de funeraria revisando un cadáver antes de escogerle ataúd—. Solo es que me pidió…

—¡Mire a su gusto y compruébelo todo, señor! Nuestro principal objetivo es la satisfacción del cliente, ¿verdad, Charlie?

El joven ayudante asintió.

—Sí, señor Gilbert.

Casi involuntariamente, los ojos de Morse volvieron a posarse en la cabeza de la caja todavía sin cerrar, y los de Gilbert hicieron lo mismo.

—Se encuentra bien. No se preocupe por él, señor. Tardamos unos buenos diez minutos en meterlo en la cama.

—¿Qué es? —preguntó Morse tímidamente.

—¿Quiere que lo…?

El señor Gilbert parecía molesto, pero Morse asintió.

Si habían tardado diez minutos en poner a descansar aquel objeto en particular, solo hicieron falta diez segundos para resucitarlo. Y era una cabeza, una cabeza de mármol de Gerardus Mercator, el geógrafo flamenco, una cabeza cortada a la altura del cuello, como la del hombre que habían sacado del río en Thrupp.

Algo azorado, Morse se apresuró entonces a marcharse; antes de hacerlo trató de quitarle importancia a aquella escena un poco incómoda para todos.

—Veo que usted también está sufriendo —dijo dirigiéndose al señor Gilbert.

Durante un par de segundos Gilbert lo miró con expresión confundida, casi desconfiada.

—¡Ah! Se refiere al pañuelo. ¡Sí!, me ha salido un absceso y el dentista no quiere tocarlo. ¿Y usted, señor?

Morse se lo contó y los dos hombres charlaron bastante amigablemente durante un par de minutos. Después Morse se marchó.

Desde la ventana, Gilbert observó a Morse mientras caminaba hacia la portería.

—¿Cómo diablos entró aquí?

—Debí dejar la puerta abierta.

—Bueno, pues vas a tener que aprender a mantener las puertas bien cerradas en este trabajo, ¿comprendes? Es una de las primeras reglas del negocio. Aunque no llevas mucho tiempo con nosotros, ¿verdad?

—Un mes.

El joven parecía malhumorado y Gilbert suavizó el tono deliberadamente al continuar.

—No tiene importancia, no ha pasado nada que tengamos que lamentar. No sabes quién es, ¿verdad?

—No. Pero lo vi entrar en la habitación de enfrente y luego lo oí volver a salir.

—Enfrente, ¿eh? —Gilbert abrió la puerta y miró al rellano—. Mmm, entonces esa debe ser la del doctor Browne-Smith.

—Dijo que era amigo de este de aquí.

—Bueno, tú lo creíste, ¿no?

—Sí, por supuesto.

—Sin embargo, como decía, uno nunca es demasiado cuidadoso en este trabajo, Charlie. Hay muchos objetos de valor. Siempre es lo mismo.

—No cogió nada.

—No, estoy seguro de que no lo hizo. Solo estaba echando un vistazo, ¿verdad?

—Sí, echando un pequeño vistazo. Dijo que solo quería dejarle un mensaje a su amigo.

—¿Dónde está el mensaje?

El tono de Gilbert se volvió brusco de repente.

—No lo sé. Lo escribió a máquina.

—¿Que hizo qué?

El desdichado Charlie señaló vagamente la máquina de escribir.

—Solo escribió una nota muy corta en ese trasto.

—Ah, entiendo. Bueno, si eso es todo. —El rostro de Gilbert pareció relajarse y de nuevo su tono de voz se volvió amable—. Pero escucha una cosa, muchacho: si quieres triunfar en este negocio, tienes que ser un poco más reservado, como yo. Cuando haces mudanzas es muy frecuente que aparezca alguien en la propiedad fingiendo ser un pariente o algo por el estilo. De repente ha desaparecido con toda la plata, y entonces, ¿dónde nos deja eso a nosotros? ¿Me entiendes?

—Sí.

—Bien. Empecemos, pues, a ser reservados ya mismo, ¿vale? Sé un buen muchacho y baja un momento a la portería a preguntar si saben quién es ese tipo que ha estado aquí. Será una buena experiencia para ti.

Charlie salió poco entusiasmado y Gilbert se acercó por segunda vez a la ventana y esperó hasta que el joven aprendiz se perdió de vista. Entonces se puso unos guantes de trabajo, cogió la máquina de escribir y cruzó el rellano. Sabía que la puerta de enfrente no estaba cerrada con llave (pues él mismo la había probado al subir), de modo que entró muy rápidamente en la habitación y cambió la máquina de escribir que llevaba por la del escritorio de Browne-Smith.

Gilbert estaba arrodillado junto a una de las cajas, embalando de nuevo la cabeza de Gerardus Mercator, cuando regresó Charlie con expresión bastante preocupada.

—Era de la policía.

—¿De veras? —Gilbert siguió trabajando sin apartar la vista de su tarea—. Bien, eso son buenas noticias. Posiblemente alguien te vio aquí y pensó que había un ladrón en la escuela o algo por el estilo. Sí, eso lo explica. Verás, muchacho, no hay mucha gente en las escuelas universitarias en esta época del año. Casi todo el mundo se ha ido de vacaciones o lo que sea, así que es el momento ideal para los maleantes, ¿entiendes?

Charlie asintió y poco después estaba colocando en la caja recién cerrada una etiqueta con la dirección: Sr. G. D. Westerby, apartamento 6, Cambridge Way, Londres, WC1.[12]

[11] Morse intenta escribir «The quick brown fox jumps over the lazy dog», un pangrama que contiene todas las letras del alfabeto inglés, utilizado para evaluar la rapidez de los mecanógrafos y probar teclados.

[12] Centro Oeste 1, *Western Central 1* en el original, es un código postal del centro de Londres.

14

Jueves, 24 de julio

Las investigaciones preliminares están ahora en pleno apogeo y a Morse no parecen preocuparle las pruebas contradictorias que surgen.

Quizá le puede parecer al lector que Morse salió relativamente mal parado del encuentro referido en el capítulo anterior. Pero lo cierto es que después de un almuerzo tardío en el *pub* el inspector jefe regresó al despacho sumamente satisfecho con su trabajo matutino, pues ahora le asaltaban ideas nuevas a cada momento.

Aún estaba sentado al escritorio tres cuartos de hora después, perdido en sus pensamientos, cuando sonó el teléfono. Era el forense de la policía.

—Mira, voy a saltarme los tecnicismos. Puedes leerlos en mi informe; de todas formas tampoco los entenderías. Varón adulto, caucásico; sesenta años o algo más; bien alimentado; sin signos de ninguna anormalidad física; bastante sano exceptuando los pulmones, aunque ahí no hay ningún tumor; de hecho, no hay tumor o neoplasia en ninguna parte…; hoy en día ya no lo llamamos cáncer. Por cierto, Morse, ¿sigues fumando?

—¡Continúa!

—Muerto antes de la inmersión.

—Menuda sorpresa.

—Y probablemente tuvieron que apretujarlo un poco después de la muerte.

—¿Quieres decir que lo llevaron hasta allí?

—He dicho «probablemente».

—¿En el maletero de un coche?

—¡Cómo demonios voy a saberlo!

—¿Algo más?

—Desmembrado después de la muerte, de eso estoy bastante seguro.

—Brillante —murmuró Morse.

—Y eso es casi todo, viejo amigo.

Morse estaba encantado en secreto con estos hallazgos, aunque de momento fingió un tono de decepción.

—Y ¿no piensas decirme cómo murió? Para eso te pagan, ¿no?

Como siempre, el forense respondió imperturbable.

—No es una pregunta fácil. No hay heridas evidentes, ni de ninguna otra clase, ya puestos. Alguien podría haberle golpeado en la cabeza; una causa común de muerte, como bien sabes. Pero no tenemos cabeza, ¿recuerdas?

—¿No fue envenenado? —preguntó Morse en tono tranquilo.

—No lo creo. Y no es fácil estar seguro cuando tienes los menudillos llenos de agua.

—¿No te molestaste en echar un vistazo a sus tripas?

—Ah, claro. Un poco de escocés sí que encontré, Morse. Después de todo, hay un poco de escocés en la mayoría. Por cierto ¿sigues dándole a la botella?

—No he conseguido cortar por lo sano.

—¿Y los arenques? ¿Te interesan los arenques?

—¿Para desayunar?

—Había comido algunos, sí. Aunque no sabría decirte si para el desayuno o…

—¿Quieres decir que podría haber desayunado *whisky* y comido arenques?

—Vivimos en un mundo extraño, ¿no crees?

—¿Nada más?

—Como he dicho, eso es casi todo.

Con gran satisfacción, Morse ya estaba preparado para lanzar su misil.

—Bien, muchas gracias, Max. Si me lo permites, creo que alguien de tu departamento, ¡y estoy seguro de que no eres tú!, se merece una buena patada en el culo. Como sabes, no tengo la menor intención de pasar por patólogo, pero…

—Dije que eso era casi todo, Morse, y ya sé lo que vas a decir. Solo decidí dejar lo mejor para el final, ¿sabes? Para complacer a un viejo amigo y todo eso.

—¡Me refiero a ese maldito brazo!

—¡Sí, sí! Ya lo sé. ¡Ten paciencia un momento! Me di cuenta de que mirabas ese brazo, por supuesto, casi como si pensaras que habías llevado a cabo un maravilloso descubrimiento. ¿Descubrimiento? ¿El qué? ¿Con ese maldito cardenal gigante ahí? Por el amor de Dios, hasta un portero de hospital a tiempo parcial lo habría visto.

Morse gruñó molesto y el forense siguió hablando como si nada.

—Es curioso, Morse. Es cierto lo que pensabas, aunque por las razones equivocadas. Esa contusión en el brazo izquierdo no tiene nada que ver con donar sangre. Podría haberse golpeado con algo o haberle golpeado alguien. Y tenías razón, era donante de sangre. Es difícil estar seguro, pero le examiné los brazos con mucha atención y creo que tendría entre veinte y veinticinco pinchazos de aguja en el brazo izquierdo y doce o quince en el derecho.

—Mmm. —Morse guardó silencio unos segundos—. Envíame el informe completo, por favor, Max.

—No te servirá de mucho.

—Eso ya lo decidiré yo, muchas gracias.

—¿Qué hago con el cadáver?

—¡Guárdalo en el maldito congelador!

Pocos minutos más tarde, después de colgar el teléfono de un golpe, Morse llamó a Lonsdale y pidió hablar con la secretaria de la escuela.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó con voz agradable, aunque por una vez Morse no se dio cuenta.

—¡Sí! Necesito saber si en la escuela se sirvió arenque para desayunar el viernes 11 de julio.

—No lo sé, aunque supongo que podría averiguarlo.

—¡Bien, pues hágalo! —replicó Morse bruscamente.

—¿Puedo volver a llamarlo, señor? —Era evidente que estaba nerviosa. Morse se mostró implacable.

—¡No, hágalo ahora!

Morse escuchó una frenética conversación en susurros al otro lado de la línea y finalmente una voz masculina, defensiva pero firme, se hizo cargo de la situación.

—Al habla Andrews. Quizá pueda ayudarlo, inspector.

Y, en efecto, podía hacerlo, pues vivía con su familia en Kidlington y se mostró encantado de pasar por la comisaría esa misma tarde.

Lewis, que había entrado en el despacho durante esta última llamada, se dio cuenta al instante de que alguien había hecho enfadar seriamente al jefe, y él ni siquiera estaba seguro de que el resultado de sus indagaciones fuera a ser bien recibido, en especial de la segunda. Aunque Morse se mostró sorprendentemente amable y escuchó con atención mientras Lewis le contaba lo que había averiguado en la Escuela de Exámenes.

—Verá, señor —concluyó—, nadie, ni siquiera el presidente del tribunal de evaluación, podría saber con seguridad todos los resultados hasta justo antes de cerrar la lista definitiva.

Morse se limitó a asentir y se apoyó en el respaldo de la silla casi feliz.

Pero Lewis apenas había comenzado su informe sobre la segunda visita cuando Morse se inclinó hacia delante y explotó.

—¡Seguro que no lo comprobó con suficiente atención, Lewis! ¡Por supuesto que tiene que estar ahí, maldita sea!

—No está, señor. Lo revisé no una sino dos veces, y también lo hizo la chica que me atendió.

—¿No se le ocurrió que quizá lo habían registrado como «Smith»,

por ejemplo?

Lewis respondió sin perder el temple.

—Ya que quiere saberlo, lo busqué por «Brown» y «Browne» con una *e*; como «Smith» y «Smithe» con *e*; y comprobé el resto de las bes y las eses por si su ficha estaba descolocada. Será mejor que lo acepte, señor. A menos que hayan perdido su ficha, el señor Browne-Smith no es donante de sangre.

—¡Oh! —Durante un tiempo Morse guardó silencio y luego sonrió —. ¿Y por qué no lo intentó por la *w*?

—¿Cómo dice?

—¡Olvídelo! Al menos de momento. Ahora deje que le cuente algunas cosas interesantes.

Y Morse, a su vez, relató su mañana de trabajo y concluyó entregándole a Lewis el papel en el que había escrito las dos frases.

—¿Ve la segunda, Lewis?

Lewis asintió bajando la vista hacia la versión que empezaba «El peresoso zorro marrón 13altó…».

—Bien, esa es la misma máquina utilizada para escribir la carta que encontramos en el cadáver.

Lewis silbó sinceramente sorprendido.

—¿Está seguro de que no se equivoca, señor?

—¡Lewis! —exclamó Morse, con los ojos casi espantosamente abiertos y fijos otra vez—. Y hay otra cosa más. —Empujó sobre la mesa la nota que le había dado antes el director de Lonsdale, la nota que supuestamente había dejado el propio Browne-Smith en la portería de la escuela—. ¡Esa también está escrita con la misma máquina!

—¡Vaya!

—De modo que su siguiente tarea…

—Solo un minuto, señor. ¿Está completamente seguro de qué máquina de escribir era?

—Oh, sí, Lewis. Era la de Westerby.

Ahora estaba muy contento y miraba a Lewis con la satisfacción de un hombre inclinado sobre el parapeto de la infalibilidad.

De modo que Lewis fue enviado a recoger las dos máquinas de escribir mientras Morse tomaba otros dos comprimidos de penicilina y esperaba la llegada del señor Andrews, tutor de Historia Antigua de Lonsdale.

15

Jueves, 24 de julio

A partir de dos fuentes, Morse obtiene una valiosa visión del funcionamiento de la mente humana, y específicamente de la mente del doctor Browne-Smith.

Andrews («Un joven excelente», como lo describió Browne-Smith) resultó tener más o menos la edad de Morse; era un hombre delgado con gafas, de expresión inteligente y estatura media que transmitía la inmediata impresión de no aguantar de buena gana a los idiotas. De momento (tal como le explicó a Morse) era profesor titular y miembro del consejo de la escuela, y como tal no estaba nada contento con el modo en que había sido telefónicamente asaltada la secretaria. Pero sí, el viernes 11 de julio se habían servido arenques para desayunar en el comedor de la escuela. Esa había sido la pregunta y esa fue la respuesta.

De modo que a Morse empezó a caerle bien aquel hombre y no tardó en hablarle de la leve inquietud del director por el paradero de Browne-Smith, así como de su propia implicación en el asunto.

—Le seré sincero, inspector. Sé más sobre esto de lo que usted cree. Antes de irse, el director me contó que estaba preocupado por Browne-Smith.

—Si es un poco sensato seguirá preocupado.

—Pero recibimos una nota suya.

—Que no escribió él.

—¿Puede demostrarlo? —preguntó Andrews, como si estuviera exhortando a un estudiante mal preparado a aportar una prueba textual.

—Me temo que Browne-Smith está muerto, señor.

Andrews se quedó en silencio un instante sin que su mirada revelara un ápice de conmoción ni sorpresa.

—¿Era donante de sangre? —preguntó Morse, de repente.

—No lo sé. No es la clase de detalle que uno vaya pregonando por ahí, ¿no cree?

—Algunos llevan esas pegatinas de «Dona sangre» en el parabrisas del coche.

—No recuerdo haber visto…

—¿Tenía coche?

—Un Daimler grande, negro y sediento.

—¿Dónde está ahora?

—No tengo ni idea.

—¿Qué era lo que más le gustaba beber en la sala común?

—Un poco de escocés, como a la mayoría de nosotros, aunque no era un gran bebedor. Era aristotélico, inspector. Con él uno siempre estaba atrapado en el término medio entre el demasiado y el muy poco. Eh, no sé si me explico.

—Sí, creo que sí.

—¿Recuerda esa historia de Cambridge en la que el Trinity College vio una vez borracho a Wordsworth y una vez sobrio a Porson?[13] Bueno, una cosa sí puedo decirle: Lonsdale nunca vio borracho a Browne-Smith.

—¿Quiere decir que era un plomo?

—En absoluto. Simplemente no podía soportar la insensatez, la torpeza, el descuido…

—¿Tampoco cometería demasiados errores en gramática inglesa?

—¡Ni muerto!

—Y ahí es precisamente donde nos encontramos, señor —replicó Morse con aire lúgubre.

Andrews esperó unos segundos.

—¿Está usted realmente seguro de eso?

—Está muerto —repitió Morse sin más—. Sacaron su cadáver del canal ayer en Thrupp.

Morse no pasó por alto la expresión firme y erudita con que Andrews lo miró mientras hablaba:

—Hoy mismo leí acerca de eso en el *Oxford Mail* a la hora de comer. Decía que no habían podido identificar el cuerpo.

—¿En serio? —Morse parecía realmente sorprendido—. No creerá todo lo que lee en los periódicos, ¿verdad, señor?

—No, pero sí la mayoría —respondió Andrews, simple y tajante, y Morse decidió cambiar abruptamente el rumbo del interrogatorio.

—¿Cree que el señor Browne-Smith gozaba de buena salud? Para su edad, quiero decir.

Por primera vez Andrews pareció algo intranquilo.

—¿Saben algo de eso?

—Bueno, no oficialmente, pero…

Andrews bajó la vista hacia la raída alfombra.

—Mire, inspector, la única razón por la que el director me ha contado algo…

—¡Continúe!

—Bueno, es porque seré yo quien tome el relevo de sus funciones en la escuela, ¿entiende?

—¿Después de su jubilación?

—O antes, me temo. Usted lo sabía, ¿verdad? Que le quedaban unos pocos meses de vida. —Morse asintió, muy convincentemente —. Es algo trágico, inspector. Cáncer cerebral.

Morse sacudió la cabeza.

—Es usted tan malo como el director, señor. ¿*Cáncer*? ¡Olvídese de esa palabra! *Tumor*, si lo prefiere, o *neoplasia* son los términos genéricos que utilizamos actualmente para esas cosas tan feas que solíamos llamar «cáncer» —sentenció Morse.

Y se felicitó a sí mismo por recordar el meollo de lo que le había contado el forense esa misma tarde.

—Yo no soy médico, inspector.

—Yo tampoco. Ya sabe, en este trabajo uno no puede dejar de aprender. Por cierto, ¿es posible que su situación mejore…, financieramente hablando, quiero decir, con el señor Browne-Smith

fuera de escena?

—¿Qué diablos se supone que significa eso?

—Significa que tenemos un asesinato entre manos, nada más —respondió Morse mirándolo con absoluta candidez desde el otro lado de la mesa—. Y para eso me pagan, señor. Para intentar averiguar quién es el asesino.

—De acuerdo. Ya que debe saberlo, mis finanzas mejorarán en más de dos mil libras al año.

—Está usted ascendiendo poco a poco, señor.

—¡No tan poco a poco!

Los ojos de Andrews brillaron momentáneamente ante la perspectiva de su brillante futuro académico y Morse quedó momentáneamente sorprendido por la honestidad de su respuesta.

—Pero al director aún le quedan diez años por delante —objetó Morse.

—Ocho, en realidad.

Curiosamente este no fue un momento desagradable ni embarazoso, como si ambos hubieran sido capaces de comprender y respetar los planteamientos del otro.

—¡Director de la escuela! —dijo Morse despacio—. Es un gran honor, ¿no cree?

—A mí siempre me ha parecido el mayor de los honores.

—¿Comparten su punto de vista la mayoría de los catedráticos?

—La mayoría, si son sinceros.

—¿Y Browne-Smith?

—Oh, sí. Por supuesto.

—Entonces, ¿era un hombre decepcionado?

—La vida está llena de decepciones, inspector.

Morse asintió.

—¿Recuerda usted que Browne-Smith tuviera alguna deformidad física?

—No lo creo, exceptuando su dedo, por supuesto. Perdió la mayor parte del índice derecho en un accidente en la guerra, aunque probablemente ya sabrá usted todo eso.

Morse asintió, de nuevo muy convincentemente. ¡Dios, lo había olvidado por completo! Y de repente los átomos unidos empezaron a enlazarse y a separarse en su mente a tal velocidad que sintió una desesperada urgencia por librarse de aquel hombre tan digno que estaba sentado frente a él y que había conseguido prender tantas mechas en su imaginación. De modo que se puso de pie, le dio las gracias y acompañó a la puerta al profesor de Lonsdale.

—Hay una cosa que quería mencionarle antes, pero usted cambió de tema —dijo Andrews—. Browne-Smith nunca bajó a desayunar en la escuela en todos los años que llevo en Lonsdale, y ya son quince.

—Bien, eso es muy interesante, señor —dijo Morse en un tono ligero que enmascaró su sorpresa—. Ha sido usted extremadamente útil, señor, y le agradezco que haya venido. Solo una cosa más. Por favor, si es tan amable, transmítale mis sinceras disculpas a la secretaria de la escuela. Siento haber sido tan rudo con ella y me gustaría que lo supiera.

—Me aseguraré de que así sea. Como le dije, estaba muy disgustada. Es una joven encantadora.

—¿Lo es? —dijo Morse.

En cuanto Andrews se marchó, Morse descolgó el teléfono para hacer una consulta al conservador de la Biblioteca Bodleiana y pocos minutos después estaba escuchando atentamente la respuesta.

—Es la obra definitiva, inspector. *El carcinoma del cerebro* del doctor J. P. F. Coole. Los tumores se clasifican generalmente como malignos, que invaden y destruyen los tejidos circundantes, y benignos, que no lo hacen. La mayoría de los tumores malignos tienen la propiedad adicional de generar metástasis o tumores secundarios en partes del cuerpo alejadas del tumor primario. Una pequeña cantidad de tumores malignos entra en la categoría de tumores de malignidad local que invaden y destruyen tejidos circundantes, pero nunca metastatizan. Hay varios tumores de malignidad local que se producen en la cabeza o en su interior.

—Vayamos un poco más despacio ahora —lo interrumpió Morse.

—Muchos tumores son locales en su malignidad; por ejemplo, el espongioblastoma multiforme y el difuso astrocitoma. Todos los tumores en el interior del cráneo son potencialmente mortales, incluso aunque sean bastante benignos, tal como se ha definido el término en…

—Gracias, ya es suficiente. Entonces, por lo que está diciendo, ¿es posible que un tumor cerebral no se extienda a ninguna otra parte del cuerpo?

—Eso es lo que dice este autor.

—Bien, una cosa más. ¿Es posible que uno de estos tumores provoque alguna clase de conducta irracional en el enfermo? Ya sabe, cosas impropias de su carácter.

—¡Ah! Eso está en el capítulo siete. Permítame que…

—No, no. Solo cuéntemelo por encima, con eso bastará.

—Bueno, teniendo en cuenta la bibliografía clínica, la respuesta es un claro sí. Algunos pacientes han llegado a hacer cosas muy extrañas.

—Verá, me estaba preguntando si un hombre con un tumor cerebral, un hombre que ha sido sobrio y meticuloso durante toda su vida, de repente podría cambiar y…

—¡Por supuesto que sí! Permítame citarle el caso de Olive Mainwearing, de Mánchester. Bien, solamente…

—¡No! Por favor, no se moleste. Me ha ayudado muchísimo y le estoy sumamente agradecido. La próxima vez que nos veamos en el King’s Arms la cerveza corre de mi cuenta.

Morse se reclinó en su silla de cuero negro, alegremente ignorante del extraordinario comportamiento de la mencionada Olive y felizmente seguro de que al fin empezaba a ver los contornos de aquel lejano horizonte a través de la bruma.

[13] Se refiere al poeta William Wordsworth y a Richard Porson, erudito y profesor de Griego en el Trinity College de la Universidad de Cambridge.

16

Jueves, 24 de julio

Lewis vuelve a convertirse en inesperado catalizador mientras Morse considera el desarrollo de la investigación hasta el momento.

Cuando Lewis llegó media hora más tarde, encontró a Morse sentado e inmóvil en la silla, mirando fijamente su bloc de notas, con el pañuelo a rayas naranjas y marrones alrededor de la mandíbula y la advertencia de «no interrumpir bajo ningún concepto» escrita en el rostro.

Sin embargo, Lewis rompió aquella paz al instante con su visible entusiasmo.

—¡Era la máquina de escribir de Browne-Smith, señor! Una portátil, como usted dijo. No hay ninguna duda.

Morse levantó lentamente la vista.

—Era la máquina de escribir de Westerby, creo haberle dicho eso.

—No, señor. Era la de Browne-Smith. Se habrá confundido. Créame, no es posible encontrar dos máquinas de escribir idénticas.

—Le dije que era la de Westerby —repitió Morse en tono tranquilo —. Quizá no me oyó bien.

Lewis sintió el enfado creciendo en su interior: ¿por qué no podía Morse, solo por una vez, concederle algo de crédito por lo que tan concienzudamente intentaba hacer?

—Escuché lo que dijo. Me dijo que buscara la máquina de escribir de…

—¡Yo no le dije tal cosa! —replicó Morse exaltado—. Le dije que fuera a buscar la máquina de escribir de Westerby. ¿Es que está

sordo? —Lewis respiró hondo y meneó la cabeza muy despacio—. ¿Y bien? ¿Consiguió la máquina de escribir de Westerby?

—No estaba allí —gruñó Lewis—. La gente de la mudanza seguro que se la llevó. ¡Y no me culpe a mí de eso! Como acabo de decirle, señor, sería agradable que de vez en cuando me diera las gracias por…

—¡Pero, Lewis! —exclamó Morse desplegando una amplia sonrisa —. ¡Cuándo, cuándo empezará a entender el valor de casi todo lo que hace por mí! ¿Por qué me malinterpreta constantemente? ¡Escuche! Recuerdo con absoluta certeza que tecleé la primera frase en la máquina de escribir de Browne-Smith y la segunda en la de Westerby. ¡Ahora, piense un momento! Puesto que, como sabemos, era la segunda la que coincidía con la carta que encontramos en el bolsillo del muerto, fue la máquina de Westerby la que alguien utilizó para escribir nuestra carta. ¿Estamos de acuerdo? Y ahora viene y me dice que la escribieron en la de Browne-Smith. Bien, comprende usted lo que eso significa, ¿verdad?

Con el paso de los años Lewis se había especializado en situaciones como esta y sabía que Morse, igual que un profesor falto de experiencia, solía estar más ansioso por hacer alarde de su propia inteligencia que por obtener alguna vacilante respuesta de sus poco avezados alumnos. De modo que, asintiendo con complicidad, Lewis se quedó sentado y dispuesto a escuchar.

—¡Por supuesto que sí! Alguien cambió las máquinas de escribir. Y eso, Lewis, arroja una luz completamente nueva sobre el caso, ¿no le parece? ¿Y sabe quién me ha aportado esa nueva perspectiva? ¡Usted!

El sargento Lewis se reclinó indefenso en la silla, sintiéndose como un hombre que acaba de recibir la copa del Torneo de Wimbledon después de haber perdido la final en el último punto. De modo que se limitó a hacer una muda reverencia hacia el palco real y esperó. No demasiado, todo hay que decirlo, pues Morse parecía entusiasmado.

—Dígame cómo ve el caso, Lewis. Ya sabe, solo en general.

—Bueno, creo que Browne-Smith recibe una carta de alguien terriblemente ansioso por saber cómo le han salido los exámenes a cierta persona; una carta que viene a decir: «Si usted me rasca la espalda, yo rascaré la suya: solo tiene que facilitarme esa información antes de tiempo y me aseguraré de que reciba una pequeña recompensa».

—¿Y después?

—Bueno, señor. Browne-Smith es soltero, igual que usted, se siente tentado por la proposición y la acepta.

—¿Y?

—Bueno, luego descubre que los que regentan los garitos sexuales del Soho son tipos muy duros.

—Me gustaría que no empezara todas las frases con «Bueno».

—No parece muy convencido, señor.

—Bueno. Todo parece un poco traído por los pelos, ¿no le parece? Quiero decir: ¿semejante enredo solo para averiguar las calificaciones de una chica una semana antes como mucho?

—Pero usted no entiende esas cosas. No tiene hijos, así que no puede imaginar cómo es. Recuerdo cuando mis chicas estaban esperando los resultados de los exámenes 11 Plus, al terminar la primaria, y luego los del Nivel O,[14] deseando oír chirriar el buzón y luego asustadas al abrir el sobre, rezando con la esperanza de que contuviera buenas noticias. La espera acaba afectándole a uno, señor. Es imposible no pensar en ello y a veces darías cualquier cosa solo por saber. Te das cuenta de que alguien lo sabe, de que alguien estará tecleando en esos momentos los resultados, guardándolos en sobres y todo lo demás. Y le digo una cosa, señor: yo mismo habría dado algunas libras con tal de ahorrarme toda esa espera y esa incertidumbre.

Morse pareció momentáneamente conmovido por la elocuencia de su sargento.

—Mire, Lewis. Si todo se reduce a eso, ¿por qué no llamamos directamente al padre de la muchacha? No creerá sinceramente que él escribió esa carta, ¿verdad?

—¿Se refiere al padre de Jane Summers? —Lewis negó con vehemencia—. Es completamente imposible, señor. —Morse se incorporó en la silla—. Sus padres se mataron en un accidente de coche hace seis años. Llamé a la secretaria de la escuela. Una señorita muy servicial.

—Ah, entiendo. —Morse desenrolló el pañuelo con aire algo perdido—. ¿Sabe, Lewis? Creo que me lleva algo de ventaja en este caso.

—¡No, señor! Voy kilómetros por detrás, como bien sabe. En mi opinión, no deberíamos descartar del todo el enfoque de los padres. La chica sería solo una adolescente cuando murieron y alguien tuvo que hacerse cargo de ella legalmente, como tutor o algo por el estilo.

Los ojos de Morse brillaron de repente y sacando la carta rasgada de un cajón del escritorio la examinó una vez más, salpicando la atenta lectura de breves exclamaciones como «¡Sí!» y «¡Por supuesto!» y finalmente «¡Amigo mío, es usted un genio!», mientras el propio Lewis se hundía en la silla y reflexionaba de nuevo sobre el caso.

—Muy esclarecedor —declaró Morse—. ¿Y dice usted que ni siquiera el director conocería los resultados definitivos hasta pocas horas antes de la publicación de las listas?

Lewis asintió.

—Eso es.

—Pero eso tampoco encaja en general con lo que sabemos.

—A menos, señor —Lewis parecía ahora bastante satisfecho—, que ella estuviera muy por encima del resto del alumnado desde el principio, que fuera la estrella del espectáculo, por así decirlo.

—Mmm. ¿Podríamos llamar al director?

—Ya lo he hecho, señor.

Ahora era Morse quien parecía feliz. Los antibióticos estaban obrando milagros y se sentía extrañamente satisfecho.

—Y, por supuesto, estaba la primera de la lista.

También Lewis sabía que a veces la vida se portaba muy bien.

—Así es, señor. Y si quiere saber mi opinión…

—¡Por supuesto que sí!

—Si el tío de esta muchacha resulta ser el propietario de un club del Soho, probablemente hayamos dado con la clave del caso y cuanto antes nos presentemos allí mejor.

—Creo que tiene razón, Lewis. Por otra parte, es vital que uno de los dos se quede aquí.

—Vital para mí, supongo.

Morse ignoró el sarcasmo y durante la siguiente media hora contó a su sargento a grandes rasgos algunas de las extrañas ideas que habían cruzado por su cerebro a lo largo del día.

Se estaba haciendo tarde y cuando Lewis se marchó, Morse pudo dar rienda suelta de nuevo a sus propias ideas. Un instante su mente saltaba ágil como una cabra del Himalaya y al siguiente se atascaba como un buceador con pies de plomo en un banco de arena. Había llegado el momento de dar por concluida la jornada, eso era obvio.

Lo cierto es que aún no había terminado, y antes de salir del despacho hizo dos cosas.

En primer lugar, corrigió su reconstrucción de la carta rasgada de tal modo que ahora decía:

beneficiar a ambos. La holgazana de mi hija acaba de realizar en la escuela Lonsdale

Después, cogió un folio y escribió el siguiente texto breve (reproducido abajo tal como aparecería al día siguiente en el *Oxford Mail*):

PISTA DE ASESINATO

Pedimos a los clientes de Marks & Spencer en el área de Oxford su

participación en la búsqueda del asesino de un hombre de sesenta años cuyo cadáver fue encontrado en el canal en Thrupp. Se ha logrado determinar que los calcetines ensangrentados hallados en el cadáver (todavía sin identificar) pertenecen a un lote de dos mil quinientos pares distribuidos por varias tiendas de M&S en la región de Oxford. Los calcetines son de algodón azul marino, con dos anillos azul claro en la parte superior. Se ruega a cualquier persona que tenga alguna información que llame a Kidlington 4343.

Solo después de dictar este absurdo anuncio (coma incluida), Morse abandonó finalmente el despacho ese día para regresar a su piso de soltero. Allí puso en el tocadiscos el primer acto de *La valquiria* y comenzó a hacer significativas incursiones en la botella que le había comprado a Augustus Barnett. A medianoche, cuando se disponía a buscar su pijama, no fue capaz de recordar para qué había molestado al editor del periódico; aunque sabía que cuando un hombre no tenía la menor idea de qué hacer, era imperativo hacer algo, como el conductor atrapado en una tormenta de nieve que decidía encender alternativamente los intermitentes de su coche.

[14] Nivel Medio de Enseñanza Secundaria. Necesario para obtener el Certificado General de Educación en Inglaterra, Gales e Irlanda del Norte.

17

Viernes, 25 de julio

Sendas discusiones sobre la identidad y la muerte acercan a los dos detectives gradualmente a la verdad.

Lewis llegó temprano a la mañana siguiente (aunque no tanto como Morse) y se dispuso a leer inmediatamente el informe médico del laboratorio.

—Es bastante horripilante todo esto, ¿no cree, señor?

—No lo he leído —respondió Morse.

—Ya sabe, cortarle la cabeza a un tipo.

—Es una manera como cualquier otra de matar a alguien. Después de todo, el experimento se ha llevado a cabo en innumerables ocasiones con un resultado invariablemente letal.

—Pero, según dice aquí, le cortaron la cabeza después de muerto.

—Me importa un pimiento cómo lo mataron. Es el porqué lo que debemos averiguar. ¿Por qué alguien le cortó la cabeza? Dígame solo eso, para empezar.

—Porque lo habríamos identificado, sin duda. Con los dientes y…

—¡Venga, hombre! Menudo trabajito infernal sería buscar su ficha dental en un millón de clínicas.

—Querrá decir miles.

—Y puede que ni siquiera le quedaran dientes. Yo a veces desearía no tenerlos.

—Dice aquí que ese hombre podría haber sido asesinado en otra parte y llevado más tarde al canal.

—¿Y?

—¿Qué usa normalmente la gente para ir de un lado a otro? —

preguntó Lewis.

—¿Coches?

(A Morse no le gustaba que lo catequizaran).

—¡Exactamente! De modo que si el cuerpo era demasiado grande para meterlo en el maletero del coche…

—Lo cortaron para hacerlo entrar.

—Eso. Es como una de esas cosas de fantasmas, que llevan la cabeza debajo del brazo.

—Y entonces, ¿dónde está ahora la cabeza?

—En algún lugar del canal.

—Los hombres rana no la encontraron.

—Pero las cabezas son bastante pesadas. Es probable que quedara atrapada en el barro del fondo.

—¿Y qué me dice de las manos, Lewis? ¿Cree que vamos a encontrarlas cuidadosamente colocadas junto a la cabeza? ¿O algún pobre desgraciado acabará sacándolas del río en una red de pesca?

—No parece muy convencido de que vayamos a encontrarlas, señor.

Morse ya daba muestras de cierta exasperación.

—¡Está usted pasando por alto lo más importante, maldita sea! No estoy preguntando dónde están. Estoy preguntando por qué alguien las cortó.

—Lo mismo que antes. Tuvo que ser para evitar la identificación. Quizá tuviera un tatuaje en el dorso de la muñeca o algo por el estilo.

Morse estaba sentado muy quieto. Incluso entonces tuvo la certeza de que Lewis había señalado algo de vital importancia y su mente, igual que un esquiador deslizándose colina abajo, había saltado súbitamente en el aire sobre un risco para aterrizar con elegancia en una pista de nieve virgen.

La voz de Lewis llegó de repente a sus oídos como si hubiera tenido que atravesar varias capas de algodón.

—¿Y qué me dice de las piernas, señor? ¿Por qué cree que se las cortaron?

—¿Quiere decir que lo sabe? —se oyó decir Morse.

—En absoluto, señor. En la actualidad es un juego de niños para los del laboratorio encontrar infinidad de cosas en la ropa, ¿verdad? Cabellos, fibras y todo eso.

—¿Incluso aunque haya estado varios días en el agua?

—Bueno, estoy de acuerdo, en ese caso puede ser más difícil. Lo que quiero decir es que si supiéramos de quién es el cadáver…

—Lo sabemos, Lewis. De eso puede estar seguro, completamente seguro. Es el de Browne-Smith.

—De acuerdo. Si es el cadáver de Browne-Smith, entonces no nos resultará muy difícil averiguar si también el traje es suyo, ¿verdad?

Morse frunció el ceño de verdad desconcertado.

—Me estoy perdiendo, Lewis.

—Lo que intento decir, señor, es que si alguien se tomó la molestia de cortarle la cabeza y las manos para evitar que lo identificáramos…

—¿Sí?

—Bueno, no creo que dejara al tipo vestido con su propio traje.

—De modo que alguien vistió el cadáver con el traje de otra persona, ¿es eso?

—Sí. Verá, muchas personas podrían llevar la chaqueta de otro. Quiero decir, que yo podría llevar la suya. Usted está algo más relleno de cintura que yo, pero podría ponérmela. Y además una chaqueta en el agua varios días probablemente encogería un poco, de modo que nadie iba a fijarse demasiado. Sin embargo —y aquí Lewis hizo una pequeña pausa dramática—, si alguien pretendiera usar los pantalones de otro, señor, bueno, ahí sí podría haber algún problema, ¿no cree? Serían demasiado largos o demasiado cortos y no resultaría difícil ver inmediatamente que el traje pertenecía a otra persona. ¿Ve a qué me refiero? Creo que el muerto debía ser varios centímetros más bajo o más alto que el hombre cuyo traje llevaba puesto. ¡Y por ese motivo le cortaron las piernas! Así que, a mi modo de ver, señor, si conseguimos averiguar de quién es el traje, sabremos algo con certeza: que el propietario no es el cadáver, ¡es

probablemente el asesino!

Morse se quedó inmóvil y parecía gratamente sorprendido e impresionado a la vez. Como resultado de su visita al dentista, también él había llegado a una conclusión muy similar (aunque por un camino completamente distinto), pero sintió que lo correcto era felicitar a su sargento.

—Dicen que los ojos empiezan a deteriorarse a la edad de siete u ocho años, ¿sabe?, y que el cerebro hace lo mismo unos veinte años después. Aunque su cerebro parece volverse cada día más agudo, Lewis.

Lewis se reclinó en la silla con aire satisfecho.

—Será por trabajar con usted, señor.

Morse no pareció oírlo mientras contemplaba en silencio el patio de hormigón al otro lado del cristal (como Lewis lo veía hacer a menudo). Estuvo así durante muchos muchos minutos, y Lewis casi había terminado de leer por segunda vez el informe forense cuando Morse volvió a hablar.

—La verdad es que la vida es muy triste, ¿sabe? Solo hay una cosa segura y es la muerte. Todos morimos tarde o temprano. Incluso el viejo Max, con toda su loable cautela, probablemente estará de acuerdo. «El boato de los blasones, la pompa del poder…».[15]

—¿Disculpe, señor?

—Todos tenemos que morir, Lewis, incluso usted y yo. Igual que ese pobre tipo que sacamos del agua. No hay excepciones.

—¿No hubo solo una? —preguntó Lewis, en tono tranquilo.

—¿Usted cree en eso?

—Sí.

—Mmm.

—¿Por qué menciona todo esto ahora, señor? Ya sabe, lo de la muerte y demás.

—Pensaba en Browne-Smith, nada más. Solo estaba pensando que un hombre que todos creíamos muerto probablemente esté vivo de nuevo. Eso es todo.

Eso era todo. Durante un rato, Lewis casi se había convencido de

que podía estar uno o dos pasos por delante de Morse. Sin embargo, ahora, presa de su habitual desconcierto, confirmó una vez más que la mente de Morse iba siempre media docena de pasos por delante del resto del mundo. De modo que se limitó a seguir donde estaba, como un discípulo de la Biblia a los pies del maestro, preguntándose por qué se había molestado siquiera en pensar algo por su cuenta.

[15] Del poema «Elegía escrita en un cementerio de aldea», de Thomas Gray.

18

Viernes, 25 de julio

Morse decide disfrutar de la hospitalidad de otro miembro de la cúpula directiva de Lonsdale,
mientras Lewis hace el trabajo duro.

Morse sabía que había llegado el momento de actuar. Para empezar, tenían el traje del muerto, pues sin duda Lewis estaba en lo cierto al afirmar que los más insignificantes detritus biológicos seguirían en algún lugar de los más inverosímiles recovecos de bolsillos y mangas. Luego estaba ese hombre misterioso, Gilbert, a quien le habían permitido acceder con total libertad a la habitación en la que probablemente habían sido mecanografiadas las dos cartas: Gilbert, el hombre de las mudanzas, que en ese preciso instante estaría trasladando las últimas cajas y la vajilla. Sí, ya iba siendo hora de que los dos hicieran algo. *Necesse erat digitos extrahere.*[16]

Como casi siempre que iban en coche, Morse estaba taciturno y poco comunicativo, mientras Lewis conducía hacia Lonsdale por St. Giles y Cornmarket, antes de girar a la izquierda en Carfax hacia la calle High. En la portería estaba de servicio el mismo joven conserje, aunque esta vez se negó a entregar las llaves de ninguna habitación sin consultar a una autoridad superior, y Morse seguía intentando ponerse en contacto con el tesorero cuando llegó a la portería un hombre al que había visto varias veces cenando en la escuela. Era el subdirector.

Diez minutos después Lewis subía los escalones de la escalera T con dos llaves en la mano mientras Morse, cómodamente sentado en un mullido sillón de la *suite* del subdirector, reconocía que,

aunque era bastante temprano, una copita de algo no sería del todo inoportuna.

—Verá, inspector —dijo el subdirector minutos después—, no es una historia muy alegre, aunque tampoco del todo inusual. Esos dos nunca habrían podido llevarse bien de ninguna manera, pero no había indicios explícitos de animosidad. No hasta hace cinco años, como le decía.

—¿Y desde entonces no volvieron a dirigirse la palabra?

—Eso es.

—¿Y cuál fue el motivo de todo eso?

—Oh, no es ningún secreto. Creo que todo el mundo lo sabe en la escuela, exceptuando a uno o dos de los profesores más jóvenes.

—Háble me de ello.

Al parecer, solo se habían decretado dos ordenanzas cruciales para la elección del director de la Escuela Lonsdale: la primera, que el candidato debía ser un laico; la segunda, que dicha persona debía ser elegida por ocho profesores titulares, con un mínimo necesario de seis votos a favor y declarando inválida la elección si había uno solo en contra. A pesar de la naturaleza supuestamente secreta del voto, cinco años atrás fue de dominio público que cuando el doctor Browne-Smith fue propuesto y secundado, un solitario voto frustró sus esperanzas de resultar elegido. Y no menos sabido era el hecho de que cuando se propuso el nombre del señor Westerby, se contó una única papeleta con un rotundo «No». El tercer candidato propuesto también era profesor titular y uno de los miembros más antiguos del claustro, y fue un alivio para todos cuando el actual director resultó elegido por unanimidad para el cargo.

—¡Director de la escuela! —dijo Morse, lentamente—. ¿No es un gran honor?

(De repente se dio cuenta de que había repetido palabra por palabra la pregunta que le había hecho a Andrews).

—Algunas personas darían mucho por conseguirlo, así es.

—¿Y usted?

El subdirector sonrió.

—¡No! A mí puede dejarme fuera de la competición, inspector. Verá, yo pertenezco a una orden religiosa, por lo que, como le dije, simplemente, no soy un candidato elegible.

—Entiendo —dijo Morse—. Volvamos ahora un minuto con el doctor Browne-Smith. Le agradecería que me contara algo acerca de su, eh, de su vida personal.

—¿Como por ejemplo?

El subdirector lo miró fijamente y Morse se sorprendió preguntándose cuánto podía llegar a saber realmente sobre la compleja red de relaciones dentro de la cerrada comunidad de Lonsdale.

—¿Qué me dice de su salud, para empezar?

De nuevo esa astuta mirada, como si tuviera la certeza de que le iba a hacer esa pregunta.

—Era un hombre muy enfermo, inspector. Eso ya lo sabía, ¿no? Andrews me contó que no pareció usted muy sorprendido cuando se lo dijo ayer.

—¿Desde cuándo lo sabía? —replicó Morse.

—Hace tres semanas, supongo. El director nos reunió a Andrews y a mí en su apartamento una noche después de la cena. Dijo que era estrictamente confidencial y todo eso, pero debíamos saberlo, por supuesto, por los compromisos lectivos de Browne-Smith.

—¿Cuándo pensaba el director que iba a…?

—Sin duda no mucho después del final del segundo trimestre.

—Mmm.

—Y se estará preguntando si sus días de impartir clase no habrán terminado ya, ¿me equivoco?

—¿Qué le contó Andrews? —preguntó Morse.

—Todo. Espero que no le importe.

Morse se sentía extrañamente incómodo en compañía de aquel hombre, y después de hacer algunas vagas preguntas más sobre el estilo de vida de Browne-Smith, se levantó para marcharse.

—¿Se irá pronto de vacaciones, señor?

—En cuanto regrese el director. Solemos alternarnos para que uno de los dos esté aquí durante la mayor parte de las vacaciones. Sé que mucha gente piensa que la universidad está repleta de haraganes ociosos, pero hay mucho que hacer aquí aparte de atender a los estudiantes. Aunque, por supuesto, eso usted ya lo sabe.

Morse asintió, y supo que aquel pastor sin hábito no tardaría en caerle gordo.

—Puede contar con toda nuestra colaboración, ya lo sabe —continuó el subdirector—. Aunque quizá estaría bien que nos mantuviera usted informados dentro de lo posible.

—La verdad es que no tengo mucho que contar, al menos de momento.

—¿Ni siquiera quiere contarme por qué su sargento cogió también la llave del apartamento de Westerby?

—¡Ah, eso! Sí, debería haberlo mencionado, señor. Verá, cabe la posibilidad de que el cadáver que encontramos en el canal no sea el de Browne-Smith, después de todo.

—¿De veras?

Morse se negó a dar más detalles, de modo que se despidió y atravesó de nuevo el patio en dirección a la portería, sintiendo la inteligente mirada del subdirector clavada en su espalda. Desde allí, caminó solo unos metros más hasta el Mitre, donde había quedado con Lewis. Se dio cuenta de que llegaba con media hora de antelación, pero treinta minutos de espera en un *pub* no supondrían una dura prueba para la paciencia de Morse.

Al llegar a la habitación de Browne-Smith, Lewis sacó de su funda de plástico la chaqueta azul marino encontrada en el cadáver y la comparó con cuidado con las del armario del dormitorio: medía lo mismo de largo y de contorno de pecho y era del mismo estilo, confeccionada a mano, con una sola abertura en la parte trasera y

solapas estrechas. No había ninguna duda: la chaqueta había pertenecido a Browne-Smith. Después de volver a colgar los trajes, Lewis revisó meticulosamente el resto de la ropa; solo averiguó que los cinco pares de zapatos eran del número nueve y que los cuatro pares de calcetines sin estrenar eran de algodón azul oscuro con dos rayas de un azul más claro en la parte superior.

Al otro lado del rellano el apartamento de Westerby estaba en silencio y ahora vacío, a excepción de la desvaída moqueta marrón con alargadas marcas inmaculadas que señalaban la anterior posición de los pesados muebles. No había nada más, excepto una cuchara de plástico y un bote vacío de Nescafé en el escurridor de la cocina.

Gracias a sus discretísimas indagaciones en la secretaría de la escuela, Lewis averiguó (entre otras cosas) que, en efecto, Browne-Smith tenía un traje muy parecido al que una vez más desenvolvió; y la secretaria (que a Lewis le pareció muy bonita) fue la que más firmemente corroboró la triste información.

El joven conserje seguía de servicio cuando Lewis devolvió las dos llaves y respondió sin reservas las preguntas que le hizo el sargento sobre «Mudanzas Gilbert». Había visto al señor Gilbert bajar la escalera T cuatro o cinco veces, si no le fallaba la memoria, pero ya habían terminado, pues el señor Westerby al fin había modificado su dirección.

—Es curioso que me pregunte por el señor Gilbert, sargento. Iba con ese pañuelo al cuello, igual que su jefe. Al parecer a los dos les dolía la boca.

Lewis asintió y se dispuso a marcharse.

—Sí, las muelas pueden ser muy molestas. No hay nada peor que un absceso en los dientes delanteros.

El conserje miro a Lewis con extrañeza unos segundos, pues las palabras que acababa de escuchar (habría podido jurarlo) eran casi exactamente las mismas que había pronunciado el dolorido experto en mudanzas.

Se lo dijo a Lewis y Lewis se lo comentó a Morse en el Mitre.

Ninguno de ellos se dio cuenta, al menos por el momento, de que ese breve y aparentemente insignificante episodio iba a tener un profundo efecto en el posterior desarrollo del caso.

[16] La expresión latina vendría a decir que «había que poner manos a la obra». Posiblemente en referencia al modismo inglés *pull/get your finger out*: «ponerse las pilas, espabilar».

19

Viernes, 25 de julio

Nuestros dos detectives aún no han
terminado de debatir las implicaciones
de un desmembramiento severo.

El caso estaba avanzando razonablemente bien, pensó Lewis mientras conducía de regreso a Summertown en compañía de Morse. Las tiendas seguían en el mismo orden que cuando habían pasado frente a ellas hacía dos horas: el edifico del Real Club del Automóvil, el supermercado Budgens, la panadería Straw Hat, Alfombras Allied, el asador de pollos…; sí, exactamente igual. Pero ahora en dirección contraria, a la inversa, por así decirlo. Igual que en la investigación. Morse había seguido el rastro de las pistas con bastante acierto hasta ahora, si bien de forma un tanto anárquica. Y Lewis quería hacerle un par de preguntas, aunque sabía que no era conveniente interrumpir las cavilaciones del gran hombre en plena marcha.

En la mente de Morse también empezaban a salir a la superficie de entre las turbias aguas bastantes más cosas que un cadáver hinchado y mutilado enganchado con un bichero desde una barca justo antes de ser arrastrado de nuevo por la corriente. Otras cosas habían salido a la superficie a lo largo del camino de sirga a medida que las pistas se sucedían, y al menos una cosa estaba bastante clara: fuera quien fuera el asesino, había sido extraordinariamente sutil o extraordinariamente estúpido al llegar al extremo de desmembrar el cuerpo para dejarlo después vestido con su ropa. Si es que llevaba puesto su propio traje. Lewis se había encargado de

comprobarlo y estaba seguro de que pertenecía a Browne-Smith. ¿Y el cuerpo? Ah, por supuesto, ¿y el cuerpo?

De vuelta en el despacho de Morse, Lewis lanzó sus preguntas.

—Sin duda es el cuerpo de Browne-Smith, ¿no le parece, señor?

—No lo sé.

—Pero sin duda…

—¡He dicho que no lo sé, maldita sea! —exclamó Morse.

Y Lewis, tras una pausa prudencial, hizo su otra pregunta:

—¿No le parece una pequeña coincidencia que usted y ese hombre, Gilbert, tengan dolor de muelas al mismo tiempo?

Morse pareció considerar esta pregunta infinitamente más interesante, aunque no respondió al instante. Después negó con decisión.

—No. Las coincidencias son mucho más comunes de lo que estamos dispuestos a aceptar. Es todo ese asunto del azar, Lewis. No hablamos lo suficiente sobre el azar y la suerte y el enorme peso que tienen en nuestras vidas. Los griegos sí lo hacían y también los romanos. Ambos adoraban a la diosa Fortuna. Y ya que está interesado en las coincidencias, cuando llegue a casa esta noche, busque la cuadragésima sexta palabra desde el principio del cuadragésimo sexto salmo y la cuadragésima sexta desde el final ¡y ya me dirá lo que encuentra! De la versión autorizada, por cierto.

—¿Me lo puede repetir, señor?

—¡Olvídelo, Lewis! ¡Y ahora escuche! Volvamos a este caso que tenemos entre manos y a lo que comentábamos a la hora de comer. Si nuestro asesino quisiera que su víctima fuera identificada, no le cortaría, repito, no le cortaría la cabeza. Dejando a un lado los rasgos faciales, rasgos que incluso un idiota miope sería capaz de reconocer a una distancia de treinta metros, digamos que tiene una calvicie incipiente, las muelas que le faltan, etcétera, incluso el ángulo de las orejas, todas esas cosas conducirían a cierta identificación. Alguien acabaría sabiendo quién es aunque lleve flotando quince días en el Misisipi o tres meses en Thrupp. ¿Estamos de acuerdo? Y si nuestro asesino siguiera ansioso por la

identificación de su cadáver, tampoco le cortaría las manos. Porque eso haría desaparecer de un solo tajo lo único que sabemos que le confiere una individualidad única e incuestionable: ¡sus huellas dactilares!

—¿Y qué me dice de las piernas, señor?

—¡Cállese un momento! Y, por los clavos de Cristo, intente seguir lo que le estoy diciendo. ¡Ya me resulta bastante difícil a mí!

—No me está costando seguirlo, señor.

—Lo único que digo es que si un asesino quiere que se identifique el cadáver, no le corta la cabeza ni le corta las manos. ¿De acuerdo?

Lewis asintió, estaba de acuerdo.

—Y, sin embargo, Lewis, hay otras dos pistas que conducen claramente a la identificación positiva del cuerpo: el traje, y ahora sin duda parece que era de Browne-Smith; y luego la carta, que casi con la misma certeza se la escribieron a Browne-Smith. De acuerdo, no era tan obvio. Pero tampoco hace falta ser un Shylock…

—Sherlock, señor.

—Ve adónde quiero llegar, ¿verdad?

Lewis sopesó la pregunta y finalmente respondió.

—No.

También Morse estaba empezando a preguntarse si él, era capaz de seguir el rumbo de su propia lógica; siempre necesitaba depositar una inmensa fe en la política de verbalizar las ideas más inverosímiles con la seguridad de que, según la ley de probabilidades, algunas podían estar más cerca de la verdad que otras. De modo que siguió parloteando.

—Imagine por un momento, Lewis, que el cuerpo no es el de Browne-Smith, sino que alguien quiso que lo pareciera. ¿De acuerdo? Bien, si el asesino nos hubiera dejado la cabeza, las manos o ambas cosas, entonces estaríamos del todo seguros de que el cuerpo no pertenecía a Browne-Smith, ¿verdad? Como sabemos, padecía un tumor cerebral incurable, y con un cráneo encima de la mesa incluso el viejo Max podría haber sido capaz de decirnos que había algo no del todo sano en su corteza cerebral, incluso aunque

sus rasgos faciales estuvieran seriamente desfigurados. Y lo mismo sucede con las manos, sin tener en cuenta las huellas dactilares. Browne-Smith había perdido la mayor parte del dedo índice derecho en la guerra y ni siquiera el mejor microcirujano podría pegarle un dígito artificial en una mano sin que incluso un negligente como Dickson se diera cuenta. De modo que si hubiera dejado las manos en el cuerpo, o al menos la mano derecha, y si los dedos estuvieran intactos, entonces habríamos tenido la certeza de que el cuerpo no era el de Browne-Smith. ¿Me sigue? Las dos cosas que habrían podido probar que el cuerpo no era suyo han sido deliberada y brutalmente eliminadas.

Lewis frunció el ceño, siguiendo por los pelos el argumento de Morse.

—Pero ¿qué me dice del traje? ¿Y la carta?

—Lo único que estoy diciendo, Lewis, es que quizá alguien ha estado intentando convencernos con mucho empeño de que era el cuerpo de Browne-Smith, eso es todo.

—¿No está complicándolo demasiado, señor?

—Podría ser.

—Verá, señor, estoy un poco perdido. Normalmente buscamos a un asesino, ¿no es así? Nunca habíamos tenido tantos problemas con un cadáver.

Morse asintió.

—¡Pero cada vez sabemos más cosas del asesino! Es un tipo inteligente. Ha intentado despistarnos con respecto a la identidad del cuerpo y por poco lo consigue.

—¿Y?

—Y es casi tan inteligente como nosotros, y la mayoría de la gente inteligente que conozco está en…, ¡adivine dónde, Lewis!

—¿En el Cuerpo de Policía?

Morse se permitió esbozar una tibia sonrisa, aunque siguió hablando con la misma seriedad.

—¡En la Universidad de Oxford! Y, es más, creo tener una idea bastante acertada de qué miembro de la universidad es.

—¿Cómo?

Lewis miró a su jefe con sorpresa y cierta desconfianza. Morse siguió hablando.

—Acabemos con el cadáver. Nos quedan las piernas, ¿verdad? Ahora que tenemos algunas ideas sobre la cabeza y las manos, ¿por qué cortarle las piernas?

—Quizá había perdido un dedo en un accidente en las Bermudas al enganchársele el pie en la hélice de una barca o algo por el estilo.

De repente Morse se quedó muy quieto en la silla, pues la frívola respuesta de Lewis había encendido otra chisporroteante mecha en su imaginación. Cogió el teléfono y marcó una extensión de la comisaría para llamar al superintendente Strange, y (para absoluta sorpresa de Lewis) le solicitó otros dos hombres rana, a ser posible inmediatamente, para reanudar la búsqueda en el fondo del canal junto al puente Aubrey.

—Sigamos con esas piernas —dijo Morse retomando su monólogo —. ¿A qué altura diría usted que se las cortaron?

—Bueno, por aquí, señor. —Lewis posó una mano tímidamente en su fémur—. Hacia la mitad de…

—Entre la pelvis y la rótula, correcto. ¿Hacia la mitad, dice usted? Si no sabemos la longitud de sus muslos, para empezar, ¿dónde es exactamente «hacia la mitad»? Pueden haberlo hecho de tal forma que pareciera la mitad.

—A eso me refería esta mañana, señor.

—¡Sé que lo hizo, sí! Lo único que intento es aclarar un poco sus ideas. Espero que no le importe.

—Mis ideas ya están la mar de claras, señor. Podría haber sido un hombre más bajo o más alto y, puesto que Browne-Smith medía alrededor de un metro ochenta, es probable que fuera más bajo. Verá, es la longitud del fémur lo que determina la estatura.

—¡Oh! —dijo Morse—. ¿No sabrá usted cuánto mide Westerby, o medía?

—Un metro sesenta y cinco, señor. Se lo pregunté a la secretaria de la escuela, una chica muy agradable.

—¡Oh!

—Y estoy de acuerdo con todo lo que ha dicho usted, señor. Cabeza, manos, piernas, lo ha explicado todo. Si el asesino quería hacernos pensar que el cuerpo era de Browne-Smith, quizá no podía dejar nada.

Ahora habían cambiado las tornas y fue el turno de Morse de mostrarse dubitativo.

—¿No cree que todo esto se está poniendo demasiado complicado, Lewis?

—Excesivamente complicado. Tenemos el traje y tenemos la carta, ambos de Browne-Smith, y sabemos que está desaparecido en alguna parte. Eso sería suficiente para mí, señor. Pero usted parece convencido de que el hombre que buscamos es casi tan listo como usted.

Morse no respondió inmediatamente y Lewis percibió la expresión de curioso regocijo en el rostro del inspector jefe. «¿Qué se le habrá ocurrido esta vez?», se preguntó.

Dickson llamó pocos minutos después para informar de que no había nadie registrado con el nombre de Simon Rowbotham en la Asociación de Pescadores de Lucios ni en ningún otro club de pesca en las inmediaciones de Oxford; y Lewis se sintió algo decepcionado con la noticia, pues confería un poco más de peso a la única y estrafalaria objeción a su propio y firme parecer de que el cuerpo que habían encontrado debía ser el de Browne-Smith: y esa objeción (como Morse había señalado la mañana anterior) era que «Simon Rowbotham» era un anagrama exacto de «O. M. A. Browne-Smith».

20

Sábado, 26 de julio

Una nota final extremadamente breve
a la primera parte del caso.

Eran las cuatro menos cinco minutos de la madrugada siguiente cuando Morse despertó y miró el reloj de la mesita de noche. Le pareció casi imposible que fuera tan temprano, pues se sentía completamente descansado. Salió de la cama, abrió las cortinas y durante varios minutos contempló la silenciosa carretera, a solo cien metros de la rotonda de Banbury Road; la carretera que conducía al norte hacia Kidlington y desde allí, dejando atrás la comisaría de policía del Valle del Támesis, hasta el desvío de Thrupp, donde la aguas estarían rompiendo suavemente contra las casas flotantes amarradas durante la noche.

Morse entró en el cuarto de baño y vio que su mandíbula volvía a ser casi normal, tragó el último comprimido de penicilina y volvió a la cama, donde se acostó boca arriba con las manos detrás de la cabeza. Todavía había muchos restos flotando a la deriva que había que recuperar antes de poder reconstruir por completo el naufragio de la vida de un hombre, restos rescatados de esas aguas del canal que cambiaban del color verde al gris, del amarillo al negro y al blanco. Morse por poco vuelve a dormirse imaginando durante unos instantes que veía los contornos de un asesinato astutamente planeado, con él —¡sí, con Morse!— en el centro de un engaño maravillosamente calculado. Al menos ahora sabía una cosa con certeza. Al contrario que Lewis, que parecía felizmente convencido de la identidad del fallecido, él estaba seguro de que el hombre que

habían encontrado no era el doctor Browne-Smith de Lonsdale.

Desde ese momento Morse sintió una creciente impaciencia por que amaneciera, para escuchar el ruido del tráfico y ver a la gente cogiendo el autobús. Ovidio en los brazos de su amante invocó a los caballos de la medianoche para que galoparan más despacio en la bóveda del cielo. Pero Morse no tenía amante y a las cinco menos cuarto se levantó, preparó té y volvió a contemplar a sus pies la calle vacía, donde sintió un ligero aleteo y agitación en la crisálida de la noche.

Y Morse no se equivocaba. Pues a la mañana siguiente, igual que Browne-Smith antes que él, recibió una larga carta. Una carta extraña y extremadamente interesante.

LA SEGUNDA MILLA

21

Lunes, 28 de julio

Habiendo tomado el camino correcto gracias a las pistas equivocadas, Morse encuentra ahora su criterio casi completamente justificado.

Morse abrió la puerta de su despacho pocos minutos después de las ocho y encontró a Lewis leyendo el *Daily Mirror*.

—Parece muy ansioso por retomar la investigación esta mañana, Lewis.

Lewis dobló el periódico.

—Me temo que ha cometido usted un gran error, señor.

—¿Quiere decir que ya está ocupado con el caso?

—No solo eso, señor. Como decía, ha cometido usted un gran error.

—¡Qué disparate!

—Estaba intentando hacer el crucigrama de la hora del café y había una pista que decía: «Inspiró (anagrama)».

—¡Prisión! —interrumpió Morse.

—Lo sé, señor. ¡Pero «Simon Rowbotham» no es un anagrama de «O. M. A. Browne-Smith!».

—¡Por supuesto que lo es! —Morse escribió inmediatamente las letras y estaba comprobándolas una por una cuando se detuvo de repente —. Dios mío, tiene razón. Hay una «o» en vez de una «e», ¿no es así?

—Me di cuenta por pura casualidad mientras…

Morse ya no escuchaba. ¿Estaba equivocado, después de sus intensas reflexiones y sus atrevidas deducciones? ¿Tenía razón Lewis con su simple afirmación de que el caso se estaba volviendo

innecesariamente complicado? Suspiró algo desalentado. Quizá (pensó agarrándose a un clavo ardiendo), quizá si él mismo se había equivocado con el anagrama, también podía haberlo hecho Browne-Smith al inventar un nombre completamente falso. Aunque no fue capaz de convencerse de ello durante un segundo y lo cierto es que se sentía perdido.

A las ocho y media sonó el teléfono y una voz entusiasmada se identificó como el agente Dickson.

—Acabo de leer *The Oxford Times* de la semana pasada, señor.

—No mientras estaba de servicio, espero.

—Hoy descanso, señor. Estoy en casa.

—Oh.

—¡Lo he encontrado!

—¿A quién?

—A Simon Rowbotham. Vi su nombre mientras leía la sección de pesca. Quedó segundo en una competición en King's Weir el domingo pasado.

—Oh.

—Según el periódico, vive en Botley.

—Me importa un pimiento si vive en Botley.

—¿Disculpe, señor?

—Gracias por avisarme, de todas formas.

—¿Recuerda lo que dijo de los dónuts, señor?

—No, lo he olvidado —respondió Morse, y colgó.

—¿Quiere que vaya a verlo? —preguntó Lewis con calma.

—¿De qué demonios iba a servir? —replicó Morse, antes de sumirse en un hosco silencio.

El voluminoso sobre blanco estaba marcado como «Estrictamente privado y confidencial», por lo que no había sido abierto en el Registro de la comisaría y reposaba en la alfombrilla azul del

escritorio de Morse cuando los dos hombres regresaron después del café. Dentro del sobre había otro cerrado (enviado, igual que el exterior, a la atención del inspector jefe E. Morse) y una nota de presentación del director de la sucursal del Barclays Bank de la calle High, fechada el 26 de julio. Decía lo siguiente:

> Estimado señor:
>
> Recibimos el sobre sellado aquí adjunto el lunes 21 de julio con instrucciones para que se lo reenviásemos personalmente a usted el sábado 26 de julio. Confiamos en que esté de acuerdo en que hemos cumplido con nuestra obligación.
>
> Atentamente…

Morse pasó la nota a Lewis.

—¿Qué le parece esto?

—Me parece un despropósito, señor. ¿Por qué no se lo enviaron a usted directamente?

—No lo sé —respondió Morse—. Puede que esté lleno de billetes de cinco.

—¿No va a abrirlo?

—Interesante —dijo Morse como si no hubiera oído la pregunta—. Si esta carta llegó al banco el lunes 21, posiblemente fue escrita el domingo 20, y según Max ese es el día más probable en que alguien arrojó el cadáver al canal.

—Pero puede que no tenga nada que ver con el caso.

—Bueno, enseguida lo sabremos. —Morse cortó el sobre y empezó a leer, y aparte de un aislado «¡Dios mío!» (después de las primeras líneas del texto mecanografiado), leyó en absoluto silencio, tan absolutamente absorto, al parecer, como un empedernido adicto al porno en un *sex-shop*.

Cuando terminó de leer la larga carta tenía la expresión de autocomplacencia casi enfermiza que con frecuencia es fácil encontrar en el rostro de un hombre cuya opinión ha sido

cuestionada y finalmente resulta ser correcta.

Lewis cogió entonces la carta y fue directo a la última página.

—No hay firma, señor.

—Léala. Limítese a leerla, Lewis —dijo Morse débilmente, y cogió el teléfono y marcó el número del banco.

—Póngame con el director, por favor.

—Está bastante ocupado en este momento. ¿Podría…?

—Le habla el inspector jefe de la policía de Oxfordshire, muchacho. Tan solo dígale que se ponga al teléfono, por favor. (En ese momento Lewis ya había leído la primera página de la carta).

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó el director.

—Necesito saber si el doctor Browne-Smith, el doctor O. M. A. Browne-Smith, de la Escuela Lonsdale, es cliente suyo.

—Sí, lo es.

—Hoy hemos recibido una carta de su sucursal, señor, y tengo el deber de preguntarle si fue el mismo doctor Browne-Smith quien les pidió que nos la reenviaran.

—Ah, la carta, sí. Esperaba que el correo no les hiciera esperar demasiado.

—No ha respondido usted a mi pregunta, señor.

—No, no lo he hecho. Y me temo que no puedo.

—Creo que sí puede, señor, y creo que lo hará. Porque estamos investigando un caso de asesinato.

—¿Asesinato? No querrá usted…, no estará diciendo que el señor Browne-Smith ha sido asesinado, ¿verdad?

—No, no he dicho eso.

—¿Podría decirme exactamente quién ha sido asesinado?

Morse vaciló más de la cuenta.

—No, no puedo. De momento, no. La investigación aún está en una fase, eh, delicada y por eso necesitamos la cooperación de todos los implicados directa o indirectamente. Gente como usted, señor.

También el director estaba indeciso.

—Es una situación muy difícil para mí, señor. Se debe a la

normativa de confidencialidad del banco.

Morse se mostró sorprendentemente benigno y comprensivo.

—Lo comprendo, señor. Dejémoslo estar por el momento, ¿de acuerdo? Pero si llegara a ser una información de vital importancia para nosotros, naturalmente tendremos que ir a interrogarlo.

—Sí, lo entiendo. Debo consultar la cuestión con los asesores legales del banco, por supuesto.

—Muy sensato, señor. Y gracias por su cooperación.

Lewis, que había estado leyendo la carta (sin salir de su asombro) y simultáneamente escuchando lo que podía de esta extraña conversación telefónica, ahora levantó la vista y vio a Morse sonriendo beatífico y esperando pacientemente a que terminara.

Cuando lo hizo, antes de que tuviera ocasión de hacer ningún comentario, Morse le pidió que volviera a llamar al Barclays, identificándose como el inspector jefe Morse, y que preguntara si tenían a un segundo cliente en su registro: un tal señor George Westerby, de Lonsdale.

La respuesta fue rápida e inequívoca: sí, lo tenían.

22

Donde tenemos una transcripción exacta de la larga carta, que carecía tanto de saludo como de despedida, revisada por el inspector jefe Morse y por el sargento Lewis, a media mañana del lunes 28 de julio.

«Quizá no sea demasiado esperar que haya llevado a cabo usted las investigaciones necesarias. Dudo que haga falta un intelecto tan (potencialmente) poderoso como el suyo para haber trazado con precisión la cadena de acontecimientos hasta ahora. Después de todo, tenía usted mi traje, ¿verdad? Eso, casi con seguridad, habrá conducido a sus ayudantes hasta mi (de acuerdo, bastante limitado) guardarropa en Lonsdale, donde (asumo) los centímetros de cintura y las medidas de la entrepierna serían minuciosamente comprobados. Pero convengamos una cosa: el cadáver no era mío. Intenté hacerles creer que lo era, quizá de forma poco profesional, lo admito, aunque en ningún momento dudé de que sería usted capaz de reconstruir de manera razonablemente coherente la carta, cuya mitad dejé en el bolsillo trasero de mis pantalones. Por lo tanto, pudieron albergar la sensata sospecha de que el cadáver era yo, aunque no durante mucho tiempo si no me equivoco.

»No obstante, sea como sea (ya crea que estoy muerto o no), considero mi deber informarle de que estoy vivo, al menos de momento (¿ha descubierto eso también?). Entonces, ¿de quién es el cuerpo encontrado en el agua en Thrupp? Porque, desde luego, no es el mío. Repito, ¿de quién es? Encontrar una respuesta a esa pregunta ha de ser su siguiente tarea, una tarea para la que estoy dispuesto (incluso ansioso) a ofrecer un poco de colaboración. ¿Jugó usted alguna vez de niño a un juego llamado "a la caza del tesoro",

en el que cierta pista conducía de A a B; partiendo, digamos, de un breve mensaje oculto bajo una piedra hasta otro clavado en el tronco de un arce? Bueno, avancemos un poco, si le parece bien.

»Recibí la carta e inmediatamente actué en consecuencia. Todo muy extraño, ¿no? Por supuesto, conocía a la muchacha aludida, pues es una de mis alumnas. Es más, es una muchacha considerada por todos la mejor alumna del año, por no decir de toda la década. Esto era de dominio público, y totalmente previsible (¿para qué molestarse en preguntármelo?) que su nota en los exámenes de Clásicas iba a ser superior a la de todos sus conpañeros de ambos sexos. Por lo tanto, la petición de comunicar el resultado de esta joven en particular (y esto a una anónima tercera parte) tan solo una semana antes de la publicación de las listas de clase me resultó sospechosa. (Una frase pobremente construida, lo sé, pero no he tenido tiempo de reformularla). Según la misiva, mi recompensa por divulgar el resultado algunos días antes sería memorablemente placentera. Creo que usted estaría de acuerdo. Incluso un longevo (tengo preferencia por este sinónimo) soltero como yo tiene derecho a dar rienda suelta de cuando en cuando a sus tímidas fantasías eróticas. Y, a mi modo de ver, tampoco estaría cometiendo el pecado definitivo revelándole al mundo algo que ya se sabía. Si embargo, no le estoy contando toda la verdad, ni siquiera ahora. Permítame retroceder un poco.

»Tengo un colega que vive justo enfrente de mí: el señor G. Westerby. Él y yo hemos sido colegas en la facultad durante muchísimos años y es un secreto a voces que las relaciones entre nosotros han sido casi infantilmente hostiles la mayor parte de ese tiempo. Este colega (prefiero no volver a mencionar su nombre) se va a retirar. Y, aunque nunca he intentado averiguar sus planes para un futuro inmediato, naturalmente he llegado a reunir alguna que otra información acerca de sus propósitos: a su regreso de las vacaciones se instalará en un elegante y pretencioso apartamento del distrito de Bloomsbury. Recientemente, por cierto, ha contratado los servicios de una empresa de mudanzas para embalar la colección

de baratijas que sus filisteos gustos lo han llevado a acumular durante su excesivamente larga estancia en la universidad. (Por favor, no tenga en cuenta mis cínicas palabras).

»Bien. ¡Y ahora, por favor, ponga mucha atención! Un día, hace pocas semanas, vi a un hombre subiendo mi escalera. El hombre no me vio, al menos en ese momento. Miró a su alrededor, al principio con la timidez de un extraño y luego con la confianza de un conocido íntimo, e insertó la llave que tenía en la mano en la cerradura de la puerta de Westerby. No le di demasiada importancia entonces. Si alguien quería robar las pertenencias sin valor de mi colega no iba a ser yo quien lo impidiera. De hecho, todo aquello me resultó hasta cierto punto interesante y divertido. Supe después que este desconocido era el director de una empresa de mudanzas de Londres, que estaba allí para evaluar el encargo y embalar sus pertenencias. Pocos días después volví a ver al mismo individuo, aunque esta vez llevaba un pañuelo de un vivo color rojo alrededor de la cara, como si soplara un viento demasiado fuerte o el pobre desgraciado acabara de escapar del sillón del dentista. Y al poco de esto recibí una carta, *istam epistolam*, esa carta cuya mitad llegó a sus manos.

»¿Todo esto resulta bastante misterioso y desconcertante? ¡No! Seguro que no para usted. Pues ya habrá adivinado lo que estoy a punto de decir. ¡Sí! ¡Reconocí al hombre y me hizo recordar un doloroso episodio de mi vida del que me avergüenzo terriblemente! Pero de nuevo me estoy adelantando, o quedando rezagado. Depende de cómo se mire.

»Ese hombre apareció en la residencia tres o cuatro veces más en compañía de diversos ayudantes jóvenes, presumiblemente para supervisar el embalaje de cajas y cajones en el apartamento de mi colega. Y en estas ulteriores ocasiones el hombre llevaba el mismo ordinario pañuelo alrededor de la parte baja de la cara, como si (como he dicho) algún obstinado diente le estuviera causando un terrible dolor, o como si deseara ocultar su rostro. ¿No le parece que en tales ocasiones está más que justificado juntar dos y dos para

hacer veintidós? ¿Quizá le preocupaba que yo pudiera reconocer su cara? De ser así, no obstante, sus torpes intentos fueron inútiles. ¿Por qué? Simplemente porque ya le había reconocido. Y por eso me resultó fácil relacionar dos sucesos muy cercanos en el tiempo: primero, la aparición en Lonsdale del único hombre al que por nada del mundo habría querido volver a ver en mi vida; segundo, la llegada de la carta más extraña que jamás he recibido durante todos mis años en la escuela. En resumen, me pareció que estos dos sucesos sumaban más de veintidós, pero en ningún momento llegué a perder el control de la situación. Avancemos un poco más.

»Acepté la invitación. ¿Por qué no hacerlo? Nunca me he casado y nunca, por lo tanto, he disfrutado las delicias del lecho conyugal (si es que las hay). Aunque siempre he considerado que están sobrevaloradas, el ilícito atractivo del placer sexual casi siempre resulta potencialmente seductor para una persona entrada en años y carente de honores como yo. (No creo que la frase anterior esté excesivamente adjetivada). Y los pensamientos lascivos, si bien ocasionales, no le son del todo ajenos ni siquiera a un hombre tan austero como yo.

»¿Por dónde íbamos? Ah, sí. Fui. Crucé las puertas que habían sido claramente identificadas para llamar mi atención y supe adónde me dirigía. Lo supe exactamente. Le resultará poco útil una descripción pormenorizada de los subsiguientes acontecimientos, aunque (para ser justo con quien esto suscribe) no fueron particularmente sórdidos. Toda la representación (debo admitirlo) fue interpretada con cuidadosa y ensayada verosimilitud, conmigo en un papel ensayado no menos cuidadosamente. Aunque al llegar a cierta escena (por no abandonar aún la metáfora) olvidé por completo mi diálogo, como tal vez le habría sucedido también a usted. Pues una mujer devastadoramente bella, una sirena capaz de haber seducido al voluntarioso Ulises, casi, casi consiguió arrebatarme mi honor y (quizá más importante) mi única defensa, un revólver del Ejército que he conservado desde mis días en el desierto y que incluso en este momento sigue abultando tranquilizadoramente en el bolsillo de

mi chaqueta.

»Pero de nuevo estoy alterando el orden de los acontecimientos y debemos retroceder. ¿Quién era el hombre que había visto en la escalera T de la Escuela Lonsdale? Tendrá usted que saberlo. Sí, me temo que tiene que saberlo.

»Yo era un joven oficial en el desierto durante la batalla de El Alamein. Era, creo, un buen oficial, en tanto que intentaba cuidar de los hombres a mi cargo dejando muy poco en manos de cualquier innecesario azar, cumplía las órdenes que recibía y me enfrentaba al enemigo con la convicción de que aquel conflicto —aquel, sin duda— estaba tan plenamente justificado como ningún otro en los anales de la cristiandad. No obstante, sabía algo que nadie más podía saber. Sabía que en el fondo yo era un cobarde. Siempre había temido que, llegado el momento de tener que llevar a cabo una demostración personal de valor individual —frente a una grupal o colectiva—, bueno, sabía que fallaría. Y ese momento llegó y fallé. Llegó —no es necesario que revele todos los vergonzosos detalles— cuando un hombre me pidió que arriesgara mi vida para salvar la de otro que estaba atrapado en un tanque ardiendo. Baste con eso. Me resulta profundamente doloroso recordar mi cobardía, incluso ahora.

»Pero sigamos avanzando. Enseguida empecé a darme cuenta de que todo era una farsa. Había, por ejemplo, dos botellas de todo: dos de todo aquello que al cliente (en este caso, yo) pudiera apetecerle. ¿Por qué dos? Una de ellas estaba vacía en dos terceras partes (¿o llena en su tercera parte?) y la otra completamente llena, con el precinto de plástico alrededor del tapón. ¿Por qué, entonces, usó la botella sin empezar para servirme la primera copa? No lo sabía entonces, aunque enseguida me dio que pensar. ¡Y luego estaba su acento! ¡Oh, señor! De haber estado en una prueba cualquier director del montón habría echado al instante al retrete más cercano esas vocales supuestamente francesas. Y luego, en un momento dado, abrió su bolso, un bolso que tendría al menos veinte años. ¿Una puta profesional con un bolso así de viejo? Y no solo eso, una vieja bruja muy poco convincente en el papel de *madame* me la

había presentado previamente con el nombre de Yvonne. Entonces, ¿por qué en la solapa interior de su bolso pude leer claramente las desvaídas iniciales doradas W. S.? ¿Ve adónde nos conducen todas estas sospechas? Pero yo llevaba mi revólver, no iba a tener ningún problema. Todo iba a salir bien. (Cómo aborrezco subrayar palabras al escribir a máquina, aunque con frecuencia es necesario). Solo cuando aquella hermosa mujer (¡Oh, Dios, sí que era hermosa!) me sirvió la última copa de la otra botella (no de la que había bebido antes) fui consciente exactamente de cuál era mi situación. Le pedí que abriera un poco las cortinas y mientras ella lo hacía derramé el (sin duda adulterado) contenido del vaso por dentro de mis pantalones, para dar la impresión de que había sido incapaz de controlarme. (Sé que comprenderá usted lo que, con tanta delicadeza, he intentado expresar). Debe entender que, llegados a ese punto, ella ya estaba total e impúdicamente desnuda y yo justificadamente excitado.

»¿Y después? Después representé mi papel con absoluta profesionalidad, si puedo expresarlo así. Emitiendo sonidos somnolientos y asumiendo la actitud de un hombre completamente noqueado (como dirían los norteamericanos). Luego la mujer salió, y tras oír algunos susurros al otro lado de la puerta me di cuenta de que había alguien más en la habitación. Dejémoslo ahí.

»Me estoy cansando de tanto escribir a máquina, pero es importante que continúe un poco más.

»Se comportó usted como un idiota cuando era estudiante al malgastar de esa manera el precioso talento de una mente ágil y privilegiada. Fui yo (o fue quien esto suscribe) quien corrigió algunos de sus exámenes de Clásicas, e incluso entre las numerosas evidencias de su espantosa ignorancia había momentos de una extraña lucidez y sensibilidad. No obstante, desde entonces se ha ganado usted una distinguida reputación detectivesca (como habría dicho Dickens) y yo estaba ansioso por que fuera un cerebro digno el que se enfrentara al mío. ¿Por qué si no iban a descubrir un cadáver en ese lugar? ¿Quién se aseguró de que fuera encontrado

en Thrupp, tan cerca de su casa, por así decirlo? Sospecho que a estas alturas casi habrá averiguado ya por qué no pude dejar la cabeza y las manos para que pudieran examinarlas. Sí, eso creo. De haberlo hecho habría tenido usted la certeza de que no era mi cadáver, y mi intención era obligarle a afilar su intelecto, por así decirlo. Pues (¡créame!) tendrá que estar tan afilado como la espada de Aquiles antes de finalizar la investigación. He aquí, no obstante, una oportunidad para demostrar la clase de cualidades que parecía poseer en sus días de estudiante en Oxford. Quizá este caso le brinde la ocasión de acabar con algún viejo fantasma, pues sin duda esta vez le concederé (si bien de manera póstuma) una matrícula de honor si logra desentrañar la inevitable (y en el fondo tan simple) lógica de todos estos extraños acontecimientos.

»No volveré a ponerme en contacto con usted y le aconsejo que no intente buscarme, pues no conseguirá dar conmigo.

»*Post scriptum*: Acabo de leer esta carta de principio a fin y deseo disculparme por el exceso de paréntesis. (Rara vez me dejo influenciar por la obra de Bernard Levin)».[17]

[17] Periodista, autor y locutor inglés, descrito por *The Times* como «el periodista más famoso de su época».

23

Lunes, 28 de julio

La investigación prosigue trazando una clara línea divisoria entre las indagaciones necesarias.

Tenían demasiadas pistas y desde el punto de vista de Morse y Lewis había cuatro áreas fundamentales de investigación:

1. ¿Cuáles eran los hechos reales de aquel lejano día en el desierto, cuando Browne-Smith se enfrentó a una auténtica prueba de carácter y (al parecer) fracasó de forma lamentable?
2. ¿Dónde encajaba exactamente Westerby (un nombre que ahora no dejaba de salir a relucir por doquier) en esta trama cada vez más compleja?
3. ¿Quién era la persona a la que Browne-Smith había visto después de su anticlimático encuentro sexual con la seudónima «Yvonne»?
4. ¿Y (la cuestión más vital de todas con diferencia para Morse) de quién era el cadáver que habían encontrado?

Obviamente los hilos de todas estas preguntas se entrelazarían en muchos puntos; sin embargo, a los dos detectives les pareció sensato que cada uno llevara a cabo su propia investigación durante uno o dos días; con Lewis concentrando su atención en las dos primeras áreas y Morse en las dos últimas.

Lewis pasó la mayor parte de la mañana al teléfono, llamando, entre otros números, a la Oficina de Guerra, al Ministerio de Defensa, al Cuartel General del Regimiento de Wiltshire y a la Unidad Territorial en Devizes. Fue una tarea larga y frustrante,

aunque a la hora de comer había reunido gran cantidad de información, en su mayoría inútil, pero en algunos casos de vital importancia.

Primero obtuvo más información sobre Browne-Smith: capitán, comandante en funciones (Caballería Real de Wiltshire); sirvió en el norte de África (1941-42); herido en El Alamein; Italia (1944-45); condecorado con la Cruz Militar (1945).

En segundo lugar, hizo algunas averiguaciones sobre Gilbert. Había habido tres hermanos Gilbert: Albert, Alfred y John. Todos combatieron en El Alamein; los dos primeros, con el rango de cabo, habían sobrevivido a la campaña (aunque ambos habían sido heridos); el tercero, el hermano menor, había muerto en la misma campaña militar. Eso era todo.

Eso no podía ser todo, Lewis estaba seguro. Y en la sede de la Legión Británica de Swindon averiguó la dirección de un hombre de los Wiltshires que había tenido que conocer bastante bien a los hermanos Gilbert. Inmediatamente después de comer, Lewis estaba conduciendo por la A420.

—Sí, sargento, los conocí. Es curioso, yo también fui sargento, ¿sabe? Sí, Alf y Bert, eran como dos gotas de agua. Uno de ellos resultó herido en la pierna con fragmentos de metralla. Y yo lo mismo en la cabeza. Estuvimos juntos un tiempo en el hospital de campaña, aunque no recuerdo gran cosa. Eran buenos muchachos, los dos.

—¿Conoció usted al otro? —preguntó Lewis.

—¡A Johnny! Así se llamaba. Apenas lo conocí.

—¿No sabe cómo murió?

—No, no lo sé.

—Eran todos conductores de tanque, ¿verdad?

—Todos, igual que yo.

—¿Y él murió en su vehículo?

Por segunda vez el hombre pareció perder el hilo, algo

desconcertado, y Lewis se preguntó si su memoria era fiable.

—Hubo un pequeño accidente, si no recuerdo mal. Pero no estaba con nosotros esa mañana, sargento, cuando subimos a Kidney Ridge.

—¿No recuerda qué clase de accidente?

—No, creo que fue en la base. Aunque hay muchos accidentes en tiempos de guerra, sargento. Más de los que se suelen reconocer al volver a casa.

Era un tipo interesante, un viudo de sesenta y nueve años para el que, al parecer, la guerra había sido el único entreacto importante en una vida en gran medida anónima, pues no transmitía auténtica tristeza al recordar aquellas semanas y meses de combates en el desierto, solamente una casi comprensible nostalgia. De modo que Lewis se limitó a ir anotando los hechos a mano, con penosa lentitud, y luego se marchó.

Morse no estaba en la oficina cuando Lewis regresó a las cuatro y media de la tarde, algo que curiosamente le gustó. Durante todo el camino de vuelta desde Swindon había estado preguntándose qué clase de accidente sufrió el pequeño de los Gilbert. Sospechaba que de haber estado Morse allí lo habría adivinado al instante y le resultó agradable para variar intentar resolver por sí mismo el problema, con su parsimonia habitual. Volvió a llamar a la Oficina de Guerra, le pasaron con la sección de Archivos y no tardó en darse cuenta de que aquello era importante.

—Sí, creo que podríamos ayudarlo. ¿Dice usted que es de la policía del Valle del Támesis?

—Así es.

—¿Por qué necesita información sobre este hombre?

—Es en relación con un caso de asesinato, señor.

—Entiendo. ¿Cuál es su número? Debemos ser muy cautelosos, aunque usted ya sabe todo eso.

Su voz era como el monótono ladrido de una ametralladora.

De modo que Lewis le dio su número de identificación; treinta segundos después sonó el teléfono y recibió una información extraordinariamente valiosa. El soldado John Gilbert del Real Regimiento de Caballería de Wiltshire no murió en la batalla de El Alamein. Ni siquiera participó en ella. La noche antes de la ofensiva cogió su rifle reglamentario, se metió el cañón en la boca y se voló la cabeza de un tiro. El incidente fue silenciado por el alto mando y por razones obvias en aquel momento. Por supuesto, unas pocas personas lo supieron. Tenían que saberlo. Pero oficialmente John Gilbert murió en servicio activo en el desierto y esa era la información que recibieron la familia y los amigos.

—Todo esto es estrictamente confidencial, ¿comprende?

—Por supuesto, señor.

—Ese tipo de cosas nunca son buenas para la moral, ¿no le parece?

Morse estaba teniendo un día mucho menos productivo. Era consciente de que con la primera de sus tareas autoimpuestas no iba a avanzar mucho de momento, pues eso requeriría algunas investigaciones nada desagradables en el Soho, un viaje que había planeado para el día siguiente. Lo que de nuevo lo obligaba a enfrentarse con el viejo y tentador problema que monopolizaba su mente desde el principio del caso: la identidad del cadáver. A partir de las embarazosas pruebas que contenía la carta de Browne-Smith, las mayores probabilidades sin duda debían recaer ahora sobre el hombre con el que Browne-Smith se había encontrado finalmente en Londres. Pero ¿quién era ese hombre? ¿Había sido Gilbert, tal como sugería tan obviamente la carta? ¿O el cadáver era el de Westerby? Si Browne-Smith había asesinado a alguien, entonces Westerby era el candidato más probable. ¿O quizá el cuerpo era el de una persona que no había aparecido hasta el momento en la investigación? ¿Un completo desconocido que únicamente haría su dramática aparición al final del quinto acto? ¿Una especie de *deus ex machina*? Morse

dudó de esta última opción y entre sus dudas emergió de repente la increíble ocurrencia de que pudiera haber una cuarta posibilidad. Y cuanto más pensaba Morse en ella, más se convencía de que el cuerpo hinchado y blanqueado por las aguas del canal podía ser el del doctor Browne-Smith.

De camino a casa esa noche, Lewis decidió arriesgarse a provocar la ira de su mujer y enfrentarse a la perspectiva casi segura de cenar patatas fritas recalentadas para visitar a Simon Rowbotham en Botley.

Simon Rowbotham lo invitó a entrar en la pequeña casa adosada donde vivía con su madre. Lewis declinó la invitación y en el umbral de la puerta averiguó que Simon había sido uno de los tres pescadores que descubrieron el cadáver, y que había sido él, Simon, quien se había ofrecido voluntario al instante para llamar a la policía en vez de seguir contemplando el horror que acababa de emerger de las aguas. Pescaba a menudo en Thrupp a orillas del canal, un lugar idóneo para especialistas como él. Casualmente estaban a punto de formar un nuevo club de pesca allí, para el que se había ofrecido voluntario como secretario. De hecho (justo cuando llegó Lewis), había estado revisando una prueba para el membrete de la nueva asociación con intención de llevarlo a la imprenta. Había logrado el apoyo de algunas personas bastante conocidas y era evidente que el mundo de Simon Rowbothan estaba entrando en una fase emocionante.

Lewis esperó hasta las ocho y media para llamar por teléfono a Morse (que había estado extrañamente ausente desde la hora de comer). Le localizó en su casa y enseguida le dio el parte de su día de trabajo.

Cuando el sargento concluyó su informe, Morse apenas logró contener la emoción en su voz.

—Vuelva a contarme todo eso de John Gilbert, si es tan amable, Lewis.

Y Lewis repitió, con tanta exactitud como pudo, todo lo que le había contado el archivero de la Oficina de Guerra. Y se sintió muy satisfecho al hacerlo, pues sabía que la información era del gusto de su jefe, un jefe que, casualmente, ya había adivinado toda la verdad sobre el episodio del desierto.

—Un trabajo fabuloso, viejo amigo. ¡Bien hecho!

—¿Ha averiguado usted algo nuevo, señor?

—¿Yo? Bueno, lo cierto es que sí y no. He estado, eh, pensando en el caso prácticamente todo el día. Pero no es nada sorprendente.

—En cualquier caso, ¡que tenga un buen día mañana en Londres, señor!

—¿Qué? ¡Ah, sí, mañana! Lo llamaré, eh, si averiguo algo interesante.

—Posiblemente lo hará, señor.

—¿Cómo? Ah, sí. Puede que sí.

Cabe añadir, como nota algo pesimista con respecto a los eventos descritos en este capítulo, que si Lewis hubiera mostrado un poco más de interés por la información sobre la nueva asociación de pescadores y hubiera pedido ver la prueba de impresión del membrete del club (aunque, claro, ¿por qué iba a hacerlo?), habría descubierto que uno de los dos vicepresidentes honorarios listados en la esquina superior izquierda de la página era un hombre cuyo nombre ya le resultaba sobradamente conocido: el del señor G. Westerby (Escuela Lonsdale, Oxford).

24

Martes, 29 de julio

Morse parece tener un poderoso efecto sobre dos mujeres, a una de las cuales no conoce.

La visita a Lonsdale a las diez y media de la mañana fue agradablemente productiva para Lewis, pues la secretaria de la escuela (Lewis le caía bien) le ofreció una taza de café y se mostró dispuesta a hablar abiertamente sobre Westerby como persona. De modo que Lewis tomó sus notas. Luego hizo alguna averiguación sobre coches, pues (a pesar de la aparente indiferencia de Morse al respecto) a él le parecía muy importante descubrir exactamente cómo se había transportado el cadáver desde Londres hasta Thrupp. Y supo que Browne-Smith (sin duda por prescripción médica) había vendido su Daimler hacía aproximadamente un mes, mientras que Westerby seguía conduciendo su Metro de color rojo, que se veía ocasionalmente aparcado en el patio delantero de la escuela.

—¿Y para qué quería Westerby el coche, viviendo en la escuela? —preguntó Lewis.

—No lo sé. Es bastante discreto. No habla con nadie de lo que hace.

—Seguro que va a alguna parte.

—Supongo que sí —dijo ella asintiendo tímidamente.

—Es un buen cochecito, el Metro. ¡Económico!

—Y con mucho espacio en la parte trasera. Se pueden quitar los asientos y caben un montón de cosas, ¿sabe?

—Eso me han dicho, sí.

—¿Tiene usted coche, sargento?

—Tengo un viejo Mini, aunque apenas lo uso. Normalmente voy a trabajar en autobús y luego uso el coche patrulla.

La secretaria de la escuela bajó la vista hacia su mesa.

—¿El inspector Morse tiene coche?

A Lewis le extrañó la pregunta.

—Tiene un Lancia. Ha tenido un Lancia desde que lo conozco.

—¿Hace mucho que lo conoce?

—Bastante.

—¿Es un hombre agradable?

—Bueno, yo no lo describiría precisamente como «agradable».

—¿Le cae bien?

—No creo que Morse sea de «caer bien». No es esa clase de persona, la verdad.

—Pero ¿usted se lleva bien con él?

—Normalmente. Bueno, verá, es el hombre más excepcional que he conocido, eso es todo.

—También él debe pensar que es usted un hombre excepcional. Si trabaja siempre con usted, quiero decir.

—¡No! Yo solo, en fin… —Lewis no supo cómo terminar la frase y sintió un pellizco de orgullo al escuchar aquel sutil halago—. Entonces, ¿lo conoce usted, señorita?

Ella negó con su hermosa cabeza.

—Hablé con él por teléfono una vez, eso es todo.

—Oh, por teléfono es terrible. Siempre parece tan, no lo sé, tan arrogante y desagradable.

—¿Quiere decir que en realidad no es así?

—No, la verdad —respondió Lewis en tono tranquilo.

Entonces se dio cuenta de que la amable secretaria de la escuela había desviado súbitamente la mirada desde él hacia un hombre al que no conocía ni había visto nunca, y durante un segundo sintió una punzada de celos.

¡Morse!

A las once de la mañana Morse bajó las escaleras de la raída moqueta roja, atravesó las sucias cortinas carmesí y siguió el mismo camino que Browne-Smith había recorrido dieciocho días antes que él. Se sentó a una mesa del bar de toples El Flamenco y le dijo qué quería a una camarera de piel blanca como la leche. La transacción no duró mucho tiempo y después la valiente antagonista de Browne-Smith detrás de la barra resultó no ser rival para él, pues, por alguna razón, no se atrevía a sugerirle a aquel hombre de ojos de color gris azulado y ralo pelo gris que podía ir a la sauna si deseaba alguna clase de gratificación sexual. Aquel hombre le parecía frío e indiferente y cuando él la miró con intensa fijeza, se sorprendió respondiendo sus preguntas de manera casi hipnótica. De ese modo, muy poco tiempo después, Morse había atravesado la puerta con el cartel de PRIVADO situada en la parte trasera del bar de copas.

A la una de la tarde se dirigía en taxi a una dirección que ya conocía, una dirección claramente escrita en su cerebro desde esa misma mañana, al abandonar el andén 1 en Oxford y el tren de las nueve y doce. Tal vez habría sido mejor echarlo todo a perder; aunque en términos generales decidió que no, incluso a pesar de no haber sentido el más mínimo atisbo de excitación mientras una de las chicas sentada frente a él sorbía lánguidamente su exótica bebida.

De momento todo iba bien y había sido relativamente fácil. Los contornos del dibujo se confirmaban en todas las etapas: Gilbert (tenía un gemelo, según le había contado Lewis…, ¡interesante!) consigue de manera fortuita un cliente en Oxford, y frente al apartamento de dicho cliente, escrito en letra gótica sobre la puerta, ve un nombre que quedó indeleblemente impreso en su mente años atrás; con considerable habilidad (esto era indudable) logra atraer a este hombre hasta Londres a la dirección que Morse acababa de indicarle al taxista, la misma dirección que Morse memorizó de las cajas de madera del apartamento de Westerby en la escalera T: Cambridge Way 29, Londres, WC1. Pero ¿qué pasó después de que

el desconfiado e ingenioso Browne-Smith se enfrentara a su segunda prueba de coraje personal? ¿Qué sucedió exactamente cuando «Yvonne» se marchó y entró esa otra persona?

Estas disquisiciones ocupaban a Morse mientras el taxi se abría paso entre el tráfico hacia Cambridge Way (por una ruta extremadamente enrevesada, por cierto). Aunque también pensaba en otras cosas: por supuesto, podría reclamar el precio íntegro del billete de tren (en primera clase, aunque por lo general él viajaba en segunda), el del metro y la carrera del taxi, la comida… Sí, sin duda podía sacar lo suficiente para instalarse alegremente, durante el viaje de vuelta, en el vagón restaurante y disfrutar de un par de escoceses a expensas de otro. ¿Podría justificar también en la nota de gastos un dispendio tan absurdo como «Venganza Flamenca – 6 £»? Probablemente no, concluyó.

Bajó del taxi y se detuvo ante la puerta del número 29.

25

Martes, 29 de julio

Lewis vuelve sobre sus pasos y lleva a cabo
unos sorprendentes nuevos descubrimientos.

Lewis estaba de vuelta en la comisaría a las once y media de la mañana, con la sensación de que sin alguna indicación de su superior sería incapaz de avanzar un paso más. Por un momento, sin embargo, también sintió que estaba harto de recibir tantas órdenes y a mediodía tomó la firme decisión de volver a visitar la escena del crimen, sin estar del todo seguro de por qué.

Después de beber media pinta de cerveza tostada en el Boat Inn, salió por la carretera que bordea el canal hacia el puente Aubrey. Pero esa mañana no había pescadores y desvió su atención a la izquierda mientras caminaba despacio, fijándose una vez más en los autoritarios carteles dispersos a lo largo de la pulcra calle en suave pendiente: NO ATRACAR DELANTE DE LAS CASAS. Era obvio que aquella gente velaba celosamente por su territorio, y también era lo bastante rica para poseer sus propios barcos y considerar como una especie de derecho divino el poder amarrarlos a voluntad justo delante de sus porches esmeradamente pintados.

Entonces algo despertó de repente en la mente de Lewis. Si toda esa gente estaba tan ansiosa por preservar sus derechos y su privacidad, si todas esas agudas miradas vigilaban celosamente la orilla en busca del menor indicio de intrusión en su territorio, entonces sin duda en esa apacible calle sin salida que no llevaba a ninguna parte, donde apenas había espacio suficiente para hacer un cambio de sentido en coche… ¡Sí, seguro que alguien había visto

algo! Porque era claro que habrían arrojado el cadáver al canal desde el maletero de un coche. ¿Cómo si no? Sin embargo, el propio Lewis había interrogado a los inquilinos y nadie había mencionado ningún coche desconocido. Por supuesto, no tenía por qué haber gente en todas las casas en ese momento. Tal vez los propietarios habían salido a navegar, a hacer la compra en Oxford o estaban en sus residencias de la ciudad aguardando la llegada del fin de semana para relajarse en sus apacibles casitas de campo.

Lewis llegó al final del camino y al detenerse bajó la vista hacia el agua, observando el lugar donde habían encontrado el espantoso cadáver. No sacó en conclusión nada nuevo. No obstante, mientras regresaba vio que la tercera casa desde el otro extremo de la calle estaba en venta y no pudo evitar preguntarse si una propiedad así sería una buena inversión para su mujer y él cuando le llegara el momento de jubilarse. Jubilarse… Y de repente se le ocurrió una emocionante idea. Llamó con fuerza a la puerta de la vivienda en venta; nadie respondió. Luego probó suerte en la casa de al lado y le abrió la puerta un muchacho pecoso de unos doce años.

—¿Está tu madre en casa, o tu padre?

—No.

—Solo quería preguntar por esa casa de ahí —dijo Lewis, señalando la propiedad vacía.

—Piden veinte mil por ella y el tejado tiene goteras.

—Eso es mucho dinero.

—No lo vale. Lleva un par de meses en venta.

Lewis asintió, evaluando a aquel incipiente tasador inmobiliario.

—¿Vives aquí? —El muchacho asintió—. ¿Conocías a la gente de al lado, antes de que pusieran la casa en venta?

—No había gente.

—¿No?

El muchacho parecía algo desconfiado, pero parpadeó y asintió.

—No.

—¡Mira! —dijo Lewis—. Soy policía y…

—Lo sé. Le vi la otra vez que estuvo aquí.

—¿No tendrías que haber estado en el colegio?

—Tenía el sarampión. Estuve mirando por la ventana.

—¿No viste nada sospechoso? Antes, quiero decir. —El chico negó sin decir nada—. Decías que no había «gente» en la casa de al lado.

—No estará metido en problemas, ¿verdad?

El chico alzó su cara pecosa hacia Lewis visiblemente nervioso, como si le preocupara de veras que el anterior propietario pudiera haber caído en desgracia.

—No, que yo sepa.

El chico bajó la vista al suelo y habló lentamente:

—Se portaba bien conmigo. Me llevó en su Metro una vez a King's Weir. Era un pescador increíble el señor Westerby.

Un Jaguar hizo sonar imperiosamente la bocina cuando Lewis giró a la izquierda para incorporarse a la carretera general en dirección a Kidlington, y el sargento se dio cuenta de que tenía la mente en otra parte. Acababa de descubrir un vínculo extraordinariamente importante entre Westerby y el muelle de Thrupp. Y si alguien había llevado un cadáver en coche desde Londres (y sin duda alguien había tenido que hacerlo), ver un Metro de color rojo conocido circulando por el barrio no despertaría las sospechas de ningún vecino. Sería coser y cantar, si ese alguien que había llevado el cadáver vivía allí. Es más, ese era el único coche que había salido a relucir en el caso hasta el momento, puesto que el doctor Browne-Smith había vendido su gran Daimler de color negro.

Lewis giró hacia la comisaría y se sentó en el escritorio de Morse, dejando que sus efervescentes pensamientos se apaciguaran. El gran archivador verde que contenía la escasa documentación del caso estaba abierto delante de él y comenzó a hojear los informes, casi todos suyos. De hecho (pensó), dijeran lo que dijeran, lo cierto era que solo había dos auténticas pistas: el traje y el fragmento de la carta. Sí, y esa carta estaba ahora ahí, en sus manos, junto a la meticulosa reconstrucción de la totalidad escrita por Morse. Volvió a

mirar la mitad rasgada y la «G» final de la línea 7 y la «J» final de la línea 15 le gritaron de repente desde la página. ¿Podía ser?

Dejó el coche patrulla aparcado frente a la Escuela de Exámenes, montado a medias sobre la acera, sintiéndose como un jugador nervioso en una casa de apuestas antes de ver los resultados. Las listas seguían expuestas en el vestíbulo de entrada. No tardó en encontrar el tablón de anuncios con la de honores finales en Geografía y enseguida leyó los nombres. ¡Vaya! No solo podía ser, sino que era. «Jennifer Bennet». Ahí estaba, en lo más alto, esa maravillosa muchacha cuyo nombre empezaba por «J», a la que había encontrado en el listado de materias que comenzaba por «G». Y la escuela, Lonsdale. Lewis apenas podía creer lo que veían sus ojos, o la suerte que había tenido. Y había más por venir, ¡pues el último nombre del sexteto examinador no era otro que el de Westerby!

Lewis regresó entusiasmado a Kidlington, pero incluso mientras conducía empezó a darse cuenta de la conflictiva naturaleza de sus hallazgos de esa mañana. La mayor parte de lo que había averiguado apuntaba con llamativa insistencia en una dirección, en dirección a George Westerby. Y con Browne-Smith como el cadáver y Westerby como el asesino, casi todo encajaba con los hechos a la perfección. Excepto… excepto esa última parte. Porque si le habían escrito la carta a Westerby y no a Browne-Smith…, ¡oh, Dios! Lewis empezaba a estar un poco perdido. Se preguntó si Morse habría tenido una mañana igual de provechosa en Londres, aunque lo dudaba, lo dudaba de veras. ¡De cualquier modo, ahora necesitaba hablar con Morse!

De nuevo en el despacho, Lewis mecanografió sus hallazgos y, aunque la ortografía nunca había sido su fuerte, quedó bastante satisfecho con su último informe, particularmente con esta breve semblanza de Westerby:

Londinense. Pequeño, atildado y presuntuoso – ligeramente sordo – muy reservado. Tiende a bizquear un poco, aunque quizá se deba a su costumbre de llevar el cigarrillo encendido en la comisura de los labios.

26

Martes, 29 de julio

Incapaz de obtener respuestas en la casa de Cambridge Way,
Morse reflexiona ahora sobre su encuentro con
el gerente del bar de toples El Flamenco.

Igual que Browne-Smith antes que él, Morse subió lentamente los pequeños escalones del número 29 y llamó al timbre, y tampoco lo oyó resonar al otro lado de la gran puerta de color negro. Volvió a llamar, fijándose, como lo habría hecho Browne-Smith, en el letrero que invitaba a contratar a Brooks & Gilbert (agentes exclusivos). Asintió con la cabeza casi imperceptiblemente y casi imperceptiblemente sonrió, aunque seguía sin detectar indicios de movimiento en la casa y se agachó para mirar a través de la reluciente rendija del buzón. Distinguió la alfombra verde claro sobre la amplia escalera justo enfrente; el lugar parecía sumido en un ominoso silencio. Cruzó al otro lado de la calle y alzó la vista hacia el edificio de cuatro plantas, admirando la elegante arquitectura y el progresivo escorzo de los marcos rectangulares de las ventanas, tras los cuales (hasta donde él podía ver) no detectó el más mínimo movimiento delator de las cortinas. De modo que siguió alejándose calle arriba, entró en un pequeño parque y se sentó en un banco a reflexionar un buen rato rodeado de palomas. Durante el trayecto en taxi había buscado el modo de minimizar los riesgos que ya había corrido esa mañana. Y, sin embargo, empezaba a darse cuenta ahora del peligro que había corrido en realidad, en especial después de cruzar el umbral de la puerta con el cartel de privado.

Había empezado a hablar con la voz monótona de alguien cuya

autoridad está por encima de los demás hombres.

—Me importa un cagarro si me lo cuentas aquí y ahora, muchacho, o en una celda de la prisión de su majestad más cercana.

—No sé quién demonios se ha creído que es para hablarme de esa manera. Deje que le diga una…

—Antes de decirme nada llama a una de tus fulanas de ahí fuera, preferiblemente la que tenga las tetas más grandes, y dile que me traiga un escocés bien grande, a ser posible Bell's. Por supuesto, a cuenta de la casa, pues estoy aquí para ayudarte, muchacho.

—Iba a decirle que tengo amigos aquí que le patearían el culo encantados a alguien como usted.

—¿Amigos, dices?

—¡Sí, amigos!

—Si lo dices en serio, muchacho, dudo sinceramente que vayan a darte las gracias por meterlos en este asuntillo para vérselas conmigo.

—¡Son mucho más duros que usted, tronco!

—¡Oh, no! Lo has entendido todo mal, muchacho. Y otra cosilla. Puedes jurar y maldecir cuanto quieras delante de mí, ¡pero ni se te ocurra volver a llamarme tronco! ¿Entendido? Te he dicho quién soy y no pienso volver a repetirlo.

El gerente tragó saliva.

—Supongo que va a decirme que tiene un furgón lleno de polis esperando en la calle. ¿Es eso?

Morse se permitió esbozar una tibia sonrisa.

—No, no es eso. Estoy aquí exclusivamente por mi cuenta. Es más, nadie sabe que he venido. Bueno, casi nadie, para ser sinceros. Y si tú y yo nos entendemos, esto ni siquiera tiene por qué salir de aquí. La verdad es que no es necesario, ¿no crees?

El gerente se estaba mordiendo con fuerza la uña del índice izquierdo y Morse aprovechó su obvia ventaja para llegar adonde quería.

—Deja que te dé un pequeño consejo. No eres un delincuente, no estás en la misma liga que la mayoría de esos asesinos tarados con

los que tengo que lidiar a diario. E incluso si lo fueras no necesitaría una cuadrilla de policías para cubrirme las espaldas. ¿Sabes por qué, muchacho? —Morse guardó silencio durante unos segundos antes de fijar la mirada, con maníaca ferocidad, en el joven que estaba sentado frente a él. Luego negó casi apesadumbrado—. No, no lo sabes, ¿verdad? Pues déjame explicártelo. Es porque los arcángeles me protegen, muchacho. Siempre lo han hecho. ¡Y sobre todo cuando ejerzo mi actual vocación de protector de la Ley y la Justicia eternas!

Morse enfatizó teatralmente los nombres de tan poderosos personajes, y por pomposo que sonara también resultó intimidante.

Sin duda ese fue el efecto que tuvieron sus palabras en el gerente, pues de pronto dio la impresión de tener poca fe en la posibilidad de salir victorioso de un enfrentamiento con el arcangélico trío que al parecer velaba por el inspector. Caminó hasta la puerta y su voz resonó súbitamente resignada en la pequeña habitación cuando le pidió a «Racquel» dos escoceses dobles, al tiempo que para un algo asustado Morse la posibilidad de aparecer muerto o agonizando en algún recóndito callejón del Soho se reducía poco a poco.

La historia del gerente fue breve.

El club estaba registrado a nombre de Empresas del Soho S. L., aunque él nunca había conocido personalmente a nadie de ese sindicato (o eso pensaba). Los negocios se llevaban a cabo a través de un intermediario de sobria vestimenta, un tal señor Schwenck, que visitaba periódicamente el bar para echar un vistazo, recaudar las ganancias y pagar los salarios. Hacía unas tres semanas (no se acordaba con exactitud), el señor Schwenck les anunció que pronto pasaría por allí cierto señor William, que dicho señor William haría saber lo que deseaba y debían atenderlo sin hacer preguntas. Al final, el barbudo señor William no pidió gran cosa, rechazando por igual las ofertas de hospitalidad del bar y de las camareras sin sujetador. Tras tomar prestado un proyector y dos bobinas de películas pornográficas, dijo que volvería a la mañana siguiente. Y así lo hizo, trayendo consigo en dicha ocasión una tarjetita azul

(entregada por el gerente) y una casete con música de piano (que le dio a la muchacha que estaba detrás de la barra). Después se quedó en silencio junto a la barra, leyendo un libro de bolsillo y bebiendo medio vaso de zumo de lima. Otro hombre (según le dijeron al gerente) vendría probablemente esa mañana y en algún momento ese nuevo cliente sería acompañado a la oficina, donde le entregarían la tarjeta azul y una dirección. Eso era todo.

El joven no parecía abiertamente deshonesto (aunque sí visiblemente incómodo) mientras contaba esta pequeña historia, y Morse decidió creerlo.

—¿Cuánto te llevas tú? —preguntó.

—Nada. Yo solo…

—¿Un par de cientos?

—Ya se lo he dicho.

—¿Quinientos?

—¿Qué? ¿Solo por…?

—Olvídalo, muchacho. ¿Qué había en la tarjeta?

—Nada, en realidad. Solo era una de esas tarjetas que, eh, te permiten entrar en ciertos lugares.

—¿En qué lugar?

—Eh, no lo recuerdo.

—¿No lo anotaste?

—No. Lo memoricé.

—¿Tienes buena memoria?

—Bastante.

—Pero ahora no lo recuerdas.

—No. Fue hace bastante.

—¿Cuándo exactamente?

—No lo sé.

—¿El viernes? ¿El viernes 11 de julio?

—Podría ser.

—¿Recuperaste el proyector y lo demás?

—Por supuesto que sí.

—¿Al día siguiente?

—Sí, eh, creo que fue al día siguiente.

Por primera vez Morse estaba convencido de que el hombre mentía. Pero ¿por qué (se preguntó Morse) en aquel detalle en particular?

—Sobre esa dirección, ¿era por casualidad un número de Cambridge Way?

Morse notó la chispa de reconocimiento en los ojos del gerente y estaba a punto de repetir la pregunta cuando sonó el teléfono. El gerente descolgó el auricular y se lo acercó bruscamente a la oreja derecha.

—Sí (Morse no podía oír la voz de quien llamaba). Sí (una fugaz e involuntaria mirada a Morse). Sí (sin duda estaba nervioso). Está bien (¿había ahora un súbito alivio en la mirada del gerente?).

Morse extendió el brazo de repente sobre la mesa y le arrebató el auricular: solo oyó el sordo zumbido del tono de llamada.

—Era la parienta, inspector. Quiere que lleve a casa dos kilos de patatas. Dice que se nos han terminado. Ya sabe cómo son las mujeres.

Había ocurrido algo, Morse estaba seguro. El joven gerente había recuperado la confianza por alguna razón y Morse empezó a preguntarse si sus santos patrones, Miguel, Rafael y Gabriel, no tendrían que acudir después de todo a luchar por su causa. Oyó abrirse la puerta lentamente a sus espaldas: no fue la voluptuosa Racquel quien entró con otros dos escoceses dobles. En el umbral apareció un chino diminuto de unos treinta años, con los brazos morenos bajo la camisa blanca de manga corta, tan brillantes y nudosos como los miembros de un caballo favorito del Derby en la pradera de Epsom. A Morse le resultó un poco humillante sentirse intimidado de repente por semejante homínido, pero así era. Se levantó de la silla, apartó la mirada de las hostiles rendijas horizontales que eran los ojos del chino y dio las gracias cívicamente al gerente por su colaboración, lamentando que a esas alturas se sintiera demasiado decrépito incluso para apuntarse a las clases de kungfu que anunciaban cada semana en *The Oxford Times*. El chino

le indicó amablemente que volviera a sentarse y pasó más de media hora (un periodo de encierro en el que, no obstante, no fue objeto de ningún hostigamiento) antes de que Morse pudiera abandonar el bar de toples, de cuyas profundidades emergió al mundo exterior justo después de la una de la tarde inhalando, profundamente agradecido, los asquerosos humos de los coches que rodeaban Piccadilly Circus y cruzando con cuidado al lado oeste, donde solo tuvo que esperar un par de minutos antes de que un taxi se detuviera a su lado.

—¿Adónde, jefe?

Morse se lo dijo, convencido de que prefería infinitamente «jefe» antes que «tronco».

27

Martes 29 de julio, por la tarde

En el que Morse visita un bloque de apartamentos de lujo en el centro de Londres, donde vislumbra fugazmente a uno de sus enigmáticos inquilinos y examina durante más tiempo a nuestro segundo cadáver.

Morse llevaba más de media hora sentado, reflexionando sobre esto y aquello, cuando se dio cuenta de que estaba en un parque en pleno horario de apertura con un *pub* a cincuenta metros de distancia, en la esquina de la plaza. Sin embargo, de algún modo sentía que los acontecimientos se aceleraban y caminó junto al duque de Cambridge, subió los escalones del número 29 y llamó al timbre una vez más. Esta vez tuvo suerte, pues un par de minutos después la gran puerta negra se abrió.

—¿Sí, jefe?

Era un hombre de expresión triste de unos sesenta y cinco años. Sudaba ligeramente bajo un mono de trabajo color beis sosteniendo una mopa de conserje de mango largo con una mano mientras con la otra ajustaba el volumen de un audífono de la Seguridad Social.

Morse explicó quién era y después de enseñar su identificación el otro le permitió pasar con visible reticencia. Después de presentarse como Hoskins (pronunciado «'oskins»), el hombre informó a Morse de que llevaba poco más de un año como portero del edificio. De martes a viernes, de 8.45 de la mañana a 4.30 de la tarde, su trabajo consistía en vigilar la propiedad y hacer limpieza general durante dicho horario.

—Es un buen trabajo, jefe.

—Por lo que veo aún hay algunos pisos sin vender.

—Ah, no. Ya se han vendido los dos. Lo cierto es que tendría que haber retirado el cartel. Aunque supongo que es bueno para el negocio.

—¿Se han vendido los dos?

—Sí, jefe. Uno lo compró un caballero de Oxford hace un par de meses.

—¿Y el otro?

—Hace unos días. Un caballero extranjero, me parece.

—El de Oxford es el señor Westerby, ¿verdad?

—Entonces, ¿lo conoce?

—¿Está aquí?

—No. Creo que no he vuelto a verlo desde que vino a conocer el piso. —El hombre vaciló—. No ocurre nada malo, ¿eh?

—Me temo que sí, señor Hoskins. Será mejor que me enseñe su apartamento, si es tan amable.

Bastante laboriosamente, el hombre se adelantó escaleras arriba hasta el primer piso, sacó una llave del bolsillo de su mono y abrió la puerta frente al rellano con la aprensión de quien espera toparse con una carnicería sobre la alfombra. Lo único que evidenciaba la inmaculada alfombra gris claro de la pequeña antesala (por lo demás, desprovista de muebles) era que había sido metódicamente aspirada recientemente.

—La habitación principal está ahí, jefe.

Dentro de esta segunda estancia había media docena de pesados muebles de caoba instalados temporalmente junto a las paredes y más de la mitad del suelo estaba ocupado con cajones de madera rectangulares, varios apilados unos encima de otros, y cajas pulcramente etiquetadas con el nombre y la nueva dirección del Sr. G. D. Westerby, MA (cajas que Morse reconoció al instante, en especial una ya abierta que había albergado la cabeza de Gerardus Mercator, que ahora reposaba sobre la repisa de la chimenea).

—¿El señor Westerby ya ha estado aquí?

—Yo no lo he visto, jefe. Aunque pudo haber venido tarde, cuando

yo no estaba. Es lo que parece, ¿no?

Morse asintió, mirando distraído a su alrededor, y a continuación echó un vistazo en los armarios empotrados, ambos sin cerrar con llave, vacíos y polvorientos. Y, convencido de que algo allí no cuadraba del todo, Morse frunció el ceño.

—¿Pasó usted ahí la aspiradora? —preguntó, señalando la antesala.

El rostro del hombre (Morse lo habría jurado) había palidecido varios tonos.

—No. Yo, eh, como le he dicho, me encargo de la limpieza general del edificio, escaleras y esas cosas —respondió Hoskins.

Morse tuvo la sensación de que estaba mintiendo y no le costó adivinar por qué: un conserje en un edificio de apartamentos como este…, media docena de hombres acaudalados y caprichosos…, alguna que otra buena propina bajo manga de vez en cuando por limpiar el polvo y fregar… Sí, Morse se hizo una idea muy clara de la situación. Y era bastante probable que el conserje de semejante edificio estuviera al corriente de más cosas de las que estaba dispuesto a admitir acerca de lo que allí sucedía. Sin embargo, Morse había tenido poco éxito hasta el momento al intentar sonsacarlo, de modo que cambió el rumbo del interrogatorio.

—¿Le enseñó usted el apartamento al señor Westerby?

—No, fue uno de la inmobiliaria. Un tipo joven.

—¿Siempre es el mismo hombre?

—¿Perdone, señor?

—Me dijo que acababan de vender el otro apartamento.

—Ah, sí. No, yo no estaba aquí entonces.

—No es el propio señor Gilbert quien los enseña, sino ese joven que ha mencionado, ¿verdad?

—No sabría decirle. Nunca lo he visto en persona.

—Entiendo. —De nuevo Morse sintió que el hombre estaba ocultando algo y de nuevo apuntó a ciegas en la oscuridad—. Dígame, ¿cuándo volvió por aquí el señor Westerby? ¿Hace una semana, diez días?

—Ya se lo he dicho, señor. Solo coincidí con él esa vez, el día que vino a conocer el apartamento.

—Ya veo.

Pero Morse no veía nada, excepto que, lejos de hacer diana, probablemente había errado el tiro por completo. Sin ninguna intención clara se dispuso a mirar en la pequeña cocina y luego en el cuarto de baño. Lo único que le llamó mínimamente la atención fue que el parqué de ambas habitaciones estaba reluciente, lo que terminó por convencerlo de que Hoskins (casi con seguridad, contraviniendo su contrato) estaba cobrando bajo manga algún dinero extra sin dejar de usar la mopa y el detergente friegasuelos.

De modo que Morse bajó lenta y desconsoladamente la amplia escalera hacia la puerta principal siguiendo los pasos del quizá taimado conserje. Y en ese momento, de no ser por un azaroso suceso, quizá la simple aunque asombrosa verdad del caso podría no haber salido nunca a la luz. Pues Morse había escuchado un ascensor bajando y entonces vio a un hombre moreno de traje gris salir por un lateral del vestíbulo.

—Buenas tardes, señor —dijo Hoskins llevándose la mano a algún rizo imaginario de su calva coronilla.

El árabe de aspecto acaudalado caminaba en dirección opuesta a la puerta principal y, mientras lo observaba, Morse susurró a su acompañante:

—¿Adónde va?

—Hay un acceso trasero por ahí, jefe.

Morse apenas lo escuchó, porque el árabe había girado la cabeza y también miraba a Morse, frunciendo el ceño desconcertado y con cierta preocupación.

—¿Quién es? —preguntó Morse en voz muy baja.

—Vive en el…

De nuevo Morse dejó de prestarle atención, pues sus pensamientos ya estaban subiendo en el inesperado ascensor hacia plantas superiores.

—Termina pronto su jornada de trabajo, ¿eh?

—Seguro que puede permitírselo, jefe.

—Sí. ¡Igual que usted de vez en cuando, Hoskins! ¡Venga, lléveme al apartamento que se acaba de vender!

El pequeño pero extraordinariamente eficiente ascensor los llevó enseguida a la planta superior, donde Hoskins manipuló nervioso el manojo de llaves plateadas hasta encontrar la adecuada y abrió la puerta, dejando entrar al inspector.

Las cosas empezaban a encajar en la mente de Morse y cuando se detuvieron ante la puerta abierta ya había afinado su puntería.

—¿Le dieron la tarde libre, Hoskins?

—¿Qué tarde, jefe? —replicó el hombre de nuevo a la defensiva.

Aunque enseguida depuso su actitud.

Fue un viernes, confesó. Recibió una llamada telefónica y le dieron diez libras (¡ajá!) solo por no ir a trabajar.

Morse asentía para sí mientras recorría las habitaciones. Sí, los gemelos Gilbert. Uno de ellos era agente inmobiliario y el otro se dedicaba a las mudanzas. Vendían una propiedad y recomendaban una sólida y eficiente empresa de mudanzas; y si la compraban podían recomendar el mismo dechado de habilidades profesionales. Muy conveniente y también muy rentable. A lo largo de los años los dos hermanos habían sacado adelante un pequeño negocio perfectamente organizado.

Ahora Morse volvió a mirar a su alrededor aquel potencialmente lujoso apartamento en el centro de Londres: el pequeño recibidor, la sala de estar, el dormitorio, la cocina, el cuarto de baño. Todo recién decorado, aunque todavía sin alfombras ni cortinas. Y lo que desde luego no había era una pizca de ceniza de cigarrillo, ni siquiera una chincheta olvidada, sobre el entarimado de roble claro, tan inmaculado como el suelo de un barracón del Ejército antes de la inspección del oficial al mando.

—¿Ha limpiado usted aquí? —preguntó Morse.

Las paredes habían sido profesionalmente pintadas de lila, las puertas y los armarios empotrados estaban lacados en blanco. Y Morse, recordando de repente su piso de soltero con los antiguos y

robustos muebles de nogal que había heredado de su madre, empezó a imaginar un mobiliario más moderno, ligero y alegre, mientras abría uno de los armarios empotrados del dormitorio, muy amplio y con estantes a medida. ¡Y no había solo uno!

Pero el otro estaba cerrado con llave.

—¿Tiene la llave de esto, Hoskins?

—No, señor. Solo tengo las llaves de los apartamentos. Si la gente quiere tener sus cosas bajo llave, yo…

—¡Vamos a mirar en la cocina!

Junto al fregadero Morse encontró un destornillador, el único objeto (de cualquier clase) abandonado allí, al parecer, por el anterior propietario.

—¿Cree que esto servirá para abrirlo, Hoskins?

—Yo, eh, no quiero meterle en problemas, señor, ni a mí. No debería…, no creo que esté bien desordenar el lugar y romper cosas, señor.

(«Señor» iba camino de convertirse en la palabra del día).

Había llegado el momento, pensó Morse, de tranquilizar a aquel tipo.

—Mire, Hoskins, esto es responsabilidad mía. Estoy cumpliendo con mi deber de policía y usted con el suyo de buen ciudadano. ¿Me entiende?

El pobre desgraciado pareció sosegarse un poco y asintió en silencio. Y de hecho fue él quien, tras un breve e ineficaz intento por parte de Morse, demostró ser más hábil, pues consiguió introducir lo suficiente el destornillador en el hueco entre la puerta del armario y el marco para hacer palanca. Luego ambos hicieron fuerza y la cerradura se rompió, la madera saltó astillada y la puerta se abrió despacio. Dentro, en el suelo del profundo empotrado, yacía el cuerpo de un hombre con la cabeza hacia la pared. Y casi en el centro, entre los omóplatos, había un orificio en la chaqueta deportiva del muerto del cual aún fluía un lento aunque persistente goteo de sangre roja y brillante que había formado un oscuro charquito en el suelo. Casi escrupulosamente, Morse introdujo su

mano izquierda bajo la cabeza inerte y la giró hacia él.

—¡Dios mío!

Durante unos instantes los dos hombres contemplaron el rostro, que les devolvía la mirada con los ojos abiertos y desorbitados.

—¿Sabe quién es? —graznó Morse.

—No lo había visto nunca, señor. Se lo juro.

El hombre estaba temblando de pies a cabeza y Morse se dio cuenta de que estaba lívido y tenía la frente perlada de sudor.

—Tranquilícese, amigo —dijo Morse en tono amable y comprensivo —. Solo dígame dónde está el teléfono más cercano y luego lo mejor será que se vaya un rato a casa. Si es necesario ya lo llamaremos.

Morse estaba a punto de apoyar una mano en el hombro del conserje, pero el gesto de consuelo llegó demasiado tarde, pues ahora había otro cuerpo desplomado a sus pies.

Cinco minutos más tarde, después de marcar el 999 en el teléfono del salón y de enviar a casa al viejo (cuando logró que le dijera su nombre completo y su dirección de forma balbuceante), Morse volvió a examinar el cadáver tendido en el hueco del armario. Enseguida reparó en la diminuta esquina blanca de una tarjeta de presentación que sobresalía del bolsillo superior de la chaqueta y se agachó para sacarla. Había aproximadamente una docena de tarjetas parecidas, solo cogió una y, mientras la leía, en su rostro apareció un sombrío rictus de confirmación apenas perceptible. Lo habría sabido de todos modos porque había reconocido la cara al instante. Era la del hombre al que Morse había visto por última (y por primera) vez en el apartamento de George Westerby, catedrático de Geografía de la Escuela Lonsdale de Oxford: la cara del señor Albert Gilbert, difunto propietario de la empresa Mudanzas a Todas Partes.

28

Martes, 29 de julio

Morse conoce a una mujer excepcional y oye hablar de otra que podría serlo incluso más.

A la izquierda iba sentado un caballero muy negro vestido con un traje de raya diplomática muy elegante, que estudiaba las páginas color salmón del *Financial Times*; a la derecha una joven morena de pelo largo y enormes pendientes leía *Ulises*; y en el centro estaba Morse toqueteando con impaciencia la tarjetita rectangular de color blanco, mientras el vagón de metro traqueteaba sin cesar dejando atrás las estaciones de la línea Piccadilly Norte.

El viaje se le estaba haciendo extremadamente largo y hasta el momento había sido incapaz de concentrarse. Quizá había sido inapropiado por su parte abandonar la escena del reciente crimen de manera tan precipitada (tal como le había dado a entender tímidamente el sargento de paisano que se personó allí); y sin la menor duda había rayado en la negligencia criminal (tal como había declarado el sargento de paisano mucho más abiertamente) haber permitido que el único testigo aparte de él abandonara el edificio de apartamentos de Cambridge Way, por muy conmocionado que estuviera el hombre. Al menos Morse había explicado adónde se dirigía, facilitando su dirección y su número de teléfono. Y a tiempo estaría de disculparse y dar explicaciones. Más tarde.

Arsenal (Ya casi estaba).

La morena parpadeó mirando a Morse, pero volvió inmediatamente con Bloom, como si este último fuera un personaje mucho más interesante.

Finsbury Park (Próxima parada).

De repente Morse se puso rígido en el asiento, y esta vez fue un caballero de la ciudad quien miró recelosamente a su compañero de viaje con los ojos inyectados en sangre, casi como si intuyera que estaba a punto de sufrir un ataque epiléptico.

El destornillador. Y ese pequeño orificio redondo entre los caídos omóplatos. Y él, Morse, un hombre que había dado cantidad de charlas sobre el procedimiento adecuado en casos de homicidio, acababa de dejar sus huellas dactilares en el protuberante mango de… ¡del arma homicida! ¡Ay, Dios! Sí, sin duda más pronto que tarde llegaría el momento de pedir disculpas y dar más de una explicación.

De momento, no obstante, Morse seguía convencido de que estaba en lo cierto (y, en efecto, por una vez lo estaba) al reconocer los indicios de una marea en los asuntos de los hombres que debía ser tomada en pleamar.[18] Y al emerger desde la boca de metro a las calles llenas de basura de Manor House sospechó que los dioses le sonreían con benevolencia, pues casi inmediatamente encontró Berrywood Court, un alto bloque de viviendas a solo un centenar de metros calle abajo por Seven Sisters Road.

La señora Emily Gilbert, una mujer poco agraciada al final de la cincuentena (con los dientes amarilleados por el tabaco), no tardó en ceder ante el urgente interrogatorio de Morse. Le contó que supo desde el principio que era una estupidez y también le dijo a su marido que podía ser peligroso. Pero no era más que una broma, respondió él. ¡Menuda broma! Había conocido a otra en Cambridge Way, una atractiva mujer de aspecto escandinavo que trabajaba (o eso pensaba la señora G.) en uno de los clubes más selectos del Soho. Ambas fueron informadas por Albert (su marido) y, bueno, lo cierto es que eso era todo. El hombre fue hasta allí, y ella (la señora G.) dejó a la pareja a solas en un apartamento del primer piso (sí, el apartamento del señor Westerby). Luego, transcurrida

aproximadamente una hora, Albert subió a contarle (ella estuvo en un apartamento vacío de la última planta) que estaba muy satisfecho con cómo habían salido las cosas, que ella (la señora G.) era una buena chica y que no tendrían que volver a pensar en aquel extraño episodio.

La mujer tenía una voz extrañamente intensa y muy agradable y Morse se sorprendió volviendo a observarla con más detenimiento.

—¿Cómo se llamaba esa otra mujer? —preguntó el inspector.

—Me dijeron que la llamara «Yvonne».

—¿Ella no le dijo dónde vivía? ¿Dónde trabajaba?

—No, pero tenía «clase». No sé si me entiende. Iba muy bien maquillada, tenía buen gusto y una bonita figura.

—¿No sabe dónde vive?

—No. Aunque probablemente Albert podrá decírselo.

—¿Sabe dónde está él, señora Gilbert?

Ella lo negó.

—En esta clase de negocio uno siempre está fuera de casa. Sé que tiene algunos trabajos en el centro del país y uno en Escocia, y está siempre moviéndose de un lado para otro.

En ese instante, Morse sintió una curiosa compasión por Emily Gilbert, pues le parecía una mujer valiente, aunque muy pronto tendría que serlo incluso más. También sabía que se le estaba acabando el tiempo, sabía que debía averiguar algo más antes de revelarle la terrible noticia.

—Solo dígame lo que pueda, por favor, sobre esa otra mujer. Esa «Yvonne». Cualquier cosa que recuerde.

—Se lo he dicho, yo no…

—¿Nunca habló con ella?

—Bueno, sí, pero…

—¿No se le ocurre dónde podría encontrarla?

—Creo que vive al sur del Támesis.

—¿No sabe el nombre de la calle o el número de su casa? ¡Vamos! ¡Piense, mujer!

Al parecer Morse había presionado demasiado, pues la señora

Gilbert se vino abajo y rompió a llorar y Morse no supo qué hacer ni qué decir. De modo que no hizo nada y lo cierto es que su reacción no pudo ser mejor, ya que ella enjugó enseguida sus grandes y simpáticos ojos y se disculpó dulcemente por lo que llamó «su estupidez».

—¿Tiene hijos? —preguntó Morse.

Ella negó con tristeza.

No era precisamente el momento más oportuno, pero entonces Morse se levantó del sofá y posó su mano derecha con firmeza en el hombro de la mujer.

—¡Por favor, señora Gilbert, sea valiente! Me temo que debo decirle que su marido ha muerto.

Con una dramática y violenta sacudida, la mano derecha de la mujer se aferró a la de Morse y él sintió el nudoso vigor de sus dedos buscando consuelo. Entonces Morse empezó a contarle todo lo que sabía (que no era mucho) con suma delicadeza y amabilidad.

Cuando terminó, la señora Gilbert no hizo ninguna pregunta, sino que se levantó de la silla, se acercó a la ventana, encendió un cigarrillo y se quedó mirando el largo y sombrío estanque que había ante la casa, donde un cisne nadaba sin esfuerzo en las aguas tranquilas. Después se volvió finalmente hacia él y, por primera vez, Morse se dio cuenta de que debía haber sido una mujer más que atractiva hacía unas cuantas primaveras. Sus ojos, aún brillantes de lágrimas, buscaron los de él.

—Le he mentido, inspector, y no debí haberlo hecho. Verá, conozco a esa otra mujer. Mi marido se ve involucrado ocasionalmente en…, bueno, digamos que se ve involucrado en el mundo de su hermano, y la conoció en uno de los clubes hace unas pocas semanas. Yo lo descubrí. Verá, él quería dejarme y marcharse a vivir con ella. Pero ella…

La señora Gilbert se vino abajo y Morse asintió, comprensivo.

—Ella no le deseaba.

—No, claro.

—¿Usted le contó que lo había descubierto?

La señora Gilbert esbozó una débil sonrisa y de nuevo se volvió hacia la ventana, con la mirada fija más allá del estanque, donde un DC10 volaba hacia Heathrow.

—¡No! Yo quería que se quedara conmigo. Tiene gracia, ¿no cree?, pero él era lo único que tenía.

—¿Llegaron a solucionarlo?

—La verdad es que no ha habido mucho tiempo para eso, ¿no cree?

Morse se sentó y al mirar una vez más a aquella mujer corriente a la que acababa de conocer no pudo evitar pensar en Molly Bloom de *Ulises* y tuvo la certeza de que también la señora Gilbert era una mujer que en otro tiempo había podido ofrecer una presencia y un corazón y una rosa.

—Por favor, háble me de esa otra mujer.

—No sé su verdadero nombre, en los clubes la llaman Yvonne. Conozco sus iniciales, W. S., y sé dónde vive. En el 23A de Colebourne Road, justo al sur de Richmond Road. Solo está a cinco minutos a pie de la estación de metro.

—¿Fue usted a visitarla?

—Usted no sabe mucho de mujeres, ¿verdad?

—No, tal vez no —reconoció Morse.

Ahora estaba impaciente. Se sentía como un hombre con la vejiga a punto de explotar al que han tenido pegado al teléfono durante media hora, de modo que se levantó y se dirigió a la puerta.

—¿Estará usted bien, señora Gilbert?

—No se preocupe por mí, inspector. Llamaré a mi médico cuando usted se vaya y me dará unas pastillas. Durante un tiempo me ayudarán, ¿no cree?

—Sí, estoy seguro de que lo harán. Sé cómo debe sentirse ahora.

—¡Por supuesto que no! No tiene la menor idea. No se trata de hoy ni de esta noche, sino de mañana. ¿Es que no lo entiende? Me dice que Albert está muerto y por alguna extraña razón no soy capaz de asimilarlo. Es una conmoción, ¿no? Y volvería a soportarla encantada una y otra vez con tal de no tener que…

Las lágrimas volvieron a correr por las mejillas de la mujer y de repente se acercó a él y apoyó la cabeza en su hombro. Y Morse siguió junto a la puerta, incómodo y torpe, y (a su extraña manera) casi amando a la mujer que lloraba desconsolada contra él.

Pasaron varios minutos antes de que pudiera soltarse y finalmente se detuvo en el umbral.

—Por favor, cuídese, señora Gilbert.

—Lo haré. No se preocupe por eso.

—Si hay algo que pueda hacer para ayudarla…

Ella casi sonrió.

—Sea amable con esa mujer, inspector. Verá, sé que está ansioso por irse de aquí para verla y solo quiero que sepa que es la muchacha, la mujer más bonita que he conocido en toda mi vida. Eso es todo.

De nuevo lloraba y Morse se inclinó hacia delante y la besó con suavidad en la frente, consciente de que, de algún modo, aquella mujer había llegado a conmoverle profundamente. Y mientras caminaba despacio calle arriba hacia la estación de metro de Manor House, dudaba que Albert Gilbert hubiera llegado a conocer de verdad a la mujer con la que se había casado.

Por muy convencido que estuviera de que la corriente fluía a su favor, al ver las puertas abiertas del hotel Manor no pudo resistirse a entrar, y mientras vaciaba sus pintas y veía pasar a los chulos y a las prostitutas al otro lado de los cristales, Morse se preguntó si, en una vida tan repleta de extrañas coincidencias, tal vez al fin estaría a punto de enfrentarse a la más salvaje y maravillosa de todas: «¡W. S.!». Browne-Smith había mencionado esas iniciales y Emily Gilbert las había repetido, y eran las mismas gloriosas iniciales de una chica a la que había conocido y amado profundamente en el pasado.

Veinte minutos después de que Morse abandonara la séptima planta

de Berrywood Court una llave fue introducida en la puerta del piso de los Gilbert y un hombre entró y arrojó despreocupado su chaqueta en el sofá.

Dos minutos más tarde, Albert Gilbert, de Mudanzas a Todas Partes, estaba hablando por teléfono con su médico (algo incoherentemente), explicándole que su mujer se había desmayado sin razón aparente al verlo llegar a casa y pidiéndole instrucciones desesperadamente, pues desde entonces ella seguía sin dar muestras de recobrar el sentido o la cordura.

[18] Alusión a *Julio César* de William Shakespeare. «Hay una marea en los asuntos de los hombres que, tomada en pleamar, conduce a la fortuna».

29

Martes, 29 de julio

Todos los hombres, incluso los de naturaleza
más pesimista, en determinados momentos de su vida caen presa
de las más extravagantes esperanzas.

Tal como le había dicho la señora Gilbert, Colebourne Road estaba a cinco minutos a pie de la estación de metro de East Putney. Morse no parecía tener prisa y cuando llegó al cartel de la calle se detuvo un rato, justo debajo, sumido en sus pensamientos. Desde luego no podía ser tan absoluta y estúpidamente sentimental como para albergar la más mínima esperanza de que estaba a punto de volver a ver a la mujer a la que había adorado hacía tantos años. No, se dijo a sí mismo, no era posible. Y, sin embargo, una desbocada e improbable esperanza pervivía en su interior y, como si quisiera alimentarla, entró en el Richmond Arms, en la esquina de la calle, y pidió un escocés doble. Mientras bebía, recordó la ocasión en que, durante una visita a su anciana madre en las Midlands,[19] decidió asistir a la misa metodista para comprobar si cierta chica, una chica preciosa, seguiría ocupando su puesto en las sillas del coro y aún levantaría la vista para mirarlo al final de cada verso de cada himno, sonriendo dulce y angelicalmente. Pero ella no estaba, tal vez ya no estaba allí desde hacía treinta años, y esa noche se sentó a solas junto a una columna. Morse se acercó a la barra («Otra de lo mismo, por favor. Bell's») y el nombre de Wendy Spencer golpeó trocaicamente su cerebro. No podía ser la misma mujer. No era la misma mujer. Y sin embargo… ¡Oh, dioses! ¡Si existís, por favor, haced que sea ella!

El corazón de Morse latía con alarmante violencia y tenía la garganta muy seca cuando llamó al timbre del número 23. Había luz en la planta baja y también arriba y todo parecía indicar que ella estaba en casa.

—¿Sí?

Una mujer joven de piel oscura abrió la puerta.

—Soy inspector de policía, señorita…

—Señora, señora Price.

—Oh, sí. Bueno, estoy buscando a alguien que creo que vive aquí. No estoy seguro de su nombre, pero…

—Entonces dudo que pueda serle de gran ayuda, ¿no le parece?

—Creo que a veces la llaman Yvonne.

—Aquí no hay nadie con ese nombre.

La puerta ya se había cerrado cuatro o cinco centímetros cuando Morse oyó otra voz.

—¿Puedo ayudar en algo?

Una mujer más alta estaba detrás de la señora Price, una mujer de bata blanca, una mujer recién duchada y con la piel casi resplandeciente, una mujer recomponiendo torpemente su hermosa melena despeinada.

—Dice que es inspector de policía y busca a alguien llamado Yvonne —explicó la agresiva señora Price.

—¿Sabe su apellido, inspector?

Morse miró a la mujer vestida de blanco, que había avanzado y ahora estaba en mitad del umbral, y una aplastante oleada de decepción cayó sobre él.

—Me temo que aún no. Pero sé que vive aquí o que estaba… que *eftaba* aquí hasta hace muy poco.

—Vaya, pues debe haberse informado mal —empezó a decir la señora Price.

La mujer de blanco la interrumpió.

—Déjame esto a mí, Angela. No pasa nada. Creo que quizá pueda ayudarlo, inspector. ¿No quiere entrar?

Morse subió las estrechas escaleras contemplando los esbeltos

tobillos de la mujer que le precedía.

—¿Le apetece una copa? —preguntó ella, mientras ambos se sentaban frente a frente en la pequeña pero exquisitamente amueblada sala de estar.

—Eh, no. Tal vez no.

—¿Quiere decir que ya ha bebido demasiado?

—¿Se nota?

Ella asintió y una tibia sonrisa apareció en sus labios delgados y completamente desprovistos de carmín.

—Lo más difícil son las eses, ¿verdad? Cuando uno ha bebido demasiado, quiero decir, o al empezar a usar dientes postizos.

Morse observó sus dientes maravillosamente sanos.

—¿Por qué lo sabe?

—A veces bebo demasiado.

Morse lo dejó pasar porque las cosas iban la mar de bien, la conversación se movía ya hacia un plano de agradable familiaridad. Pero no iba a durar.

—¿Qué quiere, inspector? —Una entonación dura y urgente había aparecido en su voz.

De modo que Morse se lo explicó y ella escuchó en silencio, cruzando de cuando en cuando una pierna desnuda sobre la otra para después taparse las rodillas dando un pequeño tirón a la bata, como la esposa puritana de un párroco a la hora del té en la vicaría. Y casi desde el principio Morse tuvo la virtual certeza de que había encontrado a Yvonne, y ahí estaba ahora sentada frente a él con la cabeza ligeramente ladeada, apartándose el pelo de la cara con la mano izquierda y recolocando con la derecha alguna de las numerosas pinzas que llevaba.

Cuando Morse concluyó la primera parte de su relato ella cogió su bolso.

—¿Usted fuma, inspector?

Morse se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sospechó que había olvidado el paquete recién comprado en el *pub*.

—Tenga, fume uno de estos —dijo ella.

Había abierto el bolso con la solapa hacia él, y al ver las desvaídas iniciales doradas Morse supo que su estúpida esperanza se había extinguido definitivamente.

—Es usted muy amable —se oyó decir.

¿Había detectado ella cierta vulnerabilidad en aquel inspector de policía? ¿En sus gestos? ¿En sus ojos? ¿En sus labios? Tal vez sí, teniendo en cuenta la amabilidad de su voz. Y entonces se levantó y le encendió el cigarrillo, sin darse cuenta (o sin darle importancia) de que la bata estaba parcialmente abierta cuando se inclinó hacia él. Después volvió a sentarse en su silla y le contó su parte de la historia, de nuevo cruzando ocasionalmente las piernas, aunque sin preocuparse demasiado ya por taparlas.

Había conocido a Bert Gilbert hacía pocas semanas. Una mañana fue a la sauna y, haciendo gala de un gran autocontrol, le preguntó si estaría dispuesta a entretener a cierto cliente suyo. Sí, en la dirección que Morse había mencionado; y, en efecto, con una continuación muy parecida a la que había descrito él mismo. Después de aquello parece que Gilbert le tomó cariño, gastó bastante dinero en ella e insistió en seguir viéndola. Y lo hicieron. Sin embargo, pronto se volvió celoso y malhumorado y no tardó en decirle que quería que dejara su trabajo y se fuera a vivir con él. Aquello no era nuevo para ella, la típica historia del tipo entrado en años comportándose como un estudiante locamente enamorado, y así se lo había dicho.

Eso era todo.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Morse.

Ella tenía la mirada fija en la gruesa alfombra.

—Winnifred, Winnifred Stewart. Menudo nombre, ¿verdad? Algunas personas son bautizadas con nombres horribles.

—Mmm.

Ella levantó la vista.

—¿Cómo se llama usted?

—Me llaman Morse. Inspector Morse.

—Pero ese es su apellido.

—Sí.

—¿No quiere decirme su nombre de pila?

—No.

—Así de fácil, ¿no? (Ella estaba sonriendo).

Morse asintió.

—¿Qué le parece una copa? Ya está más sobrio, ¿verdad?

Pero (sorprendentemente) Morse apenas la había escuchado.

—Usted, eh, ¿sale con muchos hombres?

—No demasiados, no. Soy un artículo muy caro.

—¿Gana mucho dinero?

—Más que usted.

Su voz se había vuelto dura otra vez y, de repente, Morse se sintió algo triste y desmoralizado.

—¿Le resulta placentero cuando, eh…?

—¿Cuándo tengo relaciones sexuales con los clientes? No mucho, no. Ocasionalmente, si quiere que le sea sincera.

—No estoy seguro de querer —dijo Morse.

Ella se levantó y se sirvió un vaso de vermú seco sin volver a ofrecerle nada al inspector jefe.

—No sabe usted mucho de la vida, ¿verdad?

—No, la verdad es que no.

De repente lo vio tan perdido y cansado que supuso que había tenido un día ajetreado. Lo que ella no sabía, sin embargo, era que la mente de Morse trabajaba a un ritmo frenético en esos momentos. Había algo que habían pasado por alto desde el principio (¡estaba seguro!), algo que no iba a ser fácil de averiguar gracias a aquella mujer inquietantemente atractiva; algo que quizá ella no podría decirle de todas formas, ni siquiera cuando llegara (y él estaba seguro de que lo haría) a la segunda parte de la historia que tenía que contar.

—¿Cuándo vio a Gilbert por última vez? —preguntó él.

—No estoy segura.

—¿Dice que lo vio varias veces después de recibir a su cliente especial?

A Morse le resultaba desconcertante que su voz pudiera variar tanto (y tan de repente) entre la delicadeza y la brusquedad. Y ahora volvía a ser esta última.

—¿Quiere saber si me acosté con él?

Morse asintió. Y por primera vez ella fue consciente de lo fríos y casi despiadados que eran los ojos que tan fijamente la miraban. Y tuvo la sensación de que la desnudaban psicológica e incluso físicamente cuando le respondió, con un incontrolable temblor en el labio superior.

—¡Sí!

—¿Sucedió eso después de conocer a su segundo cliente especial?

Ella lo miró sobresaltada a los ojos y después bajó de nuevo la vista hacia su bebida.

—Sí —susurró.

—Háble me de eso, por favor —dijo Morse, en tono apacible.

Durante unos instantes ella no dijo nada. Luego cogió su vaso y lo vació de un trago.

—Antes de que se lo cuente, ¿le gustaría venir a la cama conmigo?

—No.

—¿Está seguro?

Ella se levantó y se aflojó la bata, dejando que se abriera ligeramente antes de volver a cerrarla y ajustarse con fuerza el cinturón.

—Muy seguro —mintió Morse.

De modo que Winnifred Stewart (ya eran más de las ocho) le habló a Morse de su segundo cliente especial, un tal señor Westerby también procedente de Oxford. Y Morse escuchó con gran atención, asintiendo de vez en cuando y aparentemente satisfecho. Era todo muy interesante, por supuesto que sí, aunque una mera corroboración de lo que ya sabía o había deducido.

—¿Qué me dice ahora de esa copa? —preguntó.

La señora Angela Price miró con complicidad a su marido cuando finalmente oyó las voces apagadas en el umbral de su puerta. Faltaban quince minutos para medianoche y la BBC 1 ya había

terminado su emisión.

Lewis al fin se había acostado unos diez minutos antes de que Morse encontrara un taxi en Richmond Road. Tenía la esperanza de que su jefe regresara antes y había intentado localizarlo varias veces en la comisaría y en su casa, pues esa misma tarde el joven conserje de Lonsdale le había dado una importante noticia: habían recibido una segunda postal, una postal enviada desde Grecia, una postal del señor Westerby.

A las dos de la madrugada, Winnifred Stewart seguía despierta en la cama. La noche era bochornosa y se había acostado sin camisón, tapándose únicamente con una ligera sábana. Pensó en Morse sintiéndose indescriptiblemente agradecida de haberle conocido, y una parte de su mente deseaba que volviera a visitarla. No obstante, estaba segura de que, de hacerlo, ella no podría evitar desnudar por completo su alma contándole todo lo que sabía. Dos terceras partes de la trágica historia ya habían sido contadas y si él llegara a intuir toda la verdad… Sin embargo, la otra parte no quería volver a verlo —nunca—, pues ahora estaba terriblemente asustada.

A las tres de la madrugada fue al cuarto de baño a tomar varios comprimidos de Disprin.

A las cuatro aún estaba despierta y de repente sintió que la noche se había vuelto muy fría.

[19] El centro de Inglaterra.

30

Miércoles, 30 de julio

En el que se explica íntegramente «La religión de la segunda milla» y Morse es perentoriamente convocado por su superior.

Sentado cómodamente en un compartimento de primera clase del «125» de las diez de la mañana desde Paddington, Morse sentía el optimismo residual de una gran euforia. Pues ahora (estaba seguro) el velo del templo se había rasgado en dos.[20]

La noche pasada había perdido el último tren a Oxford y solo pudo encontrar, en la última planta de un hotel barato, una diminuta y claustrofóbica habitación en la que las cañerías gimieron y gorgotearon sin pausa hasta el amanecer. Sin embargo, fue en aquel infame y miserable lugar donde Morse, tumbado a oscuras con ambas manos detrás de la cabeza, logró ver al fin la asombrosa luz de la verdad. Ocupada a partes iguales por la hermosa mujer que acababa de conocer y por los viejos problemas que seguían hostigándolo, su mente se negó obstinadamente a descansar. Sentía que casi lo tenía y la información del caso (la información antigua y la nueva) giraba y giraba a toda velocidad en su cerebro como un remolino cada vez más rápido.

No es que hubiera averiguado nada sorprendente y nuevo gracias a la señora Emily Gilbert. Y tampoco, dicho sea de paso, de la señorita Winnifred Stewart; exceptuando la confirmación de que, en efecto, había aceptado la propuesta de entretener al segundo invitado especial de Oxford, el señor Westerby. Aunque también había otras cosas. Por ejemplo, le contó que Emily fue cortejada a la

vez por los dos hermanos Gilbert. Que, de los dos, Alfred era mucho más interesante y culto (sobre todo debido a su amor por la música), pero que fue Albert quien se llevó el premio gracias a su carácter más alegre, aunque también más rudo. Los hermanos seguían siendo muy parecidos (le había contado ella) —de un modo casi extraordinario, físicamente hablando—, aunque de estar juntos de vacaciones en Salzburgo, Alfred habría ido a un concierto de Mozart y Albert a ver *Sonrisas y lágrimas*. Sí, eso era algo nuevo, aunque a Morse no le pareció demasiado relevante. Mucho más importante era lo que no le había contado, pues él pudo percibir la profunda inquietud de la mujer mientras explicaba su encuentro con Westerby: no era la inquietud de una mujer contando mentiras obvias, sino más bien la de una mujer obligándose a contar lo menos posible de todo lo que sabía.

Fue en ese momento de sus vertiginosas cavilaciones cuando Morse se levantó bruscamente de la cama, encendió la lámpara de la mesita de noche y agarró el único objeto capaz de ofrecer un mínimo de consuelo en aquella lúgubre habitación: la Biblia de Gedeón que reposaba junto a la lamparilla. Dos minutos después, sus torpes y ansiosos dedos encontraron lo que buscaba. Ahí estaba: san Mateo, capítulo 5, versículo 41: «Y si alguien te obligara a llevar su carga una milla, acompáñale dos». Recordó vívidamente de su juventud el sermón de un salvaje ministro galés sobre ese mismo texto: «La religión de la segunda milla». Y con la tenue luz. De la bombilla de cuarenta vatios iluminando la Biblia de Gedeón, Morse sonrió para sus adentros, con indecible alegría, como el viajero que ha realizado un trayecto aún más largo: esa tercera y última milla.

Por fin sabía la verdad.

—Llegaremos a la estación de Oxford en dos minutos —anunció una voz por la megafonía—. Pasajeros con destino Banbury, Birmingham, Charlbury…

Morse miró su reloj: 10.41 de la mañana. No había prisa, no había ninguna prisa en absoluto.

Caminó desde la estación hasta la parada de autobús en Cornmarket y a las once y media estaba en la comisaría de Kidlington, donde Lewis lo recibió con evidente alivio.

—¿Se lo ha pasado bien, señor?

—¡De maravilla! —respondió Morse, sentándose en la silla de cuero negro y sonriendo con benevolencia.

—Lo esperábamos de vuelta ayer.

—Usted y quién más. ¿A quién se refiere?

—El súper quería su sangre ayer por la noche, señor. Y también esta mañana.

—Ya veo.

—Le dije que usted lo llamaría por teléfono nada más llegar.

Morse marcó inmediatamente la extensión de Strange.

—¿Y qué tal usted, Lewis?

—No lo sé, señor. Pero tengo esto.

Le entregó la postal que había recogido la mañana anterior en Lonsdale y Morse miró la brillante fotografía de unas antiguas piedras. Le dio la vuelta y descubrió que aquellas ruinas eran nada menos que los restos del palacio real de Filipo II de Macedonia (382-336 a. C.). Luego observó el gran sello de Grecia con conchas marinas sobre un fondo verde azulado y leyó el brevísimo mensaje pulcramente escrito: «Hace un tiempo maravilloso. Remitan mi correo a Cambridge Way. Estaré aquí una semana más. Saludos al director, y a todos los demás. G. W.».

—Grecia es un lugar precioso, Lewis.

—No sabría decirle, señor.

—Tal vez Westerby tampoco lo sepa —dijo Morse, lentamente.

—¿Disculpe, señor?

—Por supuesto, será mejor que la guarde. Aunque no está en Grecia. Es una falsificación, ¡se nota a la legua!

—Pero…

—¡Mírela, Lewis! Mire el franqueo.

Lewis lo miró con atención: solo vio un círculo negro y un texto tan borroso en su interior que era casi ilegible. No obstante, logró

descifrar una o dos letras: había una *o* (sin duda) y una *n* (quizá) cerca del principio de una palabra, y tal vez la siguiente palabra terminaba con una *e*. No entendió nada y al levantar la vista vio que Morse seguía sonriendo.

—No hace falta darle muchas vueltas, Lewis. No puede ser muy difícil encontrar un sello de correos griego, ¿no cree? Y luego consigue un matasellos y lo posa suavemente en vez de golpear la postal con decisión para que quede así de borroso. Verá, alguien se limitó a llevar la postal a la portería y la dejó a la vista sobre la pila de correspondencia. ¡No es más que una falsificación! Y si quiere le diré incluso de dónde ha salido el sello: de la misma Escuela Lonsdale.

Antes de que Lewis tuviera ocasión de responder sonó el teléfono y se escuchó una voz severa al otro lado de la línea:

—¿Es usted, Morse? ¡Venga aquí y hágalo rápido!

—Creo que le va a caer una de las gordas, señor —dijo Lewis sin inmutarse.

Morse no parecía en absoluto preocupado mientras se levantaba y se ponía la chaqueta.

—Le diré algo más sobre esa postal, Lewis. Conocemos a un hombre que ha estado escribiendo un libro sobre Filipo de Macedonia, ¿recuerda?

En efecto, lo recordaba. Igual que Morse, había visto el texto mecanografiado en el escritorio de Browne-Smith y también la pila de postales que había a su lado. Y cuando Morse se dirigía a la puerta, Lewis se sintió molesto y decepcionado consigo mismo. No obstante, había una cosa que Morse no había mencionado.

—¿La caligrafía también es una falsificación, señor?

—No tengo la menor idea —respondió Morse—. ¿Por qué no intenta averiguarlo? Sin prisa. Creo que el superintendente y yo vamos a tener una reunión bastante larga.

—¡Siéntese, Morse! —gruñó Strange, mirándolo serio y enfadado

con su cara larga y demacrada—. La noche pasada y de nuevo esta mañana he tenido noticias del comisario metropolitano —continuó mirando fijamente a Morse—. Parece que un agente de mi comisaría, ¡usted, Morse!, fue testigo de un delito grave ayer en Londres y luego abandonó la escena del crimen sin dar las debidas explicaciones y contraviniendo el procedimiento habitual de la policía. Que permitió al único otro testigo del crimen irse a casa. ¡Dios!, una casa que por cierto no existe. Que al marcharse fue a visitar a una mujer en el norte de Londres para decirle que acababan de asesinar a su marido. Y, por si eso no fuera suficiente —tenía la cara cada vez más roja—, ¡ni siquiera fue capaz de acertar con el nombre del maldito cadáver! —Morse asintió, pero no dijo nada—. ¿Se da cuenta de la extrema gravedad de todo este asunto, Morse? —La voz de Strange era ahora más tranquila—. De todos modos, tampoco estará en nuestras manos.

—No, lo comprendo. Y tiene usted razón, por supuesto. Es un asunto serio. El caso es que creo que no se da cuenta de lo desesperadamente serio que es, señor.

Strange conocía a Morse desde hacía muchos años y en innumerables ocasiones se había maravillado ante las proezas de aquel hombre extraordinario y exasperante. Y algo en la manera en que Morse acababa de hablar lo puso sobre aviso. Lo más inteligente sería escuchar, lo sabía.

Y eso fue lo que hizo.

Más de dos horas después la secretaria de mediana edad del superintendente vio salir a los dos hombres del despacho. Antes había sido debidamente informada de que, a menos que se tratara de una explosión nuclear, nadie debía interrumpir a su jefe. Y algo sabía (¿cómo no?) acerca del motivo por el que Morse también estaba allí. Sin embargo, ahora era el rostro de Strange el que parecía más serio y exhausto de los dos; de modo que la mujer acercó un poco más la cabeza a las teclas de la máquina sin dejar de

escribir, como si su presencia pudiera molestar. Ninguno de los dos hombres dijo nada más (de eso estaba segura), exceptuando el «gracias» que murmuró Strange mientras Morse atravesaba la habitación. Luego, cuando el inspector se marchó y justo antes de que su jefe cerrara la puerta del despacho, creyó oírlo decir una vez más: «¡Dios mío!».

[20] Mateo 27, 51.

LA TERCERA MILLA

31

Viernes, 1 de agosto

Cual peregrino de los últimos días, uno de los protagonistas de este macabro caso está decidido a librarse de su carga.

Dos días después de los acontecimientos descritos en el capítulo anterior, un hombre miró a su alrededor con extrema seriedad antes de insertar una de sus llaves en la cerradura de la puerta trasera del edificio de apartamentos de lujo de Cambridge Way. No había nadie a la vista, exceptuando al agente de policía uniformado apostado frente a la puerta principal, y supuso (suponía correctamente) que estaba solo. Subió sin hacer ruido por la escalera alfombrada y entró en el apartamento cuya puerta estaba ante el primer rellano. Debía hacer una sola cosa. Una vez dentro, se colocó su anticuado audífono en la oreja derecha (exactamente igual que había hecho tres días antes), revisó la cerradura Yale (una precaución que no había tomado antes) y sacó de su bolsillo un destornillador recién comprado —una herramienta más grande, brillante y efectiva que la que se había clavado en la espalda de Gilbert—. Por supuesto, supo la verdad en su anterior visita, la supo nada más entrar en el salón principal. Pues, aunque todas las cajas parecían aún cerradas (como era de esperar), sintió al instante la mirada acusadora de la cabeza de Mercator desde la repisa de la chimenea.

Después de concluir la macabra tarea que lo había llevado hasta allí —solo tardó unos pocos minutos—, volvió sobre sus pasos hasta la entrada trasera, salió a la tarde soleada y luminosa e inmediatamente llamó a un taxi. Vio la mirada del taxista en el

retrovisor cuando el audífono empezó a balanceársele en la oreja, de modo que lo desconectó y se lo quitó. Ese día le había sido útil, se dijo. Lo guardó y trató de relajarse mientras el taxi intentaba abrirse paso entre el denso tráfico. Pero su mente apenas le daba tregua. Si al menos aquel día aterrador… ¡No! Sin duda tener que esperar a Gilbert había sido un castigo casi prematuro. ¡Dinero! Eso era lo único que pedía Gilbert. Y después más dinero. Una extraña compulsión, al menos desde el punto de vista del hombre del taxi. Desde luego, al compararla con las motivaciones que dominaban su propia vida: los odios inveterados que albergaba y la casi maniática ambición (en ocasiones tan cuidadosamente disimulada) por alcanzar algún tipo de fama mundana.

—Ya hemos llegado a Paddington, señor.

¿Por qué Paddington? ¿Por qué no Euston, Victoria o la calle Liverpool? ¿Por qué una estación de tren? Tal vez por el anonimato de esos lugares, lugares donde podía deshacerse de la carga de su pecado, que tanto pesaba en la bolsa de supermercado a la que se aferró con fuerza al cruzar las puertas batientes del hotel Station y girar a la derecha en dirección al lavabo de caballeros. De nuevo estaba completamente solo y cerró la puerta al entrar en el cubículo más alejado frente a los meaderos. Una vez allí levantó el asiento de plástico y se subió en el retrete, extendió ambos brazos y levantó la tapa de la cisterna de porcelana. Pero el depósito lleno de agua era demasiado estrecho, y de repente se quedó petrificado al oír cerrarse el pestillo de un cubículo cercano. Tenía que hacer algo rápido. Rebuscó en la bolsa y sacó un paquete plano envuelto en un ejemplar de *The Times* (un paquete que, a juzgar por su forma, podría haber contenido dos sándwiches). Acto seguido lo dejó caer en el agua y, con un plof apagado, se hundió inmediatamente hasta el fondo de la cisterna.

Soportando aún el peso de su carga, salió del hotel en dirección a la estación, donde vagó sin rumbo hasta ver los tablones y andamios al final del andén 1. Siguió caminando despacio por ese andén, alzando la vista de cuando en cuando para contemplar los arcos de

hierro forjado de la majestuosa techumbre de Brunel que se alzaban sobre su cabeza. Ya había visto el contenedor medio lleno de escombros y basura. A excepción de un solitario operario de mono naranja que trajinaba varios metros más adelante, estaba solo. Se dio la vuelta de repente, arrojó la bolsa al contenedor y regresó con parsimonia hacia los tornos, donde no había ningún empleado. Le habría encantado tomar un té bien caliente y un bollo de mantequilla en el fresco salón del hotel Station, pero no se atrevió. Estaba temblando visiblemente y un sudor frío le empapaba la frente. Ya era hora de regresar a la base, acostarse un poco y convencerse de que al fin había llevado a cabo la misión que tanto temía, aunque tal vez no de la mejor manera.

Cruzó la calle Praed, caminó hasta el final de la calle Spring y entró en un pequeño hotel justo a la izquierda. No había nadie en el mostrador de recepción en ese momento y levantó el tablero con bisagras, cogió su llave del gancho en la pared (la número 16) y subió las escaleras. Aunque llevaba muchos días alojado allí, aún dudaba a la hora de introducir la llave en la cerradura con los dientes hacia arriba o hacia abajo; y también ahora tanteó un par de veces antes de poder abrir la puerta y entrar en la pequeña aunque pulcramente amueblada habitación. Se quitó la chaqueta, la dejó a los pies de la cama individual, se secó la frente con un pañuelo blanco limpio que sacó del antiguo armario y experimentó un inmenso alivio al encontrarse de nuevo a salvo en su hogar provisional. La Biblia de Gedeón, con su encuadernación color ciruela, seguía en la mesilla, junto a la almohada; la ventana estaba medio abierta tal como la había dejado, proporcionándole un acceso fácil (y potencialmente muy útil) a la escalera de incendios, que descendía en zigzag por la estrecha fachada lateral del hotel hasta un patio de aspecto miserable. Al darse la vuelta, vio que la puerta del cuarto de baño también estaba abierta y se prometió una ducha fresca y reparadora para desprenderse de la culpa, aunque lo haría dentro de un rato.

Entretanto se acostó encima del cobertor embargado por una

curiosa mezcla de la euforia resultante de haber desafiado al peligro y la satisfacción del deber cumplido. Siendo niño, había experimentado lo mismo escalando el monte Snowdown con una tropa de *scouts*: para los demás chicos la ruta por la escarpada ladera era algo de lo más normal, pero la ascensión había sido para él motivo de un gran orgullo que había disfrutado en secreto. Era extraño que solo hubiera vuelto a experimentar esa maravillosa euforia con tan avanzada edad, y, sin embargo, muy a menudo, en un periodo de tiempo tan breve. Cerró los ojos y casi logró trasladar su mente a una marcha neutra, fluida, en punto muerto.

Solo un minuto después su cuerpo se crispó súbitamente presa del pánico. Había alguien encima de él, alguien que dijo «Buenas tardes», y nada más.

—¡Tú! ¡Tú!

Sus ojos se abrieron con desmesura de miedo e incrédula sorpresa, y si fuera posible decir que alguna de estas emociones era más intensa que la otra quizá fuera la sorpresa. Pero incluso mientras forcejeaba tratando de resistirse, encogiéndose sobre la colcha, el cordel de embalar se hundía cada vez más profundamente en su cuello y sus frenéticos jadeos y graznidos enseguida se volvieron más y más débiles hasta que dejó de moverse por completo. Así murió George Westerby, antiguo catedrático y profesor titular en la Escuela Lonsdale de la Universidad de Oxford.

32

Sábado, 2 de agosto

Una característica común del pueblo británico es quejarse de sus ferrocarriles. No obstante, en este caso parece haber escasa justificación para dicha queja.

Eran las 9.50 de la mañana siguiente cuando la encantadora recepcionista levantó la vista del mostrador y cogió la llave de su habitación.

—Buenos días de nuevo, señor Smith.

Él asintió y sonrió, con esa característica sonrisa torcida suya. Desde que se había instalado ella había estado casi siempre de servicio por las mañanas, y a menudo también por las noches, cuando solía anotar su pedido para que le llevaran temprano una tetera recién hecha y un ejemplar de *The Times.*

—Debo irme esta mañana. ¿Sería tan amable de hacerme la cuenta, por favor?

Se sentó en uno de los sillones frente al mostrador de recepción y respiró profundamente. Había pasado otra noche muy agitada, cayendo intermitentemente en un inquietante sopor del que despertaba empapado en sudores fríos. Durante todas esas horas, le palpitaba la cabeza como si algún demonio desconocido estuviera martilleándole el cráneo, y solo después de tomar el té por la mañana temprano había logrado al fin dormir un poco. Cuando despertó justo después de las nueve todavía le dolía la cabeza, aunque el dolor se había vuelto tolerable. Durante algunos minutos siguió acostado, casi feliz, con la cabeza en la almohada doblada por la mitad y arrugada como un acordeón. Pero los mismos

pensamientos volvieron a revolverse enseguida por los conductos de su cerebro, mientras los globos oculares giraban nerviosos bajo los párpados cerrados, hasta que uno logró abrirse paso entre todos los demás y tomó una decisión.

—Señor Smith. ¿Señor Smith?

De repente oyó la voz de la recepcionista y se levantó para pagar la cuenta. Sabía que a veces su cerebro podía jugarle malas pasadas. Esta contingencia en particular la había previsto, de modo que pagó el montante en efectivo, con billetes grandes.

Abandonó el hotel Station (igual que Westerby antes que él) y caminó hacia el despacho de billetes. Luego se detuvo durante varios minutos ante el panel de salidas, pero no consiguió leer nada. En cuanto sus ojos enfocaban los horarios de los trenes a Oxford, las letras (blancas) sobre el fondo (negro) empezaban a saltar astigmáticamente a través de su retina, empujándolo a una vertiginosa indecisión.

Se acercó al torno de acceso más cercano y preguntó a un empleado.

—¿Podría decirme cuál es el primer tren a Oxford, por favor?

—Andén 9. Diez treinta. Pero tendrá que…

—Gracias.

El tren ya estaba estacionado en el andén y el viajero entró en un compartimento vacío de primera clase, guardó con cuidado su billete en la cartera y apoyó la cabeza en el respaldo.

Media hora después se precipitó hacia delante abruptamente, cuando el tren se detuvo con escasa delicadeza, y miró por la ventanilla: Reading. No obstante, el solitario ocupante del compartimento volvió a reclinarse en el asiento y cerró los ojos cansados. ¡Dentro de poco llegaría!

Treinta y cinco minutos más tarde despertó bruscamente por segunda vez.

—¡Billetes, por favor!

Le resultó agradable encontrar el billete a la primera, aunque le palpitaba la cabeza salvajemente.

—¿Este es su billete, señor?

—Sí, ¿por qué?

—Me temo que ha perdido su trasbordo. Acabamos de pasar Didcot y vamos camino de Swindon.

—¿Cómo? No le entiendo.

—Tendría que haber cambiado al tren de Oxford en Didcot. Se habrá quedado dormido.

—Pero tengo que llegar a Oxford. Ya he…, tengo que llegar allí.

—No podemos hacer nada, señor. Tendrá que coger el siguiente tren de regreso desde Swindon.

—¡Es muy urgente!

—Como le he dicho, tendrá que esperar hasta que lleguemos a Swindon. —El revisor perforó el billete y se lo devolvió—. No le cobraremos ningún importe extra por el billete. Estoy seguro de que ha sido una confusión.

Los minutos siguientes se convirtieron para él en una angustiosa y frenética eternidad. Inclinado hacia delante en el asiento, se mordió las uñas de los meñiques luchando con todas sus fuerzas para mantener el control de su cerebro, que se asomaba vacilante a un precipicio.

Entonces el tren se detuvo, más suavemente esta vez.

Le alivió descubrir que no le temblaban las piernas al levantarse y ahora se sentía mucho más tranquilo. Guardó el pañuelo empapado en un bolsillo del pantalón, sacó la maleta del portaequipajes, abrió la puerta izquierda del compartimento… y se precipitó hacia la nada. Aterrizó sobre las afiladas piedras de un pequeño terraplén en el lado sur de la vía y se quedó tirado en el suelo, completamente aturdido. Sin embargo, por curioso que parezca, estaba muy cómodo allí tumbado: ahora parecía muy fácil quedarse dormido. El sol brillaba en lo alto del cielo azul claro y, ¡al fin!, la cabeza ya no le dolía.

—¿Se encuentra bien, señor?

El revisor estaba a su lado en cuclillas y él creyó oír un murmullo de voces a lo lejos.

—Lo siento. Lo siento.

—Permítame ayudarlo, señor. Se recuperará enseguida.

—¡No! Por favor, no se moleste. Solo lo siento, eso es todo.

Cerró los ojos, el sol seguía brillando a través de sus párpados. Resplandecía como una naranja de fuego que zumbaba y giraba hacia él, creciendo más y más.

Continuaba sin sentir dolor.

—Iré a buscar ayuda, señor. Vuelvo ahora mismo.

El revisor salió de la zanja ágilmente, aunque ya era demasiado tarde.

—Antes de irse haga… hágame un favor. Necesito transmitirle un mensaje al inspector jefe Morse en la comisaría de policía del Valle del Támesis. Por favor, dígale que yo iba… que iba a verlo. Por favor, dígale que yo lo hice, ¿me entiende? Por favor, dígale que…

Pero el hombre tendido junto a la vía estaba hablando solo y los pasajeros asomados a las ventanillas de un vagón cercano no encontraron ningún sentido a sus balbuceos.

De repente el sol estalló en una llamarada amarilla y un atroz y lacerante dolor atravesó su cráneo. Con terrible esfuerzo logró abrir los ojos una vez más; ahora todo estaba a oscuras y el sudor le empapaba la cara y se le colaba en la boca entreabierta. Tenía un pañuelo, lo sabía. Estaba en un bolsillo del pantalón. Pero quería uno limpio. Sí, tenía muchos limpios. Claro, había comprado una caja de pañuelos de lino irlandés hacía muy poco en la tienda del Turn, a solo cien metros de la Escuela Lonsdale.

Ahora había otro hombre arrodillado junto al cuerpo, un joven neurocirujano que iba de camino al Hospital General de Swindon. No pudo hacer nada y poco después alzó la vista hacia el revisor y negó con la cabeza muy despacio.

33

Sábado, 2 de agosto

¿A quién pertenecía el cadáver encontrado en el canal de Thrupp? Ahora está cada vez más claro que quedan muy pocas opciones.

Durante los últimos años Lewis rara vez había pasado la noche fuera de Oxford y Londres no le gustaba demasiado, pero su ajetreada visita había sido más que provechosa.

El miércoles, a última hora de la tarde, Morse insistió en que debía ser él, Lewis, quien fuera a la ciudad a la mañana siguiente. Había muchas cosas que hacer (dijo Morse): muchos cabos sueltos por atar, declaraciones que tomar y, no menos importante, algunas explicaciones necesarias que obtener. De modo que Lewis tomó nota de sus instrucciones, las ejecutó más que adecuadamente y ahora (dando rienda suelta a su única auténtica debilidad en la vida) conducía demasiado deprisa por la M40 de regreso a Oxford. Era media mañana.

Sus colegas londinenses se habían mostrado afables y amistosos. La mayoría hablaba un *cockney* despreocupado y algo vulgar, pero todos eran hombres astutos y competentes. Por supuesto, habían perdonado a Morse de buen grado, aunque ninguno parecía comprender muy bien su reciente comportamiento. Y Lewis, que aún no había logrado entender del todo el asunto, tampoco fue capaz de arrojar más luz sobre lo ocurrido. No obstante, algunas cosas sí estaban ahora más claras. El hombre encontrado en el piso de la última planta del edificio de Cambridge Way era el señor Alfred Gilbert, agente inmobiliario soltero de alguna parroquia del centro de

Londres. El arma homicida (¡hallada a la vista de cualquiera!) había sido el destornillador tan convenientemente encontrado en la escena del crimen, en cuyo mango había algunas huellas borrosas que pronto serían identificadas o tal vez no (tal como esperaba Lewis). De momento había pocas pruebas más. La policía no había encontrado ni rastro del «señor Hoskins» ni esperaba encontrarlo, puesto que los inquilinos de Cambridge Way siempre habían tenido a una mujer como conserje a tiempo parcial. Pero la policía se apaciguó cuando Lewis pudo facilitarles la descripción del hombre, desde su edad hasta su estatura, las medidas aproximadas del torso y el peso, el color de ojos y hasta la talla de zapatos.

Después de eso, Lewis hizo exactamente lo que Morse le había indicado. Hizo tres visitas, llevó a cabo tres entrevistas y tomó tres declaraciones (transcritas con laboriosa lentitud). En primer lugar, la declaración del gerente del bar de topless El Flamenco; después, la de la señorita Winnifred Stewart, empleada del Sauna Select; y, por último, la de la señora Emily Gilbert en su casa de Berrywood Court. Lewis tuvo la impresión de que las tres personas, cada una a su manera, estaban nerviosas y a la defensiva, y en más de una ocasión se sorprendió dudando seriamente que algún miembro del trío tuviera demasiadas ganas de sincerarse por completo. Pero Morse aseguró que seguir investigándolos sería no solo fútil, sino también completamente innecesario. De modo que dejó pasar algunas evidentes evasivas limitándose a anotar lo que cada uno de ellos decidió contarle.

Luego, sin demasiada dificultad, consiguió averiguar algunas cosas sobre los hermanos Gilbert. De cara a la galería, Albert y el difunto Alfred habían sido socios de una empresa inmobiliaria y de mudanzas y, en privado, de una compañía llamada Soho Enterprises, que albergaba a su vez, además del bar de topless, dos librerías de dudosa catadura y un pequeño cine pornográfico (exclusivamente para socios). La policía londinense estaba muy bien informada sobre dichas actividades y su investigación seguía en marcha, aunque a esas alturas parecía evidente que incluso el negocio del sexo se

estaba viendo afectado por la recesión general. Algo de lo que Lewis se alegró, pues el Soho le parecía una zona sórdida y vulgar y ni el mismo demonio habría logrado tentarlo para llamar a ninguna de esas puertas de habérselo topado trajinando por aquellas lóbregas calles. Finalmente, Lewis recibió instrucciones de descubrir, si fuera posible, el paradero del señor Albert Gilbert, aunque Morse no albergaba grandes esperanzas en ese sentido, y (como de costumbre) Morse acertó.

En la rotonda de Headington, Lewis pensó detenerse unos minutos y llamar a casa para decirle a su mujer que se encontraba bien, pero no lo hizo. Sabía que el jefe lo estaba esperando.

Durante los dos días previos Morse no se esforzó demasiado, plenamente consciente de su propia incompetencia en tareas como organizar una cacería humana o supervisar una búsqueda en las aguas del canal de Thrupp (¡sí, otra más!). No obstante, hizo dos cosas, siguiendo en cada caso el camino que Lewis ya había recorrido antes que él. Primero, visitó el Centro de Transfusiones de Sangre del hospital Churchill, donde pidió revisar los registros actuales. Minutos después asintió brevemente y entonces pidió ver los registros de los cinco años anteriores, aunque esta segunda vez tardó bastante más en volver a asentir. Luego cerró debidamente los cajones del archivador, dio las gracias al encargado y se marchó. A continuación, fue en coche a la Escuela de Exámenes, donde pasó más de una hora con el conservador, a quien finalmente agradeció su colaboración antes de marcharse con la sonrisa satisfecha de quien ha encontrado lo que buscaba. Y de nuevo ahora, sentado en su escritorio el sábado por la mañana, parecía satisfecho. Y no sin motivo, teniendo en cuenta la llamada que le habían transferido a las nueve y media. Sabía que tenía que haber algo en las aguas del canal de Thrupp.

Al ver a Lewis se alegró incluso más.

—¿Pudo comer huevos con patatas mientras estaba fuera?

Lewis sonrió.

—Una o dos veces.

—Bien, ¿qué noticias tenemos? Por cierto, espero que se haya fijado. Ya casi no hay flemón, ¿verdad?

Veinte minutos después sonó el teléfono.

—Al habla Morse. ¿Puedo ayudarlo?

Lewis observó cómo se crispaba el rostro pálido y mal afeitado del inspector jefe mientras se limitaba a escuchar, hasta que al final dijo:

—Estaré allí lo antes posible.

Y con una expresión de insólita inquietud colgó despacio el auricular.

—¿De qué iba todo eso, señor?

—Llamaban de Londres. Acaban de encontrar a Westerby, asesinado. Lo hallaron esta misma mañana en una habitación de hotel cerca de Paddington. Estrangulado con cordel de embalar.

Ahora fue Lewis quien reflexionó desconcertado sobre la siniestra noticia. Por lo que Morse le acababa de contar, el caso estaba prácticamente liquidado y con tan solo unos arrestos por venir. Así que ¿qué diablos significaba esto ahora? Morse ya estaba de pie y buscaba algo en su cartera.

—¡Escuche, Lewis! Usted termine esos informes suyos, haga que los mecanografíen y después márchese a casa a ver a su mujer. No tiene nada más por hoy.

—¿Está seguro de que no puedo hacer nada más?

—¿Puede prestarme diez libras?

Cuando Morse se marchó, Lewis telefoneó a su mujer para decirle que llegaría a cenar algo tarde. Después, cuando se disponía a ordenar sus documentos cogió el *Diccionario Chambers*. Morse era un fanático de la ortografía.

El teléfono sonó diez minutos más tarde. Era el forense de la policía.

—¿No está? ¿Y adónde diablos ha ido?

—Me temo que han surgido un par de complicaciones con el caso.

—Bueno, solo dígale al viejo cabrón que con esa pierna que encontró tendríamos una estatura de un metro setenta y ocho o un metro ochenta. ¿De acuerdo? Tal vez no sea de gran ayuda, pero podría servir para descartar posibilidades.

—¿Qué pierna? —preguntó Lewis totalmente desconcertado.

—¿No se lo ha contado? ¡Ah! Morse es un cabrón reservado, ¿no le parece? Ha tenido a media docena de buzos buscando estos dos últimos días. De todas formas, supongo que tenía razón. ¡O igual solo ha sido suerte! En cualquier caso, dígaselo. Si es que vuelve.

—Puede que lo supiera desde el principio —respondió Lewis en tono tranquilo antes de que el otro colgara.

El teléfono siguió sonando. La operadora le transfirió la llamada de una mujer: solo estaba dispuesta a hablar con Morse. Después Strange (directamente), que colgó con brusquedad al enterarse de que Morse había ido a Londres. Luego otra voz de mujer, una que Lewis tuvo la impresión de reconocer, aunque también ella se negó a hablar con ningún subordinado. Por último recibió una llamada del agente Dickson desde el mostrador de guardia, una llamada que hizo que Lewis pegara un brinco de sorpresa.

—¿Está seguro?

—Sí, lo ha notificado la policía de Swindon. Al parecer ya estaba muerto cuando llegó la ambulancia.

—Pero están seguros de que es él.

—Eso dijeron, sargento. Tan seguro como que dos y dos son cuatro.

Lewis colgó el teléfono. Sería imposible localizar a Morse en pleno viaje, ya que únicamente conducía su Lancia particular. ¿Se sorprendería Morse? Desde luego parecía sorprendido hacía una hora al saber que Westerby había sido asesinado. Y ahora esto, la última información facilitada por Dickson. El cadáver que acababan de recoger junto a las vías de la línea Didcot-Swindon era sin duda el de Oliver Browne-Smith, profesor titular de la Escuela Lonsdale.

Cuando Lewis recibió la última llamada de esa mañana, Morse estaba girando a la izquierda en Hanger Lane para tomar la circular norte. Todavía le quedaba otra media hora al volante (lo sabía), y con la carretera relativamente despejada de tráfico condujo de un modo que en ocasiones rayaba lo peligroso. Ya era demasiado tarde. Un cuarto de hora antes una ambulancia se había llevado el cuerpo destrozado que yacía justo debajo de una ventana del séptimo piso en Berrywood Court, cerca de Seven Sisters Road.

Horas después, esa misma tarde, un ejecutivo impecablemente vestido con traje de raya diplomática entró en el último cubículo del lavabo de caballeros del hotel Station de Paddington. Al tirar de la cadena, la cisterna pareció funcionar perfectamente, como si las dos manos humanas que contenía el depósito todavía no afectaran demasiado al mecanismo de desagüe.

34

Lunes, 4 de agosto

En el que Morse y Lewis vuelven sobre sus pasos hasta el primer hito del camino.

Lewis esperó con creciente impaciencia desde las ocho y cuarto de la mañana. Morse había llegado tarde a Oxford la noche pasada y había ido a verlo a casa, donde aceptó enseguida la invitación cuando la señora Lewis se ofreció a prepararle algo de cenar y después se sentó a ver la televisión con la alegre dedicación de un niño. Se había negado a responder las preguntas de Lewis, limitándose a afirmar que casi con toda seguridad el sol saldría a la mañana siguiente y que él estaría temprano en su despacho.

A las nueve seguía sin dar señales de vida y, por enésima vez, Lewis se encontró pensando en el asombroso detalle de que, de los cuatro hombres de muy diversa catadura y dudosa asociación que habían representado algún papel en el caso, ni uno de ellos podía ser el cadáver que aún reposaba en el refrigerador de Max: Browne-Smith había muerto de hemorragia cerebral junto a una vía del tren; Westerby había sido estrangulado en un hotel barato cerca de Paddington; Alfred Gilbert había sido encontrado asesinado en una habitación, dos plantas por encima del piso de Westerby en Cambridge Way; y Albert Gilbert se había tirado por la ventana de un séptimo piso en Berrywood Court. De modo que la misma vieja pregunta seguía sin respuesta y la cruda verdad era que se estaban quedando sin cadáveres.

No obstante, había un par de cosas que Lewis había podido aclarar en persona, y a las nueve y media de la mañana se dispuso a revisar

una vez más sus informes pulcramente mecanografiados. Por ejemplo, había descubierto (interrogando al gerente del bar de toples) que al parecer Browne-Smith tardó demasiado en identificarse con las palabras acordadas: «Pero si ya son las doce en punto». Además (después de presionarlo bastante), la misma fuente lo informó de que el equipo de proyección no fue devuelto al bar al día siguiente; de hecho, los clientes del bar habían tardado casi una semana en poder dar rienda suelta de nuevo a sus fantasías voyeristas. Y había un tercer dato: que ni el gerente ni ninguna de sus camareras habían visto antes al hombre de barba oscura que estuvo sentado junto a la barra el fatídico viernes que Browne-Smith cedió a la tentación de abandonar Oxford.

Morse llegó finalmente antes de las nueve cuarenta y cinco, con el labio inferior manchado de sangre.

—Siento llegar tarde, me la acaban de sacar. Sin problemas, apenas he sentido nada. «No tenía salvación posible», eso fue lo que me dijo el hombrecillo de la bata blanca —declaró acomodándose en su silla—. Bien, ¿por dónde quiere que empiece?

—¿Qué le parece por el principio?

—No. Empezaremos antes de eso para aclarar un poco los antecedentes. Mientras callejeaba usted por Londres, Lewis, fui a visitar a su colega de la Escuela de Exámenes y le pregunté una sola cosa. Le pregunté qué aspectos de todo ese asunto de las listas finales le parecían más proclives a cualquier clase de engañifa, y él hizo algunas interesantes sugerencias. Primero, por supuesto, está la posibilidad de que alguien obtenga sus resultados antes de tiempo. Ahora bien, quizá no sea este el peor de los pecados, pero, como usted mismo me contó, toda esa espera puede llegar a convertirse en fuente de gran ansiedad. A veces quizá lo suficiente para incitar a una o dos personas a pagar, a pagar de alguna forma, con tal de conocer los resultados por adelantado. No obstante, esto solo es el principio. Verá, si hay algún alumno que está bordeando la matrícula de honor puede ser propuesto para un examen oral, una especie de repesca para elegidos, aunque nunca se le aclara en qué aspectos

del temario será examinado la segunda vez. Si lo supiera podría empollar por ese lado y prepararse para atrapar al vuelo todas las granadas de mano que vayan a lanzarle. ¿Estamos? Avancemos un poco hasta la siguiente fase. Las posibilidades de nuestro aspirante a matrícula de honor aumentarían incluso más si conociera el nombre del profesor que va a examinarlo, pues de ese modo podría averiguar qué le apasiona, leer sus libros y sintonizar la longitud de onda adecuada en términos generales. Lo que nos lleva a la última consideración. Si el alumno sabe exactamente quién va a determinar su futuro, siempre cabe la posibilidad de un pequeño soborno, de ofrecer dinero a cambio de esa brillante recomendación para una matrícula. ¿Lo ve, Lewis? Todo el proceso está lleno de fisuras. No estoy diciendo que cualquiera pueda colarse por ellas, tan solo que están ahí. Y, dependiendo de cuáles sean las recompensas, también podría haber algún catedrático dispuesto a dejarse tentar y hacer una o dos sugerencias, ¿no le parece?

Lewis asintió.

—Quizá algunos podrían llegar a hacerlo.

—Nada de «quizá», Lewis. ¡Unos pocos lo hicieron!

Lewis volvió a asentir visiblemente apesadumbrado y Morse continuó.

—Luego encontramos un cuerpo con un gran signo de interrogación alrededor del cuello.

—No tenía cuello, señor.

—Eso es verdad.

—¿Y el signo de interrogación ya no está?

—¡Paciencia, Lewis!

—Pero teníamos la carta para seguir adelante.

—Incluso así. Si no hubiéramos tenido una dirección adonde apuntar para comenzar todo el asunto, habría sido un enorme galimatías. ¿Qué cree que habría sido capaz de hacer usted sin…?

—Probablemente no habría sido capaz de hacer nada igualmente.

—No se subestime, Lewis. ¡Deje que yo lo haga en su lugar!

—¿Y qué me dice de la donación de sangre?

—¡Ah! Bien, si hubiera sido usted donante durante muchos años, tendría un buen puñado de marcas diminutas en el brazo.

—Lo cierto es que conseguí mi insignia de oro el año pasado. Por cincuenta donaciones, si no lo sabía.

—¡Oh!

—Así que no hace falta que me cuente demasiado sobre eso.

—Sí hace falta. ¿Sabe acaso cuándo debe dejar de donar sangre? ¿A qué edad, quiero decir?

—No.

—¡Pues debería saberlo, maldita sea! ¿Es que no ha leído el reglamento? A los sesenta y cinco.

—Tiene razón. Tendría que haber revisado los registros antiguos.

—No pasa nada, ya lo he hecho yo. Browne-Smith fue donante hasta hace un par de años. Westerby nunca. Había tenido ictericia, lo que le dejó fuera de juego automáticamente. ¡Aunque estoy seguro de que usted ya lo sabía!

—Pero el cadáver no era el de Browne-Smith.

—¿No? —Morse sonrió y se limpió con delicadeza la sangre de la boca—. ¿De quién era entonces?

Lewis meneó la cabeza.

—Estoy aquí solo para escuchar, señor.

—Está bien, empecemos por el principio. George Westerby está a punto de jubilarse en Lonsdale. Está buscando piso en Londres y encuentra uno y lo compra. El agente inmobiliario le dice que todas las mudanzas desde Oxford pueden organizarse fácilmente, algo de lo más conveniente para nuestro profesor. Ahora tiene dos residencias: su apartamento en Lonsdale y la casita de campo en Thrupp. De modo que Mudanzas a Todas Partes entra en escena y llega un momento de suprema importancia en el caso: Bert Gilbert descubre el nombre en la puerta del apartamento que hay frente al de Westerby en la escalera T. El nombre del Dr. O. M. A. Browne-Smith, el nombre de un hombre que para él siempre había formado parte de la legión de los condenados, un hombre que había sido el responsable de la muerte de su hermano.

»Ahora bien, muy poco después de esto, ¡estoy seguro!, tenemos un cambio de hermanos. Bert le cuenta su extraordinario descubrimiento a su gemelo y es Alfred (según consenso general, el más capaz de los dos) quien desde ese momento se hace cargo de la situación. Averigua todo lo que puede sobre Browne-Smith y urde un plan en el que este se deja enredar con ridícula facilidad. Escribe una carta en la máquina de Westerby (recuerde que ahora puede entrar en su apartamento siempre que quiere) invitando a Browne-Smith a hacerle un pequeñísimo favor, que además no supondrá ningún compromiso para la integridad académica del profesor. Como sabemos, dicha oferta fue aceptada y Browne-Smith fue a Londres. También sabemos (puesto que él mismo nos lo contó) que Browne-Smith jugó sus cartas con la misma astucia. Y al final el plan de Gilbert fracasó, fuera cual fuera originalmente ese plan.

»Gilbert entró en la habitación y descubrió que Browne-Smith no estaba inconsciente, como esperaba. De modo que ambos hablaron sin rodeos y Gilbert no tardó en descubrir que, según los registros del Ejército, su hermano John no fue precisamente un ejemplo de dedicación al deber. De hecho, lejos de caer en combate, él mismo se pegó un tiro la noche antes de El Alamein (y una de las pocas personas que sabían todo esto era precisamente Browne-Smith, oficial de pelotón de John Gilbert). De modo que cuando toda esa historia salió al fin a la luz, los motivos de los Gilbert habían perdido bastante fuelle, pues ambos supieron sin lugar a duda ¡que Browne-Smith no tenía la más mínima responsabilidad, directa ni indirecta, en la muerte de su hermano! Bien, en ese momento todo podría haber terminado, Lewis. Y, de haber sido así, sin duda cuatro de las cinco personas que han muerto en este caso podrían seguir vivas. Sin embargo…

Sí, Lewis comprendía todo esto. Desde luego, parecía más simple ahora que Morse lo relataba.

—Pero entonces —replicó en tono tranquilo— Browne-Smith vio la oportunidad de duplicar…

—Replicar. Esa es la palabra que yo utilizaría, Lewis.

—De replicar el proceso con Westerby.

—Eso es. Ese es el final de la primera milla y enseguida empezaremos la segunda.

—¡En marcha, señor!

—¿Le apetece un café?

Lewis se levantó.

—¿Quiere azúcar?

—Tal vez un poco. ¿Sabe algo curioso? Había infinidad de latas de café en el piso de Alfred Gilbert, pero ni una gota de alcohol.

—No todo el mundo bebe, señor.

—¡Por supuesto que sí! Era un bicho raro, eso seguro. Y le diré algo más. Escuche, cuando yo era un muchacho oí hablar de un pastor metodista al que le daba apuro ser visto leyendo la Biblia a todas horas. Ya sabe, en trenes, autobuses y demás. De modo que cogía la sobrecubierta de otro libro, con un pistolero a caballo o algo por el estilo, y se la ponía a la Biblia cuando leía a Ezequiel o lo que fuera. Bueno, pues encontré un libro en el piso de Gilbert que era exactamente lo contrario. Tenía la cubierta de *Introducción a los números Köchel.*

—¿Disculpe, señor?

—Köchel. Fue el tipo que ordenó todas las obras de Mozart cronológicamente y las bautizó numerándolas.

—¡Oh!

—¿Y sabe qué descubrí al echarle un vistazo al libro? Que era el montón de pornografía más lascivo que he visto en mi vida. Yo, eh, me lo llevé. Puedo prestárselo si quiere.

—No, señor. Puede leerlo usted.

—Ya lo he leído. —Los labios entumecidos sonreían, casi con culpa —. Dos veces, por cierto.

—¿Y encontró usted algo más en el piso?

—Encontré una barba, una barba postiza de color castaño como las que se usan en el teatro con adhesivo Elastoplast.

—¿Nada más?

—También encontré un pañuelo, Lewis. Bonito, aunque no tan

largo como el mío. Eso no es ninguna sorpresa, ¿verdad?

—¿Con un poco de azúcar, dice?

—Bueno, tal vez con un poquito más que el último.

Lewis se detuvo ante la puerta.

—Me pregunto si a Gilbert le habían sacado una muela.

—No le hacía falta, Lewis. Tenía todos los dientes postizos, arriba y abajo.

35

Lunes, 4 de agosto

Recorremos apaciblemente la segunda milla,
muy bien señalizada, en opinión de Morse.

Durante los escasos minutos que Lewis estuvo fuera del despacho, Morse fue terriblemente consciente de la irrefutabilidad de aquella proposición según la cual, cuanto más amplio es el círculo de conocimiento, mayor la circunferencia de ignorancia que lo delimita. Se sentía como un leñador que ha despejado un claro lo bastante grande para su propósito inmediato en mitad del bosque más profundo, y, al mismo tiempo, es capaz de ver la frondosidad sin explorar la aún mayor que lo rodea, donde la maldad de otros hombres nunca será del todo revelada. Durante su reciente visita a Londres había talado unos pocos árboles más y sin duda (antes de que el caso se diera por cerrado) Lewis sería capaz de talar otros tantos. Pero todos los hombres que podrían haber guiado sus pasos a través de ese bosque sin senderos habían muerto, dejando a su alrededor una extraña colección de feos y amorfos tocones. Feas y amorfas pistas, capaces únicamente de contar una escueta y truncada versión de la verdad. Eso era todo lo que tenía y (casi) era suficiente. Tal vez.

—Cuénteme más sobre los Gilbert —dijo Lewis, entregándole un vaso de papel lleno de café templado.

—Bueno, sabe usted tanto sobre su pasado y antecedentes como yo. Aunque ha de tener en cuenta una cosa. Averiguamos que eran gemelos idénticos, tan parecidos que a veces incluso sus amigos los confundían. Sin embargo, Lewis, cuando uno llega a los sesenta las

diferencias están ahí: signos de envejecimiento, manchas en la barbilla, huecos en la dentadura, peinado, cicatrices, peso, la forma de vestir. Casi todo va a dejar en evidencia diferencias cada vez mayores con el paso de los años. Dicho esto, yo nunca llegué a ver vivo a Bert Gilbert y tampoco fui a verlo cuando estaba muerto. Verá, fue a Alfred Gilbert a quien conocí aquel día en el apartamento de Westerby, con un pañuelo cubriéndole la mitad inferior de la cara y una mentira sobre un absceso en una muela.

—Temía ser reconocido por Browne-Smith.

—Y no solo eso. Lo cierto es que Browne-Smith ya había reconocido a su hermano, aunque Alfred Gilbert no debía saberlo. Como todos los visitantes, Bert ya se había presentado en la portería un par de veces y Alfred estaba ansioso por que nadie supiera que él y su hermano habían intercambiado sus papeles. De modo que escogió cuidadosamente a un joven ayudante recién contratado que ni supiera ni le importara quién era y a qué se dedicaba cada hermano.

—Pero ¿para qué tomarse tantas molestias, señor? Parece tan innecesario.

—¡Ah! Está usted pasando por alto lo más importante. El plan que habían tramado exigía mucha más astucia y, sí, mucha más sabiduría que las que el pobre Bert habría podido llegar a reunir jamás. ¡Piénselo un momento! Requería conocer de cerca la posición de Browne-Smith y sus deberes en la escuela y también en la universidad. Requería asimismo conocer con la misma precisión todo el proceso de exámenes finales y los complicados procedimientos que conducen a los resultados, su publicación, etcétera. No es fácil acceder a toda esa información. A menos que…

—¿A menos que qué, señor?

—Cuando fui a Londres descubrí muchas cosas sobre Alfred Gilbert. No era soltero. De hecho, se había divorciado hará unos diez años y su exmujer…

—Supongo que fue usted a visitarla.

—No, vive en Salisbury. La llamé por teléfono. Tuvieron un solo

hijo, un niño. ¿Sabe qué nombre le pusieron, Lewis?

—¿John?

Morse asintió.

—Por el hermano pequeño. Al parecer es un muchacho brillante. Consiguió plaza en Oxford como lector de música y obtuvo nada menos que sobresaliente. De hecho —continuó Morse, con deliberada lentitud—, tuvo ocasión de hacer el examen oral para optar a la matrícula de honor.

Lewis se reclinó en su silla. Todas las piezas parecían encajar en su lugar, o casi todas.

—Volvamos a la secuencia principal de acontecimientos. Browne-Smith fue a Londres el viernes 11 de julio, lo que no dejaba mucho margen antes de la publicación de la mayoría de las listas de resultados de las evaluaciones. Así que si decide (y eso hace) que va a repetir el plan a grandes rasgos debe ponerse en marcha. Por supuesto, los hermanos Gilbert también han de participar y sin duda Browne-Smith acepta pagarles generosamente. No hay tiempo para ningún azaroso retraso postal, de modo que Browne-Smith redacta una pulcra carta para Westerby; una carta que probablemente fue escrita en la máquina de este último al día siguiente, el sábado día 12, cuando Alfred Gilbert volvió otra vez a Oxford y Westerby estaría recogiendo sus trastos en Thrupp. Supongo que dejarían la carta «personalmente» en el escritorio de Westerby.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Lo cierto es que no lo sé. Lo que sí sé con certeza es que Westerby se presentó en cierta dirección de Londres a las dos de la tarde el martes día 15.

—Seguro que no fue en Cambridge Way. Esa era su propia dirección.

—No. Pero Alfred Gilbert tampoco andaba corto de propiedades vacías, ¿no le parece? Y de hecho no estaba tan lejos del piso de Westerby, un lugar pequeño y conveniente.

—Sí. Está bien, señor. ¡Continúe!

—Ahora llegamos al momento más fatídico del caso. Westerby

recibe el mismo tratamiento que Browne-Smith: la misma escena de principio a fin, la misma mujer, las mismas botellas de *whisky* con unas gotitas de hidrato de cloral o algo por el estilo. Aunque Westerby no es tan astuto como lo fue Browne-Smith y enseguida está allí tumbado, muerto para el mundo en una chirriante cama. ¿Qué sucedió entonces exactamente? Esa es la clave del caso, Lewis. Los señores W. y S. están esperando fuera.

—¿Quiénes, señor?

—Aparecen en su declaración, Lewis. Los hombres que organizaron lo del bar de toples. ¿No ha oído hablar de W. S. Gilbert?

—Sí, pero…

—Sabe lo que significa «W. S.», ¿verdad? ¡William Schwenck![21]

—Oh.

—Verá, hay que decir algo a favor de los Gilbert: al menos tenían un retorcido sentido del humor. ¿Recuerda el nombre con que está registrada Soho Enterprises?

Lewis lo recordaba: ¡Sullivan! Movió la cabeza y luego asintió en silencio. Sabía que no estaba siendo muy brillante.

—Sea como sea —continuó Morse—, Browne-Smith y Westerby se quedan a solas. Y cuando Westerby recupera poco a poco la consciencia (imagino que junto con un espantoso dolor de cabeza), se encuentra a su eterno enemigo sentado junto a él en la cama. Entonces empiezan a hablar y estoy seguro de que no tardan en tener una violenta discusión. ¡Y, por favor, recuerde que Browne-Smith lleva encima su revólver del Ejército! Y sin embargo…, sin embargo, Lewis…

—¡No lo utiliza! —añadió Lewis con voz muy tranquila.

—No. En lugar de eso siguen allí charlando durante mucho mucho rato. Finalmente hacen entrar a uno de los hermanos Gilbert y en ese momento la carretera vuelve a girar para llevarnos hasta la tercera y última milla. —Morse terminó su café y alargó el brazo con el vaso en la mano—. Lo he disfrutado, Lewis. Esta vez quizá con un poquito más de azúcar.

En ausencia de Lewis sonó el teléfono. Era Max.

—Según tengo entendido, últimamente pasas mucho tiempo en el Soho, Morse.

—Te contaré un secreto, Max. Mi apetito sexual sigue aumentando año tras año. ¿Qué me dices del tuyo?

—Es sobre esa pierna. ¿Lewis te lo contó?

—Lo hizo.

—¿Recuerdas aquello que escribiste? Te equivocaste en el color de los calcetines.

—¿Qué esperabas? Para empezar, me faltaba la pierna, ¿no?

—¡Eran morados!

—Bonito color el morado.

—¿Con zapatos de gamuza verde?

—Tampoco es que tú seas un modelo de buen gusto vistiendo algunas veces.

—¡Dijiste que eran azules!

—Eso fue como poner el intermitente conduciendo en mitad de una ventisca.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Todavía no he recibido tu informe.

—¿Servirá de algo?

—Probablemente.

—¿Sabes quién es?

—Sí.

—¿Quieres decírmelo?

Morse se lo dijo. Y por una vez el jorobado no supo qué responder.

[21] William Schwenck Gilbert (1836-1911), dramaturgo, libretista e historiador inglés conocido por sus óperas cómicas producidas en colaboración con el compositor sir Arthur Sullivan.

36

Lunes, 4 de agosto

Nos acercamos al final, tras dos millas y cuatro estadios de largo y sinuoso camino al fin completados.

—Encontramos el cuerpo el miércoles 23 y lo más probable es que llevara alrededor de tres días en el agua —resumió Morse—. De modo que el hombre tuvo que ser asesinado el sábado o el domingo anterior.

—¿No hay ninguna posibilidad de que ocurriera unos días antes?

—Ninguna. ¡El viernes por la noche estaba viendo la tele!

Lewis lo dejó correr. Si Morse estaba decidido a desconcertarlo, que así fuera. No volvería a interrumpir a menos que fuera inevitable. Aunque algo sí podía decir.

—¿Por qué no me cuenta sencillamente lo que pasó, aunque no esté del todo seguro en algunos detalles?

—Está bien. Un tercer hombre va a Londres el día 19, aceptando una oferta que, por lo visto, nadie en la misma situación es capaz de rechazar. No obstante, esta vez probablemente prescindieron de toda la palabrería inicial y no hubo parada intermedia en el bar de toples. El tercer hombre es asesinado… por Browne-Smith. Y si los dos Gilbert estaban presentes, tenemos a cuatro hombres en escena con un cadáver entre manos. Un cadáver del que debían librarse lo antes posible. De los cuatro hombres, Westerby se está mojando los pantalones de puro pánico y tras varios intentos de llegar a un acuerdo con él se marcha. Pero, como sabemos, no vuelve a Oxford, sino que decide alojarse en un hotel barato cerca de Paddington. Los otros tres (en mi opinión, probablemente Bert se mantuvo fuera de

escena mientras Westerby estuvo presente) deliberan entonces acerca de lo que se puede y lo que se debe hacer. Por razones que pronto se aclararán, Lewis, no es posible arrojar el cuerpo de cualquier manera y en cualquier sitio. Están de acuerdo en que será necesario amputar la cabeza y también las manos. La horrenda tarea es llevada a cabo en Londres por uno de los Gilbert (yo diría que Bert, el más rudo de los dos), que promete a Browne-Smith que podrán deshacerse sin dificultad y sin inconvenientes de los apéndices relativamente fáciles de manejar que acaba de cortar. Luego dos de los tres, Browne-Smith y Gilbert, van a Oxford en el Metro de Westerby, con el consentimiento previo de este. De todas formas, tal vez es el único coche disponible de manera inmediata; aunque como usted sabe, Lewis, cuenta con una increíble ventaja dadas las circunstancias.

»Al llegar a Oxford (estamos a primera hora de la noche del domingo) Browne-Smith se cuela en Lonsdale por el acceso trasero de la calle High y sube a su apartamento, donde solamente coge una cosa, un traje. Por cierto, estoy seguro de que más tarde tuvo que haber una segunda expedición al apartamento (después de que Westerby decidiera que no tenía más remedio que cancelar sus vacaciones en Grecia), para coger el sello de la Escuela Lonsdale y una de sus postales macedonias. Sea como sea, los dos hombres conducen hasta Thrupp (la única zona del río en la que, en su opinión, podrían pasar relativamente desapercibidos), donde se detienen sin levantar sospechas en el coche de Westerby frente a la casa de este, cuya llave tiene Bert Gilbert. Una vez dentro con el cadáver, Gilbert está ansioso por llevar a cabo la horripilante y definitiva tarea (¡nunca sabremos cuánto le pagaron por hacer todo eso!) de quitarle la ropa y volver a vestirlo con el traje de Browne-Smith. Más tarde, mucho después del cierre del Boat Inn, los dos hombres recorren los aproximadamente cien metros cargados con el cuerpo hasta un punto donde no hay botes amarrados ni está permitido hacerlo: el recodo del canal junto al puente Aubrey. El trabajo está hecho. Debió ser de madrugada cuando regresaron a

Londres, donde el infiel Bert regresa junto a su fiel Emily y Browne-Smith a su habitación del hotel Station en Paddington. ¿Todo bien hasta ahora?

—¿Se lo está inventando sobre la marcha, señor?

—¡Por supuesto que sí, maldita sea! Pero se adapta a las pistas, ¿no? ¿Y qué otra cosa puedo hacer, demonios? Todos esos fulanos están muertos. Me limito a utilizar lo que sabemos para completar lo que no sabemos. No le importa, ¿verdad? Solo intento emparejar los hechos con la psicología de los cuatro hombres implicados, Lewis. ¿Qué cree usted que ocurrió?

Morse siempre se cabreaba cuando dudaba de sí mismo, especialmente si había «psicología» de por medio, una materia que fingía despreciar. Lewis lo sabía por experiencia y ahora se arrepintió de haber interrumpido su relato. Pero había algo que realmente le preocupaba:

—¿De veras cree que Browne-Smith tendría estómago para todo eso?

—No era un asesino nato, si a eso se refiere. El verdadero misterio de este caso es que un hombre, Browne-Smith, llegara realmente a hacer tantas cosas inexplicables. ¡Y hay más por venir! Lo que debemos hacer, Lewis, no es explicar comportamientos, sino considerar los hechos. Y, como usted sabe, existe una explicación muy triste, pero también muy fáctica para todo esto. Llamé por teléfono a un tipo de la Biblioteca Médica para aprender algunas cosas sobre tumores cerebrales y me habló de los comportamientos completamente irracionales que pueden producirse a veces. Sí, me pregunto qué fue lo que hizo realmente Olive Mainwearing, de Mánchester.

—¿Disculpe, señor?

—Verá, Lewis, no nos preocupa su estómago, nos preocupa su mente. Porque actuó impelido por tan extraña combinación de envidia, astucia, remordimiento y pura y simple ambivalencia que ni siquiera soy capaz de empezar a desentrañar sus motivos —admitió Morse—. Y le diré una cosa, estoy empezando a darme cuenta de lo

conveniente que resulta tener una mente como la mía, motivada principalmente por pensamientos de alcohol y sexo. ¡Es algo infinitamente más saludable! Pero continuemos. Solo un detalle más acerca del cuerpo. Los asesinos no suelen ser tan sutiles como la gente cree y, como sabrá, acertó usted de pleno al mencionar aquel crucero de placer a las Bahamas o donde fuera. El primer informe de Max decía que las piernas fueron seccionadas mucho más limpiamente que otras partes y ahora está claro que la hélice de una embarcación golpeó el cuerpo y le cortó las piernas. ¡Bien hecho! —Lewis siguió callado y decidió no sacar a colación los calcetines del cadáver—. Volvamos con Browne-Smith. Sus acciones de esa siguiente semana son incluso más extrañas en algunos aspectos. *Abyssus humanae conscientiae!* [22] —De nuevo, más loablemente incluso, Lewis logró guardar silencio—.El lunes su conciencia lo está torturando y me escribe, ¡a mí!, una larga carta. No sé por qué razón escogería esa retorcida forma de entrega a través del banco. A menos que pensara que de ese modo ganaba algunos días de gracia si al final decidía cancelar su confesión. Porque eso fue. Pero también era algo más. Si lee la carta con atención, verá que contiene un mensaje mucho más sutil: a pesar de vilipendiar a Westerby de principio a fin, ¡también lo exonera absoluta y deliberadamente! Y no nos equivoquemos, sin la menor duda fue el propio Browne-Smith quien escribió esa carta. Yo le conocía y nadie más podría haberse expresado con ese estilo seco, exacto y puntilloso. Es casi como si con una mitad de su febril cerebro quisiera que nosotros (que yo, uno de sus antiguos alumnos) descubriéramos toda la verdad; mientras, al mismo tiempo, la otra mitad estuviera intentando detenernos constantemente con todos esos mensajes y cartas. No lo sé, Lewis.

—Creo que los psicólogos tienen una palabra para esa clase de cosas —se aventuró a decir Lewis.

—Bueno, eso a nosotros no nos interesa, ¿verdad?

El teléfono rompió el subsiguiente silencio.

—Eso está bien. ¡Bien hecho! —exclamó Morse tras descolgar. Y

segundos después—: ¿Podría describirlos un poco? Mmm. Sí, eso pensé —dijo Morse, asintiendo con la cabeza—. No. No es el trabajo más agradable del mundo, estoy de acuerdo. ¿Le parece bien si envío a mi sargento? Bien. Mañana, entonces. Le agradezco la llamada. Servirá para cerrar definitivamente algunas cosas.

—¿Quién era, señor?

—¿Sabe una cosa? En mi vida habré deseado miles de veces tomarme una tercera pinta de cerveza, ¡pero no recuerdo haber estado ansioso por una tercera taza de café!

Alargó el brazo con el vaso de papel y Lewis salió una vez más del despacho.

[22] Del latín. Literalmente, «¡El abismo de la conciencia humana!».

37

Lunes, 4 de agosto

Morse casi logra completar su relato de los principales acontecimientos, con un poco de ayuda de sus facultades imaginativas.

Solo recientemente se había encontrado Morse con el uso de la palabra «facción» en tanto que combinación de facto y ficción. Aunque lo cierto es que no se le ocurría ningún otro modo de describir de forma medianamente convincente la reconstrucción definitiva de los últimos sucesos del presente caso. Así pues, en ausencia de Lewis trató de recordar los escasos e incómodos hechos que aún quedaban por encajar en el puzle: el hecho de que él mismo hubiera sido forzosamente (¿significativamente?) retenido durante media hora después de haber interrogado al gerente del bar de toples; que finalmente le hubieran abierto (¿por qué razón?) la puerta del número 29 de Cambridge Way; que la cabeza de Gerardus Mercator hubiera sido notoriamente (¿acusadoramente?) expuesta sobre la repisa de la chimenea del apartamento de Westerby; que un árabe de aspecto acaudalado, sin duda residente en el edificio, se hubiera dado la vuelta para mirarlo con visible desconcierto (¿y también suspicacia?); y que de algún modo (¿gracias a Browne-Smith?) Bert Gilbert hubiera descubierto la dirección de Westerby en Londres, y (¿quizá por la escalera de incendios?) consiguiera entrar en su habitación. De ese modo, cuando Lewis regresó, Morse tenía preparada su escatología.

—Lewis, el gerente de El Flamenco tiene una esposa llamada «Racquel». A mi llegada él le dio a entender que algo se había

torcido seriamente y ella hizo una llamada de teléfono urgente a un tal «señor Sullivan» (alias Alfred Gilbert), que a su vez le dijo que, pasara lo que pasara, debían retenerme un rato allí. ¿Por qué? Evidentemente porque había algo que debían hacer muy rápido, algo que se podía hacer con rapidez, antes de que yo me presentara en Cambridge Way. Verá, los Gilbert ya habían empezado a recaudar lo prometido por Browne-Smith, pero nada de Westerby todavía. De modo que para recordarle a este último que aún estaba con el agua al cuello eligieron un escondite más apropiado para la cabeza del cadáver, el lugar previamente ocupado por otra cabeza en una de las cajas de la mudanza de Westerby. Por lo tanto, era imperativo que uno de los Gilbert (al parecer, Albert) fuera a retirar la prueba incriminatoria oculta en el piso de Westerby. Sin embargo, a última hora de esa mañana el propio Westerby había decidido también que ya era razonablemente seguro para él volver a su piso, donde lo primero que vio fue la cabeza de Mercator sobre la repisa y al instante sospechó la siniestra verdad acerca de lo que tramaban. ¡Que es mucho más de lo que hice yo, Lewis! Cuando Alfred Gilbert entró, probablemente Westerby acababa de abrir la fatídica caja, y de algún modo Westerby lo asesinó.

—¡Eso no es suficiente, señor! ¿Cómo lo hizo? ¿Y qué necesidad tenía de hacerlo? Después de todo, los dos eran cómplices.

Morse asintió.

—En efecto, lo eran. Piénselo un minuto, Lewis, e intente imaginar la situación. Alfred Gilbert tiene una prisa frenética por llegar a Cambridge Way. No sabe cómo ha dado la policía con la pista de ese lugar, pero sí sabe lo que encontrarán si visitan el piso de Westerby. Encontrarán lo que él mismo y su hermano han dejado allí, casi con toda seguridad con la intención de llevar a cabo un futuro chantaje. Y, como decía, esa prueba ha de desaparecer con la mayor urgencia. De modo que entra en el piso sin prever la posibilidad de encontrarse allí con Westerby y sospecho que sin llegar a verlo realmente en ningún momento. Westerby tiene el audífono conectado, aunque como usted mismo apuntaba en su informe solo

está medio sordo, y al oír el ruido de la llave en la cerradura retrocede presa de un súbito pánico hasta el cuarto de baño, desde donde observa al intruso a través de la rendija de la puerta parcialmente abierta.

»Westerby, por otra parte, no tiene la menor idea de que la policía está en camino, ¿verdad? Lo que sospecha, lo que ha estado sospechando cada vez más convencido, incluso antes de abrir la caja, es que ha sido Gilbert (¿quién si no?) quien le ha engañado tan perversamente. En lugar de librarse de la cabeza del hombre asesinado, ¡Gilbert es el responsable de que esa misma cabeza repose ahora en una de sus propias cajas! ¡Y acaba de descubrirlo! Creo que entonces se da cuenta de lo burdo e increíblemente desalmado que ha sido su supuesto cómplice. También ve otra cosa, Lewis. Ve a Gilbert caminar directamente hacia la caja y en ese instante sabe quién ha estado intrigando para implicarle aún más (sin duda para sacar más dinero) en este trágico y cada vez más enrevesado embrollo. Entonces siente el salvaje e irreprimible impulso de librarse de ese demonio que acaba de arrodillarse junto a la caja, regresa sigilosamente a la habitación y, con toda la fuerza que es capaz de reunir, le clava el destornillador entre los omóplatos.

»¿Y después? Bueno, no tengo más remedio que imaginar que Westerby debió arrastrarlo inmediatamente al cuarto de baño, porque, si bien no había ninguna mancha de sangre en la alfombra, era evidente que acababan de limpiarlo. ¡Sí, eso lo vi yo mismo, Lewis!

»Luego, usando el manojo de llaves que encontró en el bolsillo de Gilbert, Westerby llevó el cuerpo en el ascensor hasta el apartamento de la planta superior. Un apartamento que sabía que estaba vacío, un apartamento que probablemente él mismo había visitado mientras escogía su futuro hogar. Encerró bajo llave el cadáver en un armario empotrado, luego volvió a bajar, limpió su propio apartamento con su delantal y (¡finalmente!) oyó que alguien llamaba al timbre de la puerta principal (¡yo!) y acudió a abrir. ¿Por qué, Lewis? ¡Desde luego, parece una idiotez por su parte! A

menos… a menos que antes hubiera quedado en verse con alguien en Cambridge Way. Y el único hombre al que habría estado ansioso por ver en esos momentos era el mismo al que había estado evitando como la peste durante los últimos cinco años de su vida: ¡Browne-Smith! Pero, en vez de a él, ¡me encuentra a mí! Y entonces escenifica el papel de su vida, interpretando a un conserje llamado «Hoskins». Como bien sabe, Lewis, él era londinense. Sí. El dato aparece en sus admirables notas sobre Westerby. Sin embargo, yo tendría que haber descubierto antes el engaño. Sin duda debería haber leído más inteligentemente las señales cuando un inquilino del edificio se dio la vuelta para mirarme con tanta curiosidad. Y no me miraba solo a mí, ¡estaba mirando a dos desconocidos!

»Ese mismo mediodía había otras cosas en marcha. Alfred Gilbert había dejado un mensaje a su hermano y entonces fue Bert Gilbert quien se dirigió a Cambridge Way tan rápido como pudo. Allí (¡estoy casi seguro!) se encontró con Browne-Smith y este le contó a Bert Gilbert que me había visto entrar, admitido por Westerby. En ese momento Bert debió detectar las señales de emergencia parpadeando a todo trapo. Él no tenía llave de la entrada principal ni de la trasera (Alfred había cogido el manojo completo), así que los dos acordaron separarse; Browne-Smith vigilando la parte delantera y Bert Gilbert la de atrás. ¿Qué ocurrió entonces? ¡Gilbert vio salir a Westerby! De modo que rodeó el edificio para decírselo a Browne-Smith. Ambos estaban muy desconcertados y asustados. Yo seguía dentro, ¡y también Alfred Gilbert, claro! Probablemente fue en ese momento cuando Bert Gilbert supo por Browne-Smith dónde se alojaba Westerby, pues es evidente que después se enteró. Por el momento, no obstante, se limitaron a observar desde una discreta distancia, aunque lo único que averiguaron fue que yo no abandoné el edificio antes de la llegada de la policía. De modo que tuvieron que saber que había ocurrido algo terriblemente malo. Más tarde, por supuesto, los dos se enteraron del asesinato de Alfred Gilbert y ambos sacaron su propia conclusión, la misma conclusión.

»Durante los días siguientes Gilbert se dedicó a observar y esperar,

porque sabía que dadas las circunstancias era inevitable que Westerby regresara al piso para averiguar, de un modo u otro, si la policía había descubierto esos objetos ocultos en cierta caja cerrada por segunda vez; objetos que a esas alturas debían provocarle pesadillas recurrentes, Lewis. Cuando finalmente Westerby se arriesgó a llevar a cabo su expedición, Gilbert no hizo intento alguno de abortar la misión, pues era igual de valiosa para él que para Westerby. Siguió a su presa desde el piso de regreso hasta Paddington. Por lo que sabemos, podría incluso haberle seguido hasta el lavabo de caballeros donde los muchachos de Londres encontraron las manos del cadáver. Por cierto, Lewis, será mejor que le diga a su parienta que mañana tiene otro viaje.

»Pero entonces Gilbert dejó de seguir a Westerby y decidió dirigirse a ese hotel cercano, donde encontró una sencilla vía de acceso a la habitación de Westerby (bien por la escalera de incendios o pasando ante el poco concurrido mostrador de recepción). Dejemos todos esos detalles a nuestros colegas de la policía metropolitana, ¿no le parece? No me cabe duda de que encontrarán a una o dos personas que hayan visto algo. No es nuestro trabajo. ¿Y qué sucedió cuando Westerby regresó a su habitación? Bueno, no lo sé. ¡Pero apostaría a que estuvo a punto de perder el juicio al encontrarse frente a frente con el hombre al que creía haber asesinado! Verá, dudo que llegara a saber en algún momento que había dos Gilberts y menos aún que su parecido físico era tan extraordinario. En cualquier caso, fue estrangulado en su habitación de hotel y así la larga y trágica cadena de acontecimientos casi ha llegado a su final digno de una tragedia de Esquilo.

»Aún nos queda algo. Browne-Smith había decidido entonces que las cosas habían llegado demasiado lejos, y sospecho vagamente que el pasado sábado venía a verme a mí. Al menos sabemos por el revisor del tren que tenía algún asunto muy urgente que atender aquí en Oxford. Una lástima, aunque quizá fue lo mejor, Lewis. Luego, el mismo sábado, Bert Gilbert volvió a casa y se encontró

(igual que la policía) una nota de su mujer, Emily, diciendo que ya no podía soportarlo más y lo abandonaba. Y Bert Gilbert (sin duda el más valiente de los tres hermanos) se enfrentó entonces tanto al miedo a ser descubierto como al temor al fracaso. De modo que abrió la ventana de su apartamento en el séptimo piso y saltó. ¡Pobre cabrón! Quizá le parezca, Lewis, que actuar de forma tan cobarde es impropio de alguien como Bert Gilbert. Aunque le venía de familia, ¿recuerda?

Durante su relato, Morse se había olvidado del café y ahora miró con disgusto la película de nata marrón oscuro que se había formado en la superficie.

—¿Ya están abiertos los *pubs*? —preguntó.

—Como siempre, señor, creo que conoce usted mejor que yo las respuestas a sus preguntas.

—Bueno, imagino que ya habrán abierto cuando lleguemos a Thrupp. Sí, nos tomaremos un traguito tranquilamente usted y yo para finalizar un nuevo caso, viejo amigo.

—Pero todavía no me ha contado…

—Tiene toda la razón. Aún falta una gran pieza central del puzle, ¿verdad?

38

Lunes, 4 de agosto

El tercer hito.

En circunstancias normales Morse habría parecido mucho más feliz al murmurar «salud» antes de meter la nariz en la espuma, pensó Lewis. Sin embargo, el inspector tenía una expresión lúgubre mientras hablaba en voz baja, sentado a una mesa pequeña en el bar del Boat Inn.

—Si este caso llega alguna vez a los tribunales, Lewis, habrá varios testigos cruciales. Y el más importante de todos será el hombre que intente hablarle al juez del poderoso odio que puede nacer de una ambición frustrada. Y había dos hombres en la Escuela Lonsdale que ejemplificaron esa clase de odio durante años.

»El motivo concreto de ese odio fue algo quizá inusual, aunque también extremadamente simple. Los dos habían fracasado al presentarse como candidatos a la elección a director de Lonsdale, una posición que ambos ansiaban. Bien, tal como descubrimos, las normas de la escuela requieren, como mínimo, seis de ocho votos a favor de cada candidato sin uno solo en contra. De modo que un hombre podía resultar elegido con seis votos a su favor y dos abstenciones, pero no con una abstención y un voto en contra. ¡Y eso es justo lo que sucedió en el caso de Browne-Smith y también en el de Westerby! De modo que no hace falta ser un genio apabullante para llegar a la conclusión de que probablemente Westerby había votado contra Browne-Smith y Browne-Smith contra Westerby. De ahí el odio mutuo y latente que se profesaban los dos colegas.

»Y deje que le cuente algo extraño, Lewis. ¡De hecho, sí que hace falta ser un genio para entenderlo! Ahora no tanto, por supuesto, aunque sí en cualquier etapa anterior del caso. Recapitulemos. El primer hombre que fue a Londres tuvo que enfrentarse a un fantasma de su pasado, el fantasma de la cobardía en la guerra. Pero fue el fantasma equivocado el que conjuraron los hermanos Gilbert aquel día, porque Browne-Smith no había tenido absolutamente nada que ver con la muerte de su hermano menor. Luego un segundo hombre fue a Londres, y ya sabe usted lo que voy a decir, ¿verdad, Lewis? También él se vio obligado a enfrentarse al fantasma equivocado de su propio pasado. Westerby no había votado contra Browne-Smith: él también se había abstenido. Sin embargo, alguien había votado contra ellos dos. Y mientras hablaban esa noche en Londres llegaron a la cegadoramente obvia verdad: ¡que podía haber sido el mismo hombre en ambos casos! Y si lo era, ¡entonces sabían más allá de toda duda razonable quién era ese hombre!

»De modo que tenemos a un tercer sujeto camino de Londres para enfrentarse a su propio fantasma particular, esta vez el fantasma correcto. Y poco después un hombre es encontrado aquí en el canal: un hombre sin su cabeza de aspecto distinguido, con una frondosa mata de pelo gris; un hombre sin las manos, especialmente sin el meñique de la izquierda, en el que llevaba un gran sello de ónice que nunca se quitaba y que sus asesinos fueron incapaces de sacar de su dedo gordezuelo; un hombre sin uno de sus flamantes trajes, famosos en toda la universidad; un hombre, Lewis, que había votado contra dos de sus colegas en las últimas elecciones a la dirección; un hombre (el hombre) que, gracias a sus propias maquinaciones, había sido escogido como tercer candidato de consenso y, por lo tanto, elegido por unanimidad; el hombre cuya ambición y astucia práctica eran incluso mayores que las de sus dos colegas; el mismo hombre que al principio del caso me invitó a intentar averiguar qué le había sucedido a Browne-Smith, no porque estuviera preocupado, ¡sino porque era su deber como director de la escuela! ¡Sí, Lewis! El

hombre que encontramos en el canal era el director de Lonsdale.

39

Un epílogo prematuro.

Al final del trimestre de san Miguel, que siguió a los eventos relatados en los anteriores capítulos, no fue una gran sorpresa para Morse (ni, de hecho, para nadie) oír que el hombre que el doctor Browne-Smith había descrito en una ocasión como «un joven excelente» había sido elegido director de Lonsdale. Más sorprendente para Morse fue la invitación que recibió poco después para asistir a una cena bufé en la escuela con el fin de celebrar la elección de Andrews, a la que asistió sin demasiado entusiasmo.

Aquella noche se habló poco sobre el trágico y reciente pasado, y Morse se mezcló afablemente con el profesorado de la escuela y sus invitados. La comida había sido excelente y el vino abundante y Morse ya se disponía a marcharse, pensando que después de todo no había estado tan mal, cuando se le acercó una mujer extraordinariamente atractiva, una joven de mirada vivaz y pelo rubio recogido.

—Usted debe de ser el inspector jefe Morse.

Él asintió, sonriendo.

—Usted no me conoce, pero hablamos una vez por teléfono. ¡Solo una vez! Y, bueno, solo quería saludarlo en persona, eso es todo. Soy la secretaria de la escuela.

Se llevó la mano izquierda a la cabeza para recolocar un mechón de pelo suelto y no llevaba anillo.

—¡Siento terriblemente lo que pasó! Me temo que a veces me exalto un poco.

—Sí, me di cuenta.

—¿Me perdona?

—¡Por supuesto! Dicen que es usted un genio. Al menos eso piensa su sargento. Y a veces los genios son un poco…, bueno, inusuales, según me han dicho.

—Ojalá hubiera sido más amable con usted.

Ella volvió a sonreír, algo apesadumbrada.

—Me alegro de haberlo visto. —Y luego, más alegremente—: ¿Lo está pasando bien?

—Ahora sí.

Sus ojos se encontraron durante unos segundos y Morse recordó fugazmente los días perdidos y un rostro que resplandecía entre todos los demás.

—¿Le apetece un café, inspector?

—Eh. No, gracias.

En ese momento se acercó a ellos un hombre alto con gafas, de unos treinta y cinco años.

—¡Ah, Anthony! Deja que te presente al inspector jefe Morse.

Morse estrechó la mano fláccida del hombre y lo miró brevemente con desagrado.

—Anthony es investigador docente aquí y nos vamos a casar el próximo trimestre, ¿verdad, cariño?

Morse los felicitó entre dientes y pocos minutos después dijo que debía irse. Aún no eran más que las diez y podía pasar la media hora siguiente a solas consigo mismo en el Mitre. El vino tinto siempre le ponía algo sentimental, y bastante más sediento.

40

El hallazgo final.

La cabeza de Gerardus Mercator (al igual que el resto de las pertenencias de George Westerby) fue legada a la Escuela Lonsdale y la elegante escultura aún puede verse en un hueco especialmente reservado bajo un pequeño arco en el lado este de la Alta Mesa.

¿Y qué sucedió con la otra elegante cabeza? Finalmente fue encontrada a principios de marzo del año siguiente por dos chiquillos de doce años que jugaban en un vertedero de Gravesend. Cómo llegó a un sitio tan lejano e improbable sigue siendo un pequeño misterio, aunque el siniestro hallazgo no planteó ningún otro problema. Según las notas del primer patólogo que examinó el cráneo, había indicios de una hemorragia masiva en las cavidades superiores del cerebro, sin duda debida a una bala que seguía alojada allí. Ulteriores pruebas forenses evidenciaron que dicha bala fue disparada por una pistola Webley del calibre 38, la misma que utilizaban los oficiales del Real Regimiento de Wiltshire que servían en el desierto en 1942.